

EMILIO SALGARI

SANDOKÁN



EMILIO SALGARI (1832 - 1888)

Imagen de dominio público.

Fuente: http://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Emilio_Salgari_ritratto.jpg

SANDOKÁN

LOS PIRATAS DE MOMPRACEM

En la noche del 20 de diciembre de 1849 un violentísimo huracán azotaba a Mompracem, isla salvaje de siniestra fama, guarida de temibles piratas situada en el mar de la Malasia, a pocos centenares de kilómetros de las costas occidentales de Borneo.

Empujadas por un viento irresistible, corrían por el cielo negras masas de nubes que de cuando en cuando dejaban caer furiosos aguaceros, y el bramido de las olas se confundía con el ensordecedor ruido de los truenos.

Ni en las cabañas alineadas al fondo de la bahía, ni en las fortificaciones que la defendían, ni en los barcos anclados al otro lado de la escollera, ni en los bosques se distinguía luz alguna. Sólo en la cima de una roca elevadísima, cortada a pique sobre el mar, brillaban dos ventanas intensamente iluminadas.

¿Quién, a pesar de la tempestad, velaba en la isla de los sanguinarios piratas?

En un verdadero laberinto de trincheras hundidas, cerca de las cuales se veían armas quebradas y huesos humanos, se alzaba una amplia y sólida construcción, sobre la cual ondeaba una gran bandera roja con una cabeza de tigre en el centro.

Una de las habitaciones estaba iluminada. En medio de ella había una mesa de ébano con botellas y vasos del cristal más puro; en las esquinas, grandes vitrinas medio rotas, repletas de anillos, brazaletes de oro, medallones, preciosos objetos sagrados, perlas, esmeraldas, rubíes y diamantes que brillaban como soles bajo los rayos de una lámpara dorada que colgaba del techo.

En indescriptible confusión, se veían obras de pintores famosos, carabinas indias, sables, cimitarras, puñales y pistolas.

Sentado en una poltrona coja había un hombre. Era de alta estatura, musculoso, de facciones enérgicas de extraña belleza. Sobre los hombros le caían los largos cabellos negros y una barba oscura enmarcaba su rostro de color ligeramente bronceado. Tenía la frente amplia, un par de cejas enormes, boca pequeña y ojos muy negros, que obligaban a bajar la vista a quienquiera los mirase.

De pronto echó hacia atrás sus cabellos, se aseguró en la cabeza el turbante adornado con un espléndido diamante, y se levantó con una mirada tétrica y amenazadora.

—¡Es ya medianoche —murmuró— y todavía no vuelve!

Abrió la puerta, caminó con paso firme por entre las trincheras y se detuvo al borde de la gran roca, en cuya base rugía el mar. Permaneció allí durante algunos instantes con los brazos cruzados; al rato se retiró y volvió a entrar en la casa.

—¡Qué contraste! —exclamó—. ¡Fuera el huracán y yo acá dentro! ¿Cuál de las dos tempestades es más terrible?

Se quedó un rato escuchando por la puerta entreabierta, y por fin salió a toda prisa hacia el extremo de la roca.

A la rápida claridad de un relámpago vio un barco pequeño con las velas casi amainadas, que entraba en la bahía.

—¡Es él! —murmuró emocionado—. Ya era tiempo. Cinco minutos después, un

hombre envuelto en una capa que estilaba se le acercó.

—¡Yáñez! —dijo el del turbante, abrazándolo.

—¡Sandokán! —exclamó el recién llegado, con marcadísimo acento extranjero—. ¡Qué noche infernal, hermano mío!

Entraron en la habitación. Sandokán llenó dos vasos.

—¡Bebe, mi buen Yáñez!

—¡A tu salud, Sandokán!

Vaciaron los vasos y se sentaron a la mesa.

El recién llegado era un hombre de unos treinta y tres años, es decir, un poco mayor que su compañero, y de estatura mediana, robusto, de piel muy blanca, facciones regulares, ojos grises y astutos, labios burlones, que indicaban una voluntad de hierro.

—¿Viste a la muchacha de los cabellos de oro? —preguntó Sandokán con cierta emoción.

—No, pero sé cuanto quería saber.

—¿No fuiste a Labuán?

—Sí, pero ya sabes que esas costas están vigiladas por los cruceros ingleses y se hace difícil el desembarco para gentes de nuestra especie. Pero te diré que la muchacha es una criatura maravillosamente bella, capaz de embrujar al pirata más formidable. Me han dicho que tiene rubios los cabellos, los ojos más azules que el mar y la piel blanca como el alabastro. Algunos dicen que es hija de un lord, y otros, que es nada menos que pariente del gobernador de Labuán.

El pirata no habló. Se levantó bruscamente, presa de gran agitación. Su frente se había contraído, de sus ojos salían relámpagos de luz sombría, tenía los labios apretados. Era el jefe de los feroces piratas de Mompracem; era el hombre que hacía diez años ensangrentaba las costas de la Malasia; el hombre que libraba batallas terribles en todas partes; el hombre cuya audacia y valor indómito le valieron el sobrenombre de Tigre de la Malasia.

—Yáñez —dijo—, ¿qué hacen los ingleses en Labuán?

—Se fortifican.

—Quizás traman algo contra mí.

—Eso creo.

—¡Pues que se atrevan a levantar un dedo contra mi isla de Mompracem! ¡Que prueben a desafiar a los piratas en su propia madriguera! El Tigre los destruirá y beberá su sangre. Dime, ¿qué dicen de mí?

—Que ya es hora de concluir con un pirata tan atrevido.

—¿Me odian mucho?

—Tanto que perderían todos sus barcos con tal de poder ahorcarte. Hermanito mío, hace muchos años que vienes cometiendo fechorías. Todas las costas tienen recuerdos de tus correrías; todas sus aldeas han sido saqueadas por ti; todos los fuertes tienen señales de tus balas, y el fondo del mar está erizado de barcos que has echado a pique.

—Es verdad, pero ¿de quién ha sido la culpa? ¿Es que los hombres de raza blanca han sido menos inexorables conmigo? ¿No me destronaron con el pretexto de que me hacía poderoso y temible? ¿No asesinaron a mi madre, a mis hermanos y a mis hermanas? ¿Qué daño les había causado yo? ¡Los blancos no tenían queja alguna contra mí! ¡Ahora los odio, sean españoles, holandeses, ingleses o portugueses, tus compatriotas, y me vengaré de ellos de un modo terrible! Así lo juré sobre los cadáveres de mi familia y mantendré mi juramento. Sí, he sido despiadado con mis enemigos. Sin embargo, alguna voz se levantará para decir que también he sido generoso.

—No una, sino cientos; con los débiles has sido quizás demasiado generoso —dijo Yáñez—. Lo dirán las mujeres que han caído en tu poder y a quienes, a riesgo de que echaran a pique tu barco, llevaste a los puertos de los hombres blancos. Lo dirán las débiles tribus que defendiste contra los fuertes; los pobres marineros náufragos a quienes salvaste de las olas y colmaste de regalos, y miles de otros que no olvidarán nunca tus beneficios, Sandokán. Pero, ¿qué quieres decir con todo esto?

El Tigre de la Malasia no contestó. Se paseaba con los brazos cruzados y la cabeza inclinada. ¿Qué pensaba? El portugués Yáñez no podía adivinarlo, a pesar de conocerlo hacía muchos años.

Ante el silencio de su amigo, Yáñez se dirigió hacia una puerta escondida tras una tapicería.

—Buenas noches, hermanito —dijo.

Al oír estas palabras, Sandokán se estremeció y detuvo con un gesto al portugués.

—Quiero ir a Labuán, Yáñez.

—¡A Labuán, tú!

—¿Por qué te sorprendes?

—Porque es una locura ir a la madriguera de tus enemigos más encarnizados. ¡No tientes a la fortuna! Los ingleses no esperan otra cosa que tu muerte para arrojar sobre tus tigrecitos y destruirlos.

—¡Pero antes encontrarán al Tigre! —exclamó Sandokán, temblando de ira.

—Sí, pero nuevos enemigos se arrojarán contra ti. Caerán muchos leones ingleses, pero también morirá el Tigre.

Sandokán dio un salto hacia adelante con los labios contraídos por el furor y los ojos inflamados, pero todo fue un relámpago. Se sentó ante la mesa, bebió de un sorbo un vaso colmado de licor, y dijo con voz perfectamente tranquila:

—Tienes razón, Yáñez. Sin embargo, mañana iré a Labuán. Una voz me dice que he de ver a la muchacha de los cabellos de oro. Y ahora, ¡a dormir, hermanito!

CAPÍTULO II FEROCIDAD Y GENEROSIDAD

A la mañana siguiente, y antes que saliera el sol, Sandokán se alejó de la vivienda dispuesto a realizar el atrevido proyecto que imaginara.

Iba vestido con traje de guerra; calzaba altas botas de cuero rojo; llevaba una magnífica casaca de terciopelo, también rojo, y anchos pantalones de seda azul. En bandolera portaba una carabina india de cañón largo; a la cintura, una pesada cimitarra con la empuñadura de oro macizo, y atravesado en la franja, un kriss, puñal de hoja ondulada y envenenada, arma favorita de los pueblos malayos.

Se detuvo un momento en el borde de la alta roca, recorrió con su mirada de águila la superficie del mar, y la detuvo en dirección del Oriente.

—¡Destino que me empujas hacia allá —dijo al cabo de algunos instantes de contemplación—, dime si esa mujer de ojos azules y cabellos de oro que todas las noches viene a turbar mi sueño será mi perdición! Lentamente descendió por una estrecha escalera abierta en la roca que conducía a la playa. Abajo lo esperaba Yáñez.

—Todo está dispuesto —dijo éste—. Mandé preparar los dos mejores barcos de nuestra flota.

—¿Y los hombres?

—En la playa están con sus respectivos jefes. No tendrás más que escoger los mejores.

—¡Gracias, Yáñez!

—No me des las gracias; quizá haya preparado tu ruina.

—No temas, seré prudente. Apenas haya visto a esa muchacha regresaré.

—¡Condenada mujer! ¡De buena gana estrangularía al que te habló de ella!

Llegaron al extremo de la rada, donde flotaban unos quince veleros de los llamados paraos. Trescientos hombres esperaban su voz para lanzarse a las naves como una legión de demonios y esparcir el terror por los mares de la Malasia.

Había malayos de estatura más bien baja, vigorosos y ágiles como monos, famosos por su ferocidad; otros de color más oscuro, conocidos por su pasión por la carne humana; dayakos de alta estatura y bellas facciones; siameses, cochinchinos, indios, javaneses y negritos de enormes cabezas y facciones repulsivas.

Sandokán echó una mirada de complacencia a sus tigrecitos, como él los llamaba, y dijo:

—¡Patán, adelante!

Se adelantó un malayo vestido con un simple sayo y adornado con algunas plumas.

—¿Cuántos hombres tiene tu banda?

—Cincuenta.

—¿Son buenos?

—Todos tienen sed de sangre, Tigre de la Malasia.

—Embárcalos en aquellos dos paraos, y cédele la mitad a Giro Batol, el javanés.

El malayo se alejó rápidamente, volviendo junto a su banda, compuesta de hombres valientes hasta la locura, y que a una simple señal de Sandokán no hubieran dudado en saquear el sepulcro de Mahoma, a pesar de ser todos mahometanos.

—Ven, Yáñez —dijo Sandokán en cuanto los vio embarcados.

Pero en ese momento los alcanzó un feísimo negro, uno de esos horribles negritos que se encuentran en el interior de casi todas las islas de la Malasia.

—Vengo de la costa meridional, jefe blanco —dijo el negrito a Yáñez—. He visto un gran junco que va hacia las islas Romades.

—¿Iba cargado?

—Sí, Tigre.

—Está bien, dentro de tres horas caerá en mi poder.

—¿Después irás a Labuán?

—Directamente, Yáñez.

—¡Adiós, Sandokán, que te guarde tu buena estrella!

—No temas, seré prudente.

Sandokán saltó al barco. De la playa se elevó un entusiasta grito:

—¡Viva el Tigre de la Malasia!

—¡Zarpemos! —ordenó el pirata.

—¿Qué ruta? preguntó Sabau, que había tomado el mando del barco más grande.

—Derecho a las islas Romades —contestó el jefe. Volviéndose hacia la tripulación, gritó:

—¡Tigrecitos, abran bien los ojos! ¡Tenemos que saquear un junco!

Los dos barcos con los cuales iba a emprender el Tigre su audaz expedición, no eran dos paraos corrientes. Sandokán y Yáñez, que en cosas de mar no tenían competidor en toda la Malasia, habían modificado sus veleros para hacer frente con ventaja a las naves enemigas. Conservaron las inmensas velas, pero dieron mayores dimensiones y formas más esbeltas a los cascos, al propio tiempo que reforzaron sólidamente las proas. Además eliminaron uno de los dos timones para facilitar el abordaje.

A pesar de que ambas naves se encontraban todavía a gran distancia de las Romades, apenas difundida la noticia de la presencia del junco, los piratas empezaron a ejecutar las operaciones necesarias para disponer el combate.

Se cargaron los dos cañones; llevaron al puente balas y granadas de mano, fusiles, hachas y sables de abordaje. Sandokán parecía participar de la ansiedad e inquietud de sus hombres. Paseaba de popa a proa con paso nervioso, escrutando la inmensa extensión de agua, mientras apretaba con rabia la empuñadura de oro de su magnífica cimitarra.

A las diez de la mañana desapareció en el horizonte la isla de Mompracem, pero el mar continuaba desierto. Ni un penacho de humo que indicara la presencia de un vapor, ni un punto blanco que señalara la cercanía de un velero.

Una gran impaciencia comenzaba a apoderarse de las tripulaciones; los hombres subían y bajaban las escalillas maldiciendo.

De pronto, poco después de mediodía, se oyó gritar desde lo alto del palo mayor:

—¡Nave a sotavento!

Sandokán lanzó una rápida mirada al puente de su barco y otra al del que mandaba Giro Batol, y ordenó:

—¡Tigrecitos, a sus puestos!

Los piratas obedecieron con presteza.

—Araña de Mar—dijo Sandokán—, ¿qué más ves?

—La vela de un junco.

—Hubiera preferido un barco europeo —murmuró Sandokán frunciendo el ceño—. No tengo odio alguno contra las gentes del Celeste Imperio. Pero, quién sabe... Volvió a sus paseos y no dijo nada más.

Al cabo de media hora volvió a oírse la voz de Araña de Mar.

—¡Capitán! Creo que el junco nos ha visto y está virando.

—¡Giro Batol! ¡Impídele la fuga!

Un instante después se separaban los dos barcos y, describiendo un gran semicírculo, se dirigían hacia el buque mercante a velas desplegadas.

Era una de esas naves pesadas llamadas juncos, de formas sin gracia y de dudosa solidez, que se usan mucho en los mares de la China. Apenas advirtió la presencia de los sospechosos paraos, contra los cuales no podía competir en velocidad, se detuvo y arboló una gran bandera. Al verla, Sandokán dio un salto adelante.

—¡La bandera del rajá Broocke, el exterminador de los piratas! —exclamó con acento de odio—. ¡Tigrecitos, al abordaje!

Un grito salvaje, feroz, se elevó en ambas tripulaciones, para quienes no era desconocida la fama del inglés James Broocke, convertido en rajá de Sarawack.

—¿Puedo comenzar? —preguntó Patán, apuntando con el cañón de proa.

—Sí, pero que no se pierda una sola bala.

De repente sonó una detonación a bordo del junco, y una bala de poco calibre pasó silbando por entre las velas del parao.

Patán hizo fuego. El efecto fue instantáneo: el palo mayor del junco, agujereado en la base, osciló con violencia y cayó sobre cubierta con las velas y todo el cordaje.

Una pequeña canoa tripulada por seis hombres se separó del junco y huyó hacia las islas Romades.

—¡Hay hombres que huyen en lugar de batirse! —exclamó Sandokán con ira—. ¡Patán, haz fuego contra esos cobardes!

El malayo lanzó a flor de agua una oleada de metralla, que echó a pique la canoa e hirió a todos los que la tripulaban.

—¡Bravo, Patán! —gritó Sandokán—. ¡Ahora deja ese barco tan raso como una mesa, pues todavía veo numerosa tripulación!

Los dos buques corsarios recomenzaron la infernal música de balas, granadas y metralla, destrozando el junco y matando marineros, que se defendían desesperadamente a tiros de fusil.

—¡Valientes! —exclamó Sandokán, admirado del valor de aquel grupo de hombres que quedaba en pie en el junco—. ¡Son dignos de combatir con los tigres de la Malasia!

Los barcos corsarios, envueltos en una espesa nube de humo, seguían avanzando, y en pocos instantes llegaron a los costados del junco. La nave de Sandokán lo abordó por babor y se lanzaron los arpeos de abordaje. ¡Tigrecitos, al asalto! gritó el terrible pirata.

Se recogió sobre sí mismo como un tigre que se dispone a lanzarse sobre la presa, e hizo un movimiento para saltar; pero una mano robusta lo detuvo.

Se volvió con un grito de rabia. Era Araña de Mar, que se colocó con rapidez delante de él, cubriéndolo con su cuerpo.

En aquel instante disparaban del junco un tiro de fusil y Araña de Mar cayó herido sobre el puente.

—¡Ah, gracias, tigrecito! —dijo Sandokán—. ¡Me has salvado!

Se lanzó adelante como un toro herido, saltó sobre el puente del junco, y se precipitó entre los combatientes con esa temeridad loca que todos admiraban.

Toda la tripulación del mercante se le fue encima.

—¡Tigrecitos, a mí! —gritó, tumbando a dos hombres con el revés de la cimitarra.

Doce piratas treparon por los aparejos y se lanzaron a la cubierta, en tanto el otro parao arrojaba los arpeos y se aferraba al junco. Los siete sobrevivientes arrojaron las armas.

—¿Quién es el capitán? —preguntó Sandokán.

—Yo respondió un chino, adelantándose.

—¡Eres un héroe y tus hombres son dignos de ti! —le dijo Sandokán—. Le dirás al rajá Broocke que un día cualquiera iré a anclar en la bahía de Sarawack y veremos si el exterminador de piratas es capaz de vencer a los míos.

En seguida se quitó del cuello un collar de diamantes de gran valor y se lo dio al capitán.

—Toma, valiente. Siento haber destruido tu junco, que tan bien has sabido defender. Pero con estos diamantes podrás comprar otros diez barcos nuevos.

—Pero, ¿quién es usted? —preguntó asombrado el capitán.

Sandokán se le acercó, le puso una mano en un hombro y le dijo:

—¡Yo soy el Tigre de la Malasia!

Y antes de que el capitán y sus marineros hubieran podido rehacerse de su aturdimiento y de su terror, Sandokán y los piratas volvieron a bajar a sus naves.

—¿Qué ruta? —preguntó Patán.

El Tigre extendió el brazo al Este y con voz metálica, en la que se advertía una vibración extraña, gritó:

—¡A Labuán!

CAPÍTULO III LA TRAVESÍA

Abandonaron el desarbolado junco y volvieron a emprender su camino hacia Labuán. Sandokán encendió un cigarro y llamó a Patán.

—Dime, malayo —le dijo, mirándolo de tal modo que daba miedo—, ¿sabes cómo ha

muerto Araña de Mar?

—Sí —respondió Patán, estremeciéndose.

—¿Sabes cuál es tu puesto cuando yo subo al abordaje?

—Detrás de usted.

—Y como tú no estabas, murió Araña en lugar de morir tú.

—Es verdad, capitán.

—Debiera fusilarte por esa falta; pero no me gusta sacrificar a los valientes. Sin embargo, en el primer abordaje te harás matar a la cabeza de mis hombres.

—¡Gracias, Tigre!

—¡Sabau! —llamó en seguida Sandokán—. Como fuiste el primero en saltar al junco detrás de mí, cuando haya muerto Patán tú le sucederás en el mando.

Los barcos navegaron sin encontrar otra nave. La fama siniestra de que gozaba el Tigre se había esparcido por esos mares y muy pocos barcos se aventuraban por ellos.

A eso de la medianoche aparecieron a la vista las tres islas que son los centinelas avanzados de Labuán. Sandokán se paseaba inquieto por el puente. A las tres de la madrugada gritó:

—¡Labuán!

En efecto, hacia el Este, donde el mar se confundía con el horizonte, apareció muy confusamente una sutil línea oscura.

—¡Labuán! —repitió el pirata, respirando como si le hubieran quitado un gran peso del corazón.

Labuán, cuya superficie no pasa de ciento dieciséis kilómetros cuadrados, no tenía la importancia que tiene hoy. Ocupada por orden del gobierno inglés con el objeto de suprimir la piratería, contaba en aquellos tiempos con unos mil habitantes, casi todos malayos y sólo unos doscientos de raza blanca. Hacía muy poco que habían fundado una ciudadela, Victoria, rodeada de algunos fortines construidos para impedir que la destruyeran los piratas de Mompracem, que varias veces habían devastado las costas. El resto de la isla estaba cubierto de bosques espesísimos, todavía poblados de tigres.

Después de costear varios kilómetros de la isla, los dos paraos se introdujeron silenciosamente en un riachuelo cuyas orillas estaban cubiertas de espléndidos bosques. Remontaron la corriente unos setecientos metros y allí anclaron a la sombra de los árboles. Ningún crucero que recorriera la costa habría podido sospechar la presencia de los piratas en ese lugar.

A mediodía Sandokán desembarcó, armado de su carabina y seguido por Patán. Había recorrido unos cuantos kilómetros, cuando oyó ladridos lejanos.

—Alguien está cazando —dijo—. Vamos a ver.

Muy pronto se encontraron frente a un horrendo negrito, que sujetaba un mastín.

—¿Adónde vas? —dijo Sandokán, cortándole el paso.

—Busco la pista de un tigre.

—¿Y quién te ha dado permiso para cazar en mis bosques?

—Estoy al servicio de lord Guillonk.

—Dime, esclavo maldito, ¿has oído hablar de una joven a quien llaman la Perla de Labuán?

—¿Quién no la conoce en esta isla? Es el ángel bueno de Labuán, a quien todos adoran.

—¿Es hermosa?

—Creo que no hay mujer alguna que pueda igualarla.

Un fuerte estremecimiento de emoción agitó al Tigre de la Malasia.

—¿Dónde vive? volvió a preguntar después de un breve silencio.

—A dos kilómetros de aquí, en medio de una pradera.

Basta con eso. Vete, y si aprecias la vida no vuelvas atrás.

Le dio un puñado de oro y se echó al pie de un árbol.

—Esperaremos la noche para espiar los alrededores —dijo.

Patán se tumbó a su lado, con la carabina en la mano. Hacia las siete de la tarde resonó un cañonazo. Sandokán se puso de pie de un salto, con el rostro demudado.

—¡Ven, Patán —exclamó—, veo sangre!

Se lanzó como un tigre a través de la floresta, seguido por el malayo que se veía en apuros para seguirlo.

CAPÍTULO IV TIGRES Y LEOPARDOS

En menos de diez minutos llegaron los piratas a la orilla del río. Todos sus hombres habían subido a bordo de los paraos y estaban ocupados en bajar las velas, pues no corría viento.

—¿Qué sucede? —preguntó Sandokán subiendo al puente.

—Capitán, nos han descubierto —dijo Giro Batol—. Un crucero nos cierra el camino en la boca del río.

—¿Conque los ingleses vienen a atacarnos? —dijo el Tigre—. Está bien. Tigrecitos, empuñen las armas y salgamos al mar. ¡Enseñemos a esos hombres cómo se baten los tigres de Mompracem!

—¡Viva el Tigre! —gritaron con entusiasmo los tripulantes—. ¡Al abordaje!

U n instante después ambos barcos descendían por el río, y a los pocos minutos salían a plena mar.

A seiscientos metros de la costa navegaba a poca máquina un gran buque poderosamente armado. Se oía redoblar los tambores en su cubierta, llamando a la tripulación a sus puestos de combate.

Sandokán miró con frialdad al formidable adversario, sin que su mole le asustase en lo más mínimo, y gritó:

—¡Tigrecitos, a los remos!

Los piratas se precipitaron bajo cubierta, mientras los artilleros apuntaban los cañones. Los paraos volaban al impulso de los remos.

De pronto una bala de grueso calibre pasó, silbando por entre los mástiles.

—¡Patán —gritó Sandokán—, a tu cañón! No hay que perder un solo tiro. ¡Derriba los mástiles de ese maldito, desmóntale las piezas, y cuando ya no tengas la vista firme, hazte matar!

En ese momento un huracán de hierro atravesó el espacio y dio de lleno en los dos paraos, dejándolos rasos como lanchones.

Gritos espantosos de rabia y de dolor se alzaron entre los piratas, que fueron ahogados por otra andanada de artillería.

El crucero se alejó más de un kilómetro, dispuesto a recomenzar el fuego.

Sandokán, que había salido ileso, se levantó rápidamente.

—¡Miserables! —gritó, mostrando el puño al enemigo—. ¡Huyes, cobarde, pero yo te alcanzaré!

En un momento fueron acumulados en la proa de ambos barcos los mástiles de recambio, cajas llenas de balas, cañones viejos y maderos de toda especie, forman

do una sólida barricada. Veinte hombres de los más vigorosos volvieron a descender para manejar los remos, y los otros se agolparon en cubierta, temblorosos de furia, empuñando las carabinas y sujetando con los apretados dientes sus puñales.

El crucero avanzó a toda máquina, arrojando por la chimenea torrentes de humo negro. —¡Fuego a discreción! —gritó el Tigre.

Y recomenzó por ambas partes la música infernal, respondiendo tiro a tiro, bala a bala y metralla a metralla. Los tres buques parecían dispuestos a sucumbir antes que a retroceder. En los paraos, con el agua ya en las bodegas, horadados en cien sitios, la locura se apoderó de sus tripulantes; todos querían subir a la cubierta del crucero y, si no vencer, morir al menos en el campo enemigo.

Patán, fiel a su palabra, murió al pie de su cañón; pero otro artillero ocupó de inmediato su puesto. Había muchos hombres muertos y otros horriblemente heridos, con las piernas y brazos rotos o separados del tronco, que se debatían con desesperación entre torrentes de sangre.

Pero en las cubiertas de ambos paraos quedaban todavía otros tigres, sedientos de sangre, que cumplían con valor su misión..

La cruel batalla duró veinte minutos. El crucero se alejó una vez más otros seiscientos metros, a fin de evitar el abordaje. Un bramido de furor estalló a bordo de los paraos ante la nueva retirada. Ya no era posible luchar con ese enemigo que se libraba del abordaje. Y sin embargo Sandokán no cedía.

Se arrojó impetuoso en medio de sus hombres, corrigió la puntería del cañón que les quedaba, y disparó. Pocos segundos después el palo mayor del crucero se precipitaba al mar, arrastrando a los soldados de las cofas y crucetas.

Mientras el crucero se detenía para salvar a sus hombres, Sandokán aprovechó para embarcar en su parao a la tripulación del que mandaba Giro Batol, que flotaba por verdadero milagro.

—¡Ahora, a la costa y volando! —gritó.

El parao de Giro Batol quedó abandonado a las olas con su carga de cadáveres.

Aprovechando la inacción del enemigo, los piratas se alejaron a toda prisa y se refugiaron en el riachuelo. Ya era tiempo, pues el pobre barco hacía agua por todas partes y se hundía lentamente. Gemía como un moribundo. Sandokán lo embarrancó en un banco de arena.

Apenas vieron que no corría peligro de irse a pique, los piratas irrumpieron en cubierta, las armas en la mano y contraídas de furor las facciones, dispuestos a volver a la lucha. Sandokán los contuvo con un gesto.

—Son las seis —dijo—; dentro de dos horas se pondrá el sol y las tinieblas caerán sobre el océano. Todo el mundo debe ponerse a trabajar para que a medianoche esté listo el parao y podamos hacernos a la mar. ¿Atacaremos al crucero?

—No se los prometo, pero les juro que pronto llegará el día en que nos vengamos de esta derrota. Al relámpago de los cañones izaremos nuestra bandera en los bastiones de Victoria.

—¡Viva el Tigre! —aullaron los piratas.

—¡Silencio! —exclamó Sandokán—. Que vayan dos hombres a la boca del río a vigilar al crucero, otros dos a los bosques para que no nos sorprendan. Curen a los heridos y a trabajar todos.

Se sentó sobre el cañón.

—El crucero espera que salgamos al mar para rematarnos murmuró, pero se equivoca. ¡El Tigre también sabe ser prudente!

Llamó a Sabau.

—Patán y Giro Batol han muerto —le dijo—. Ahora a ti te corresponde el mando y yo te lo doy.

—¡Gracias, Tigre!

Entre ambos llevaron el cañón hacia popa y lo apuntaron mirando a la bahía, de modo que pudieran despejarla a metrallazos si las chalupas del crucero intentaran forzar la boca del río.

Los piratas trabajaron de un modo febril. Pusieron nuevos mástiles, taparon todos los agujeros y renovaron los cordajes. A las diez ya el barco podía volver al mar y afrontar un nuevo combate.

Una hora después Sandokán mandó que llamaran a los hombres que había enviado a la boca del río a vigilar al crucero.

—¿Está libre la bahía? —les preguntó.

—Sí.

—¿Y el crucero?

—Está delante de la bahía, a unos ochocientos metros.

—Tenemos espacio suficiente para pasar —murmuró Sandokán—. Las tinieblas protegerán nuestra retirada. ¡Zarpemos!

Veinte hombres empujaron el parao hacia el río.

—Que nadie grite —dijo Sandokán con voz imperiosa—; abran bien los ojos y tengan dispuestas las armas. ¡Vamos a jugarnos una partida terrible!

Se sentó junto al timón con Sabau a su lado y guió resueltamente el barco hacia la boca del río. La oscuridad favorecía la fuga. Desplegaron una vela latina, pintada de negro para confundirse con las sombras de la noche. La cubierta del parao parecía desierta.

—El crucero está muy cerca, con todos sus fuegos encendidos —dijo Sandokán—. Está esperándonos. Pasaremos rasando la costa para confundirnos con la masa de los árboles y en seguida nos lanzaremos al mar.

El viento era más bien débil, pero el mar estaba calmo. Sandokán temblaba de rabia. Él, el formidable Tigre de la Malasia, sentía vergüenza de huir silencioso como un ladrón. ¡Le hervía la sangre de furor y sus ojos relampagueaban!

Se había alejado el parao unos seiscientos pasos de la bahía y se preparaba para lanzarse a alta mar, cuando vio que el crucero encendía los faroles de posición.

—¡Nos han visto! —exclamó.

—¡A las armas! —gritaron a bordo del barco de guerra—. ¡Se escapan los piratas!

Se oyó el redoblar de un tambor llamando a los soldados y a la marinería.

Los corsarios, incrustados materialmente en las amuras y agolpados detrás de la barricada hecha con troncos de árbol, apenas respiraban, pero sus rostros feroces revelaban el estado de su ánimo. Sus dedos crispados apretaban las armas, impacientes por oprimir el gatillo.

Oyeron el silbido metálico de un proyectil al atravesar el aire. Un humo rojizo salía por la chimenea del crucero. Se escucharon las órdenes de los oficiales y los pasos precipitados de los tripulantes. El vapor corría para echarse encima de la nave corsaria.

—¡Preparémonos para morir como héroes! —gritó Sandokán, que no se hacía ilusiones acerca del éxito de aquella lucha.

De una parte y otra comenzó el cañoneo.

—¡Al abordaje! —gritó Sandokán—. ¡La partida no es igual, pero somos los tigres de Mompracem!

El parao, verdadero juguete comparado con el gigantesco crucero, se adelantó

audazmente, cañoneándolo como mejor podía. Pero a pesar del valor desesperado de los tigres de Mompracem, el parao, acribillado por los tiros enemigos, ya no era más que un despojo.

Nadie hablaba de rendición. Todos querían morir, pero allá arriba, en la cubierta del buque enemigo. El cañón que disparaba Sabau había sido desmontado y la mitad de la tripulación yacía tendida por la metralla. La derrota era completa. Sólo quedaban doce hombres que, con los ojos extraviados y los labios espumeantes de rabia, apretaban con manos de tenazas las armas, atrincherados tras los cadáveres de sus compañeros.

Sandokán lanzó su nave contra el barco enemigo. Fue un violentísimo encontronazo. Dos arpeos de abordaje se agarraron a las escalillas del crucero. Entonces los trece piratas, sedientos de venganza, aferrados a los postes y a los cables, se descolgaron sobre el puente antes de que los ingleses, asombrados de tanta audacia, pensarán en rechazarlos.

Los piratas rompieron las filas de los soldados que les cerraban el paso, repartieron una granizada de tajos de cimitarra a diestra y a siniestra, y se lanzaron hacia la popa. Había allí sesenta hombres, pero no se detuvieron a contarlos y se arrojaron furiosos sobre la punta de las bayonetas.

Daban golpes desesperados, segaban brazos y hundían cráneos. Durante algunos minutos hicieron temblar a sus enemigos, pero acuchillados por la espalda, alcanzados por las bayonetas, sucumbieron por fin uno tras otro.

En la mitad del puente, Sandokán cayó herido en pleno pecho por un disparo de fusil. Cuatro piratas sobrevivientes se arrojaron delante suyo, y lo cubrieron con sus cuerpos, pero fueron muertos por una terrible descarga de fusilería. No así el Tigre.

Aquel hombre increíble, a pesar de su herida que manaba sangre, dio un salto, llegó a la borda, derribó con el puño de la cimitarra a un gaviero que intentaba detenerlo y se lanzó de cabeza al mar, desapareciendo bajo las negras aguas.

CAPÍTULO V LABUÁN

Un hombre de tal naturaleza, dotado de una fuerza tan prodigiosa, de una energía tan extraordinaria y de un valor tan grande, no podía morir.

Mientras el vapor seguía su carrera, el pirata, por medio de un vigoroso empuje de los talones, volvía a la superficie y se alejaba mar adentro para que no lo alcanzara el espolón del barco enemigo o alguna bala de carabina.

Conteniendo los gemidos que le arrancaba el dolor de su herida, refrenando la rabia que lo devoraba, esperó el oportuno instante para ganar las costas de la isla.

El crucero avanzó hacia el sitio donde se había tirado el pirata, con la esperanza de destrozarlo con las ruedas. Los marineros dirigían a todas partes las luces de sus faroles. Convencidos de la inutilidad de sus pesquisas, se alejaron por fin en dirección de Labuán.

Entonces el Tigre dio un grito de furor.

—¡Ya vendrá el día en que les haré sentir lo terrible de mi venganza!

Se puso la faja en la herida para contener la hemorragia, que podía producirle la muerte y, juntando todas sus fuerzas, comenzó a nadar en busca de la costa de la isla.

Nadó durante algún tiempo; se detenía de cuando en cuando para poder respirar y se fue sacando la ropa que le dificultaba los movimientos. Sentía que se le acababan las fuerzas. Se le contraían los músculos, la respiración se le hacía más difícil y, para colmo de su desgracia, la herida continuaba sangrando y le producía agudísimos dolores al contacto con el agua salada.

Flotó un rato para recobrar el aliento. De pronto sintió que tropezaba con algo. ¿Sería

un tiburón? A pesar de su valor, sintió que los cabellos se le erizaban.

Alargó instintivamente una mano y tocó un objeto duro. Era un pedazo de madera perteneciente a la cubierta del parao, y a ella estaban adheridos todavía un penol y unas cuerdas.

—¡Ya era tiempo! —murmuró Sandokán—. ¡Ya se me agotaban las fuerzas!

Se subió fatigosamente al fragmento de su pobre barco y puso al descubierto su herida de la cual brotaba todavía un hilo de sangre.

Durante otra hora aquel hombre que no quería morir ni darse por vencido luchó con las olas que poco a poco iban sumergiendo el madero, pero sus fuerzas menguaban de manera considerable.

Comenzaba a alborear cuando un golpe violento lo sacó de su amodorramiento.

Se levantó con gran trabajo sobre los brazos. Parecía que rodaba sobre fondos bajos. Como a través de una niebla sangrienta descubrió una costa a muy breve distancia.

—¡Labuán! —murmuró—. ¿Llegaré allí, a la tierra de mis enemigos?

Reuniendo sus fuerzas abandonó aquella tabla que lo había salvado de una muerte segura, y se dirigió hacia la costa. Avanzó vacilante a través de los bancos de arena y, después de luchar contra las últimas oleadas de la resaca, llegó a la escollera y se dejó caer pesadamente en el suelo.

Aun cuando se sentía extenuado por la larga lucha y por la gran cantidad de sangre perdida, destapó su herida y la observó. Había recibido un balazo bajo la quinta costilla del costado derecho. Quizás no fuera grave, pero podía llegar a serlo si no se curaba pronto.

A pocos pasos oyó el murmullo de un arroyo. A él se dirigió como pudo y lavó su herida cuidadosamente y la oprimió hasta hacer brotar unas gotas de sangre. Después la cerró y la ligó con una tira de su camisa.

—¡Sanaré! —murmuró con tanta energía como si fuera el amo de su propia existencia.

Bebió algunos sorbos de agua para calmar la fiebre que comenzaba a invadirlo y se arrastró hasta debajo de un gigantesco árbol, una areca que le ofrecía sombra fresca. Durmió largo rato y despertó con una sed abrasadora.

Apoyándose en el tronco de la areca, se puso de pie.

—¿Quién habría de decir —exclamó, apretando los dientes— que un día el leopardo de Labuán vencería a los tigres de Mompracem? ¿Que yo, el invencible Tigre de la Malasia, llegaría aquí derrotado y herido? ¡La venganza! ¡Todos mis paraos, mi isla, mis hombres, mis tesoros, por destruir a esos hombres blancos que me disputan este mar! ¿Qué me importa que hoy se ensoberbezca el leopardo inglés con su victoria? ¡Ya temblarán todos los ingleses de esta isla, porque verán mi sangrienta bandera a la luz de los incendios! Paciencia por ahora, Sandokán. Sanaré y volveré a Mompracem aunque tenga que construir una balsa a golpes de kriss.

Varias horas estuvo tendido bajo la areca, mirando sombrío las olas que iban a morir casi a sus pies. Sus ojos parecían buscar bajo las aguas los cascotes deshechos de sus barcos o los cadáveres de sus desgraciados marineros.

Las sombras cayeron sobre el bosque. Presa de un repentino ataque de delirio, se levantó, echó a correr como un loco y se internó en la selva.

Un miedo extraño lo acometió. Le parecía oír ladridos de perros, gritos de hombres, rugidos de fieras. Tal vez se creyó descubierto. Muy pronto su carrera se hizo vertiginosa. Completamente fuera de sí, corría como caballo desbocado, se lanzaba en medio de la maleza, saltaba sobre los troncos caídos y agitaba furioso el kriss.

Corrió por diez o quince minutos, despertando con sus gritos los ecos de los bosques tenebrosos, pero al cabo se detuvo anhelante y medio muerto. Cayó, rodando por el suelo. Por

todas partes veía enemigos. Presa de un espantoso delirio, Sandokán caía y se levantaba, y volvía a caer.

Durante algún tiempo siguió corriendo, gritando y amenazando.

—¡Sangre, denme sangre para apagar la sed! ¡Yo soy el Tigre del mar malayo!

Ya fuera del bosque, se lanzó a través de una pradera, al extremo de la cual le pareció ver confusamente una empalizada. Se detuvo y cayó de rodillas. Estaba exhausto. Quiso volver a levantarse pero un velo de sangre le cubrió los ojos y se desplomó.

CAPÍTULO VI LORD JAMES GUILLONK

Cuando volvió en sí, vio con gran sorpresa que no estaba en la pradera que atravesara durante la noche, sino en una habitación espaciosa, empapelada con papel floreado, y tendido en un lecho cómodo y blandísimo.

Al principio creyó que soñaba, y se restregó varias veces los ojos como para despertarse. Pero pronto se convenció de que era realidad. Miró en derredor; no había nadie.

Entonces observó minuciosamente la habitación. Era amplia, elegante, y la alumbraban dos grandes ventanas, a través de las cuales se veían árboles muy altos. En un rincón vio un piano, sobre el cual había esparcidos papeles de música; en otro, un caballete con un cuadro que representaba una marina; en medio, una mesa con un tapete bordado; cerca de la cama, su fiel kriss, y al lado un libro medio abierto, con una flor disecada entre las páginas.

Escuchó a gran distancia los acordes de una mandolina.

—¿Dónde estaré? —se preguntó—. ¿En casa de amigos o de enemigos? ¿Quién me ha curado la herida? Empujado por una curiosidad irresistible alargó la mano y cogió el libro. En la cubierta había un nombre impreso en letras de oro.

—¡Mariana! —exclamó leyendo—. ¿Qué querrá decir esto? ¿Es un nombre, o una palabra que yo no comprendo?

Se sintió agitado por una emoción desconocida para él. Algo muy dulce conmovió el corazón de aquel hombre, ese corazón de acero, siempre cerrado hasta para las emociones más violentas.

El libro estaba cubierto de caracteres finos y elegantes, pero no pudo comprender palabra alguna, aun cuando se asemejaban a los de la lengua del portugués Yáñez. Cogió con delicadeza la flor y la contempló largo rato. La olió varias veces, procurando no estropearla con sus dedos que nunca tocaron otra cosa que la empuñadura de la cimitarra. Experimentó de nuevo una sensación extraña, un estremecimiento misterioso. Casi con pesar colocó la flor entre las páginas y cerró el libro.

Lo hizo muy a tiempo; el picaporte de la puerta giró y entró un hombre.

Era un europeo, a juzgar por el color de su piel. Parecía tener unos cincuenta años, era de alta estatura, ojos azules, y en sus modales se advertía el hábito del mando.

—Me alegra verlo tranquilo. Ya llevaba tres días sin que el delirio lo dejara un solo momento.

—¡Tres días! —exclamó Sandokán estupefacto—. ¿Hace tres días que estoy aquí? ¿No es un sueño?

—No es un sueño. Está con personas que lo cuidarán con afecto y harán todo lo posible por restituirle la salud.

—¿Quién es usted?

—Soy lord James Guillonk, capitán de navío de Su Majestad la Reina Victoria.

Sandokán dominó un sobresalto y no dejó traslucir el odio que sentía contra todo lo inglés.

—Le doy las gracias, milord —dijo—, por cuanto ha hecho por mí, por un desconocido que podría ser un enemigo mortal.

—Era mi deber recoger en mi casa a un pobre hombre herido quizás mortalmente. ¿Cómo se siente ahora?

—Me siento bastante fuerte ya y no tengo ningún dolor.

—Me alegro. ¿Quién lo hirió de ese modo? Además de la bala que se le extrajo del pecho, tenía el cuerpo lleno de heridas de arma blanca.

Aun cuando Sandokán esperaba esa pregunta, no pudo menos de estremecerse. Pero no perdió la serenidad. Me veo en un apuro para decirlo, pues no lo sé contestó. Vi un grupo de hombres que caía durante la noche sobre mis barcos, subían al abordaje y mataban a mis marineros. ¿Quiénes eran? Repito que no lo sé, porque al primer encuentro caí en el mar cubierto de heridas.

—Sin duda lo atacaron los Tigres de la Malasia —dijo lord James.

—¡Los piratas! —exclamó Sandokán.

—Sí, los de Mompracem, porque hace tres días merodeaban por las cercanías de la isla, pero los destruyó uno de nuestros cruceros. ¿Dónde lo asaltaron?

—En los alrededores de las Romades.

—¿Llegó a nado a nuestras costas?

—Sí, agarrado a un fragmento de uno de los barcos. ¿Dónde me encontró usted?

—Tendido en una playa, presa de un delirio terrible. ¿Adónde se dirigía cuando lo asaltaron?

—Iba a llevar unos regalos al sultán de Verauni, de parte de mi hermano, el sultán de Shaja.

—¡Entonces usted es un príncipe malayo! —exclamó el lord tendiéndole la mano, que Sandokán estrechó después de una breve vacilación.

—Sí, milord.

—Estoy muy contento de haberle dado hospitalidad. Y, si no le desagrada, iremos juntos a saludar al sultán de Verauni.

—Sí, y...

Se detuvo y alargó el cuello al oír un rumor lejano. De fuera se oían los acordes de una mandolina, tal vez la misma que oyó antes.

—¿Quién toca? —preguntó presa de una viva agitación cuya causa no podía explicarse—. Me gustaría conocer a la persona que toca tan bien. Su música me llega al corazón y me hace experimentar una sensación nueva para mí.

El lord le hizo una seña para que se acostara y salió. Sandokán sentía que la emoción volvía a apoderarse de él con más fuerza. El corazón le latía con violencia y su cuerpo temblaba, sacudido por extraños movimientos nerviosos.

—¿Qué me sucede? —se preguntaba—. ¿Me vuelve el delirio?

Vio entrar al lord, pero no venía solo.

Detrás de él se adelantaba una hermosísima criatura. Al verla, Sandokán no pudo contener una exclamación de sorpresa y de admiración.

Era una jovencita de diecisiete años, de estatura pequeña, pero muy esbelta y elegante, con la cintura tan estrecha que una sola mano suya podía abarcarla. Su piel era rosada y fresca como rosa recién abierta, sus ojos azules como las aguas del mar, sus rubios cabellos parecían una lluvia de oro.

El pirata sintió un estremecimiento que le llegó hasta el fondo del alma. Aquel hombre tan fiero, tan sanguinario, se sintió fascinado, por primera vez en su vida, ante aquella flor que

surgía bajo los bosques de Labuán. Su corazón ardía y le pareció que corría fuego por sus venas.

—¿Se siente mal? —le preguntó el lord.

—¡No! ¡No! —contestó vivamente el pirata.

—Entonces, permítame que le presente a mi sobrina, lady Mariana Guillonk.

—¡Mariana Guillonk! —repitió Sandokán, con voz sorda.

—¿Qué le halla de extraño a mi nombre? —le preguntó sonriendo la joven.
¡Cualquiera diría que le ha sorprendido!

Sandokán no había sentido nunca una voz tan dulce en sus oídos acostumbrados al estruendo de los cañones y a los gritos de muerte de los combatientes.

—Es que creo haberlo oído antes —dijo con voz alterada.

—¿A quién? —preguntó el lord.

—En realidad, lo leí en ese libro que está ahí, y me había imaginado que debía ser el de una criatura muy hermosa.

—¡Usted bromea! —dijo ella ruborizándose.

De pronto el pirata, que no apartaba los ojos del rostro de la niña, se enderezó bruscamente.

—¡Milady!

—¡Dios mío! ¿Qué le pasa? —dijo ella acercándose.

—Usted tiene otro nombre infinitamente más bello que el de Mariana Guillonk.

—¿Cuál? —preguntaron a un tiempo el lord y su sobrina.

—¡No puede ser otra más que usted la que todos los indígenas llaman la Perla de Labuán!

El lord hizo un gesto de sorpresa y una profunda arruga surcó su frente.

—Amigo mío —dijo—, ¿cómo es posible que usted lo sepa, si viene de la lejana península malaya?

—No lo escuché en Shaja —contestó Sandokán, que por poco se traiciona—, sino en las Romades, en cuyas playas desembarqué hace días. Allí me hablaron de una joven de incomparable belleza, que montaba como una amazona y que cazaba fieras; que por las tardes fascinaba a los pescadores con su canto, más dulce que el murmullo de los arroyos. ¡Ah, milady, también yo quise oír esa voz algún día!

—¿Conque tantas gracias me atribuyen? —dijo ella riendo.

—Sí, y ahora veo que decían la verdad —exclamó el pirata con acento apasionado.

—¡Adulador!

—Querida sobrina —dijo el lord—, ¿vas a enamorar también a nuestro príncipe?

—¡De eso estoy convencido! —exclamó Sandokán—. Y cuando salga de esta casa para volver a mi lejana tierra, diré a mis compatriotas que una joven de rostro blanco ha conmovido el corazón de un hombre que creía tenerlo invulnerable.

La conversación continuó luego acerca de la patria de Sandokán y de Labuán. Así que se hizo noche, el lord y su sobrina se retiraron.

Cuando el pirata quedó solo estuvo largo rato inmóvil, con los ojos fijos en la puerta por donde había salido Mariana. Parecía sumido en profundos pensamientos e invadido de una emoción vivísima.

Así permaneció algunos minutos, con el rostro alterado, la frente perlada por el sudor, hundidas las manos en los espesos cabellos hasta que por fin aquellos labios que no querían abrirse, pronunciaron un nombre:

—¡Mariana!

El pirata no pudo refrenarse más.

—¡Maldición! —exclamó con rabia, retorciéndose la manos—. ¡Siento que me vuelvo loco, siento que... la amo!

CAPÍTULO VII CURACIÓN Y AMOR

Lady Mariana Guillonk había nacido bajo el hermoso cielo de Italia, en las orillas del golfo de Nápoles, de madre italiana y padre inglés.

Huérfana a los once años y heredera de una sólida fortuna, la recogió su tío James, su único pariente.

En ese entonces James Guillonk era uno de los más intrépidos lobos de mar de Europa y Asia, que cooperaba con James Broocke, el rajá de Sarawack, en el exterminio de piratas malayos.

Aunque no tenía gran cariño por su sobrina, decidió embarcarla en su propia nave y llevarla con él a Borneo.

Durante tres años la muchacha fue testigo de sangrientas batallas donde perecieron miles de piratas y que dieron a Broocke una triste celebridad.

Un día lord Guillonk se cansó de matanzas y peligros, abandonó el mar y se estableció en Labuán.

Lady Mariana había adquirido una fiereza y una energía sin igual. Obligada ahora a vivir en tan extraño lugar, se dedicó a completar su propia educación. Poseía una voluntad muy firme y poco a poco fue modificando la feroz rudeza adquirida en su contacto con la gente de mar. Se convirtió en una apasionada cultivadora de la música, de las flores, de las bellas artes, gracias a las enseñanzas de una antigua amiga de su madre, muerta más tarde bajo la inclemencia del clima tropical.

No perdió su pasión por las armas y por los ejercicios violentos y recorría a caballo los bosques persiguiendo tigres, o se arrojaba intrépidamente en las azules olas del mar malayo. Con mucha frecuencia se la veía en los lugares donde reinaban el infortunio y la miseria, socorriendo a todos los indígenas de los alrededores.

Y de este modo conquistó el sobrenombre de Perla de Labuán, que hizo latir el corazón del Tigre de la Malasia. Pero la niña, alejada por completo de la civilización, se convirtió en mujer sin darse cuenta, hasta que al ver al fiero pirata experimentó sin saber por qué, una extraña turbación.

Veía siempre ante sus ojos al herido, se le aparecía en sueños su altivo rostro en que se transparentaba un valor indomable.

Después de fascinarlo con sus ojos, su voz y su belleza, a su vez ella quedó fascinada y vencida.

En un principio procuró reaccionar contra aquellos latidos de su corazón, nuevos para ella como eran nuevos para Sandokán. Pero fue en vano. Sentía que una fuerza irresistible la empujaba hacia ese hombre; sólo era feliz cuando estaba junto a su lecho calmando los agudos dolores de su herida.

Cuando ella cantaba las dulces canciones de su país natal, él no era ya más el pirata sanguinario. Conteniendo la respiración, bañado en sudor, escuchaba como en un ensueño, y al morir la nota final de la mandolina, permanecía con los ojos fijos en la joven, olvidado de Mompracem, de sus tigrecitos, y de sus batallas.

Los días pasaron rápidamente y la curación, ayudada por el amor que le devoraba la sangre, marchaba a toda prisa.

Un día el lord encontró al pirata en pie y dispuesto para salir.

—¡Cuánto me alegro de verlo así, amigo mío! —dijo.

—Me siento tan fuerte que lucharía con un tigre —contestó Sandokán.

—Entonces lo pondré a prueba. He invitado a algunos amigos a cazar un tigre que ronda a menudo los muros de mi parque, y ya que está sano, daremos la batida mañana por la mañana.

—Seré de la partida, milord.

—Bien. Además, creo que será usted mi huésped durante algún tiempo más.

—Debo marcharme pronto, milord; me llaman asuntos graves.

—Para los negocios siempre hay tiempo. No lo dejaré marchar antes de algunos meses. Déme su palabra de que se quedará.

Para Sandokán quedarse en la quinta, cerca de la joven que lo fascinaba, era la vida, era todo. No pedía más por el momento.

¿Qué le importaba que en Mompracem lo lloraran por muerto? ¿Qué le importaba su fiel Yáñez, cuando Mariana comenzaba a corresponderle? ¿Qué le importaba no experimentar las emociones terribles de las batallas, si ella le hacía sentir emociones mucho más sublimes? ¿Qué le importaba que lo descubrieran y que lo mataran, si todavía respiraba el mismo aire que respiraba Mariana?

—Sí, milord, me quedaré el tiempo que usted quiera —contestó—. Acepto su hospitalidad y si algún día, no olvide estas palabras, milord, nos encontramos con las armas en la mano como valientes enemigos, recordaré cuánto agradecimiento le debo.

El inglés lo miró estupefacto.

—¿Por qué habla así?

—Quizás lo sepa algún día.

El lord antes de salir se volvió al pirata y le dijo:

—Si quiere bajar al parque, encontrará en él a mi sobrina, cuya compañía espero que le hará más agradable el tiempo.

—¡Gracias, milord!

Era lo que deseaba Sandokán, poder encontrarse a solas con ella para revelarle la pasión que lo devoraba.

Se asomó a la ventana. Allá, debajo de un magnolio en flor, estaba sentada la joven lady en actitud pensativa. Le pareció una visión celestial.

De pronto se hizo atrás con un grito ahogado, semejante a un rugido.

—¡Qué iba a hacer! —exclamó con voz ronca—. Pero, ¿será verdad que amo a esa muchacha? ¿No es esto una locura? No soy ya el pirata de Mompracem, pues me siento arrastrado por una pasión irresistible hacia esa hija de una raza que odio. ¿Olvido a mi salvaje Mompracem, a mis fieles tigrecitos, a mi buen Yáñez? ¿Olvido que los compatriotas de ella no esperan más que el momento oportuno para destruir mi poder? ¡Apaguemos este volcán que arde en mi corazón, indigno del Tigre de la Malasia! ¡Haz oír tu rugido, Tigre; destierra de tu pecho el reconocimiento que debes a estas gentes que te han curado la herida y huye de estos sitios! ¡Vuelve al mar; vuelve a ser el terrible pirata de Mompracem!

Apretaba los puños y los dientes, tembloroso de cólera. Sin embargo, permaneció con los ojos ardientes fijos en la joven.

—¡Mariana! —exclamó al cabo de unos minutos—. ¡Mariana!

Con un movimiento rápido abrió la ventana. Estuvo mucho tiempo absorto, y cuando volvió a la realidad ya no estaba Mariana en el parque. Comenzó a pasearse a lo largo de la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada, sumido en sombríos pensamientos.

Se asomó nuevamente a la ventana para que la fresca brisa le secara la frente sudorosa.

—¡Aquí —dijo—, la felicidad, una nueva vida, una nueva embriaguez, dulce y tranquila. Allá en Mompracem, una vida tempestuosa, tronar de cañones, carnicería sangrienta, mis rápidos paraos, Yáñez. ¿Cuál de estas dos vidas preferiré? Toda mi sangre arde cuando pienso en Mariana. Se diría que la antepongo a mis tigrecitos y a mi venganza. ¡Siento vergüenza de mí mismo al recordar que es hija de una raza que odio tan profundamente! ¿Y si la olvidara? ¡Mi corazón sangra, no quiere olvidarla! Pero es preciso que huya.

Salió al parque y se puso en marcha a paso rápido. Llegaba ya a la empalizada e iba a tomar carrera para saltar, cuando retrocedió vivamente, con las manos en la cabeza, la mirada torva, casi sollozando.

—¡No puedo! —exclamó desesperado—. ¡Que se hunda Mompracem, que maten a mis tigres, que desaparezca mi poderío; yo permaneceré aquí!

Echó a correr por el parque como si temiera estar cerca de la empalizada y no se detuvo hasta llegar debajo de la ventana de su habitación. De un salto subió a las ramas de un árbol y de allí pasó al alféizar. Al encontrarse en aquella casa que había abandonado con la firme decisión de no volver a ella, un segundo sollozo se le escapó de la garganta,

—¡Ah! —exclamó—. ¡El Tigre de la Malasia está a punto de desaparecer!

CAPÍTULO VIII LA CAZA DEL TIGRE

Cuando al amanecer fue el lord a llamar a su puerta, Sandokán no había cerrado todavía los ojos.

Saltó del lecho y se vistió, se puso su kriss entre los pliegues de la faja y abrió la puerta.

—¡Aquí estoy, milord!

—No creí encontrarlo tan dispuesto, querido príncipe —dijo el inglés—. ¿Cómo se siente? Tan fuerte que sería capaz de arrancar un árbol. Entonces, vamos a reunirnos con los seis valientes cazadores que nos esperan en el parque, impacientes por encontrar el tigre que mis ojeadores han correteado hacia un bosque.

—¿Viene con nosotros lady Mariana?

—¡Naturalmente!

Sandokán ahogó un grito de alegría.

—¡Vamos, milord! —dijo—. ¡Tengo ansias de encontrar al tigre!

El lord le entregó una carabina.

Tome usted, príncipe le dijo. A veces una bala vale más que el kriss mejor templado. Bajaron al parque donde se hallaban los demás cazadores; cuatro colonos de los contornos y un elegante oficial de marina.

Al verlo, Sandokán experimentó por él una antipatía violenta. Este lo miró de un modo muy extraño y, aprovechando un momento en que nadie le prestaba atención, se acercó al lord y le dijo:

—Creo haber visto antes a este príncipe malayo.

—¿Dónde?

—No lo recuerdo bien, pero estoy seguro.

—Se equivoca, amigo mío.

—Ya lo veremos, milord.

—Así será. ¡A caballo, señores! Cuidado con el tigre, que es muy grande y tiene unas garras feroces.

—Lo mataré de un solo balazo y ofreceré la piel a lady Mariana —dijo el oficial.

—Pienso matarlo antes que usted, señor —dijo Sandokán.

—Ya lo veremos, amigos —terció el lord—. Ahora, ¡a caballo!

El grupo se dividió para registrar en varias direcciones un bosque que se extendía hasta la costa. Sandokán, que montaba un animal muy fogoso, se internó por un sendero estrecho y se lanzó audazmente hacia la espesura, pues quería ser el primero en descubrir a la fiera.

—¡Vuela! —exclamó espoleando con furia al animal—. ¡Tengo que demostrarle a ese oficialillo impertinente de lo que soy capaz! ¡No será él quien ofrezca la piel del tigre a lady Mariana, aunque tenga que hacerme triturar!

En ese momento resonó la trompa en medio del bosque.

—¡Descubrieron al tigre! —murmuró Sandokán—. ¡Vuela, caballo, vuela!

Como un relámpago atravesó una parte del bosque. De pronto escuchó un tiro a muy corta distancia, seguido de una exclamación cuyo acento le hizo estremecer. A escape galopó hacia el lugar donde resonara la detonación, y en medio de una pequeña explanada descubrió a Mariana, con la carabina humeante entre las manos. Se le acercó con un grito de alegría.

—¡Usted aquí sola! —exclamó.

—Y usted, príncipe ¿cómo ha llegado aquí?

—Seguía las huellas del tigre.

—También yo. Disparé contra la fiera, pero huyó sin que lograra tocarla.

—¡Gran Dios! ¿Por qué expone su vida enfrentando a ese animal?

—Para impedir que usted cometa la imprudencia de apuñalarlo con el kriss.

—Ha hecho mal, milady. Pero la fiera está todavía viva y mi kriss dispuesto a partirle el corazón.

—¡Usted no hará eso! Es valiente, ya lo sé; es fuerte y tan ágil como un tigre, pero una lucha cuerpo a cuerpo con la fiera podría serle fatal.

—¡Qué importa! Quisiera que me produjera tan crueles heridas que tuviera que estar en curaciones un año entero.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida la joven.

—¿No sabe, milady —dijo el pirata acercándose más—, que mi corazón parece estallar cuando pienso que vendrá el día en que tendré que dejarla para siempre, para no volver a verla más? Si el tigre me hiere, permanecería bajo el mismo techo que usted, volvería a gozar de las dulces emociones que sentí cuando yacía herido en el lecho. ¡Sería feliz oyendo otra vez su voz, recibiendo sus miradas y sus sonrisas! Milady, usted me ha hechizado; presiento que no podré vivir lejos de usted. ¿Qué ha hecho de mi corazón, siempre inaccesible a todo afecto? Míreme, con sólo estar a su lado siento temblar mi cuerpo y la sangre me quema las venas.

Al oír tan apasionada e imprevista confesión, Mariana quedó muda; pero no hizo movimiento alguno por retirar las manos que el pirata estrechaba con frenesí.

—No se moleste si le confieso mi cariño prosiguió el Tigre con voz que llegaba como una música al corazón de la huérfana, si le digo que yo, aun cuando pertenezco a una raza de color, la adoro como una diosa, y que usted también algún día me querrá. ¡Tan poderoso es el amor que arde en mi pecho, que por usted sería capaz de luchar contra los hombres, contra el destino, contra Dios! ¿Quiere ser mía? ¡Yo la haré la reina de estos mares, la reina de la Malasia! Pida lo que quiera y lo tendrá. Tengo oro suficiente para comprar diez ciudades; tengo barcos, cañones, soldados, soy más poderoso de lo que pueda usted suponer.

—Pero, ¿quién es usted? —preguntó Mariana, aturdida por aquel aluvión de promesas y fascinada por esos ojos que parecían arrojar llamas.

—¿Quién soy? —exclamó el pirata—. En derredor mío hay sombras que por ahora es mejor no esclarecer. Dentro de esas tinieblas hay algo terrible. ¡Llevo un nombre que no sólo aterroriza a todos los pueblos de estos mares, sino que hace temblar al sultanato de Borneo, y hasta a los ingleses de esta isla!

—¿Y usted, que es tan poderoso, dice que me quiere? —murmuró la niña con voz ahogada.

—Tanto, que por usted me sería posible todo. La amo con ese amor que lleva a realizar milagros y delitos a la vez. Póngame a prueba; hable y le obedeceré como un esclavo. ¿Quiere que sea rey para darle un trono? ¡Lo seré! ¿Quiere que yo, que la amo hasta la locura, me vuelva a mis tierras? ¡Me iré, aunque tenga que condenar a mi corazón a un eterno martirio! ¿Quiere que me mate delante de usted? ¡Me mataré! ¡Hable, milady, hable!

—Pues bien, sí, ¡quírame! —murmuró ella, que se sentía dominada por tanto amor.

El pirata dio un grito, uno de esos gritos que rara vez salen de una garganta humana. Casi al mismo tiempo resonaron dos o tres disparos.

—¡El tigre! —exclamó Mariana.

—¡Es mío! —gritó Sandokán.

Clavó las espuelas en el vientre del caballo y partió como un rayo, con los ojos encendidos y el kriss en la mano, seguido por Mariana, que se sentía atraída hacia aquel hombre que tan audazmente se jugaba la existencia para sostener una promesa.

Trescientos pasos más allá estaban los cazadores. Delante de ellos avanzaba el oficial de marina, apuntando con su fusil hacia un grupo de árboles.

Sandokán se tiró de la silla gritando: ¡El tigre es mío!

Él mismo parecía otro tigre. Daba saltos y rugía como una fiera.

—¡Príncipe! —gritó Mariana, que también descendió del caballo.

Pero Sandokán no oía a nadie en ese momento y continuaba adelantándose a la carrera.

El oficial, que lo precedía unos diez pasos, al oírlo acercarse apuntó rápidamente el fusil e hizo fuego sobre el tigre, que estaba al pie de un gran árbol, con las pupilas contraídas, abiertas las poderosas garras y dispuesto a lanzarse sobre cualquiera.

No se había disipado todavía el humo cuando se le vio atravesar el espacio con ímpetu tremendo y derribar al imprudente y poco diestro oficial.

Iba a volver a saltar para arrojarse sobre los cazadores, pero ya Sandokán estaba allí. Aferró firmemente el kriss, se precipitó sobre la fiera y antes de que ésta tratara de defenderse, la derribó en tierra y le apretó el cuello con tanta fuerza que ahogó sus rugidos.

—¡Mírame! —dijo—. ¡Yo también soy un tigre! Grandes gritos acogieron la proeza. El pirata arrojó una mirada despectiva al oficial y se volvió hacia la joven, que permanecía muda de terror y de angustia, y le dijo con un gesto que hubiera envidiado un rey:

—¡Milady, la piel de este tigre es suya!

CAPÍTULO IX LA TRAICIÓN

El almuerzo ofrecido por lord James a los invitados fue uno de los más espléndidos y alegres que se habían dado hasta entonces en la quinta.

Se brindó repetidas veces en honor de Sandokán y de la intrépida Perla de Labuán.

Al pasar las horas, la conversación se hizo animadísima; discutían acerca de tigres, cacerías, piratas, barcos. Únicamente el oficial de marina estaba silencioso y parecía muy ocupado en estudiar a Sandokán, pues no apartaba de él la vista ni un solo instante.

De pronto se dirigió al Tigre, que estaba hablando de la piratería, y le dijo con brusquedad:

—Dígame, príncipe, ¿hace mucho tiempo que llegó a Labuán?

—Hace veinte días —contestó el Tigre.

—¿Por qué razón no he visto en Victoria su barco?

—Porque los piratas me robaron los dos paraos que me conducían.

—¿Los piratas! ¿Lo atacaron los piratas? ¿Dónde?

—En las cercanías de las Romades.

—¿Cuándo?

—Pocas horas antes de mi arribo a estas costas.

—Seguramente se equivoca usted, príncipe, porque precisamente entonces nuestro crucero navegaba por esos parajes y no llegó a nosotros el eco de ningún cañonazo.

—Pudiera ser, porque el viento soplaba de Levante —contestó Sandokán, que principiaba a ponerse en guardia, sin saber adónde iba a parar el oficial.

—¿Cómo llegó usted aquí?

—A nado.

—¿Y no asistió a un combate entre un crucero y dos barcos corsarios, que decían que iban mandados por el Tigre de la Malasia?

—No.

—¡Es extraño!

—¿Usted pone en duda mis palabras? —preguntó Sandokán poniéndose de pie.

—¡Dios me libre de ello, príncipe! —contestó el oficial con ligera ironía.

—Baronet William —intervino el lord—, le ruego que no promueva una disputa en mi casa.

—Perdóneme, milord, no tenía esa intención —respondió el oficial.

—Entonces, no se hable más. Bajaron todos al parque.

—¿Me permite una palabra, milord? —dijo el oficial.

—Por supuesto.

El marino susurró al oído del lord unas palabras que nadie pudo oír.

—Está bien —contestó lord James—. ¡Buenas noches, amigos, y que Dios nos libre de malos encuentros!

Los cazadores montaron a caballo y salieron del parque galopando.

Después de saludar al lord, que se había puesto de muy mal humor, y de estrechar apasionadamente la mano de Mariana, Sandokán se retiró a su cuarto. Se paseó largo rato. Una inquietud inexplicable se reflejaba en su rostro, y sus manos atormentaban la empuñadura del kriss. Sin duda pensaba en el interrogatorio que le había hecho el oficial. ¿Lo habría reconocido, o era nada más que una sospecha? ¿Tramaba algo contra el pirata?

—¡Si me preparan una traición —dijo al fin Sandokán alzando los hombros—, yo sabré deshacerla! Nunca he tenido miedo a los ingleses. Descansemos y mañana ya veré qué es lo que hay que hacer.

Se echó en la cama sin desnudarse, puso el kriss al lado, y se durmió tranquilamente con el dulce nombre de Mariana en los labios.

Despertó al mediodía, cuando ya el sol entraba por las ventanas.

Le preguntó a un criado dónde estaba el lord, pero le contestó que había salido a caballo antes del amanecer, en dirección a Victoria. Tal noticia lo dejó estupefacto.

—¿Se ha marchado sin haberme dicho nada anoche? —murmuró—. ¿Se estará tramando alguna traición en mi contra? ¿Y si esta noche volviera como enemigo? ¿Qué debo hacer con ese hombre que me ha cuidado como un padre y que es el tío de la mujer a quien adoro? ¡Ah, qué bella estaba Mariana la tarde en que intenté huir! ¡Y yo trataba de alejarme para siempre de ti, cuando tú me amabas ya! ¡Extraño destino! ¿Quién hubiera dicho que yo amaría a esa mujer? ¡Y cómo la amo! ¡Por esa mujer sería capaz de hacerme inglés, me vendería como esclavo, dejaría para siempre la borrascosa vida de aventurero, mal deciría a mis tigrecillos y a ese mar que domino y que considero como la sangre de mis venas!

Inclinó la cabeza y se sumergió en un mundo de pensamientos. Pero volvió a levantarla, con los dientes apretados y los ojos despidiendo llamas.

—¿Y si rechaza al pirata? —exclamó—. ¡No es posible, no es posible! ¡Aunque tenga que poner fuego a Labuán, será mía!

Bajó al parque y empezó a pasearse, dominado por una intensa agitación.

Mariana apareció caminando por un sendero.

—Lo buscaba, mi heroico amigo —dijo ruborizada. Se acercó un dedo a los labios como para recomendarle silencio, lo cogió de una mano y lo condujo a una pérgola.

—Escuche —dijo aterrada—. Ayer dejó usted escapar unas palabras que han alarmado a mi tío. Tengo una sospecha que usted debe arrancarme del corazón. Dígame, si la mujer a quien ha jurado amor le pidiera una confesión, ¿se la haría?

El pirata se hizo atrás bruscamente. Pareció que vacilaba bajo un terrible golpe.

—Milady —dijo al cabo de algunos instantes de silencio, y cogió las manos de la joven, por usted lo haré todo. Si debo hacerle una revelación dolorosa para ambos, la haré. ¡Se lo juro!

Mariana levantó sus ojos hacia él. Sus miradas se cruzaron, suplicante la de ella, brillante la del pirata.

—No me engañe, príncipe —dijo Mariana con voz ahogada—. Quienquiera que sea, el amor que ha encendido en mi corazón no se apagará nunca. ¡Rey o bandido, lo amaré igual!

Un profundo suspiro salió de los labios del pirata.

—¿Quieres saber mi nombre?

—¡Sí, tu nombre!

—Escucha, Mariana —dijo Sandokán, como si hiciera un esfuerzo sobrehumano—, hay un hombre que impera en este mar que baña las costas de las islas malayas, que es el azote de los navegantes, que hace temblar a las gentes, y cuyo nombre suena como una campana funeral. ¿Has oído hablar de Sandokán, el Tigre de la Malasia? ¡Mírame a la cara: el Tigre soy yo!

La joven dio un grito de horror y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Mariana —exclamó el pirata cayendo a sus pies con los brazos extendidos hacia ella—, no me rechaces, no te asustes! Fue la fatalidad la que me convirtió en pirata. Los hombres de tu raza no tuvieron piedad conmigo, que no les había hecho mal alguno. Me arrojaron al fango desde las gradas de un trono, me quitaron mi reino, asesinaron a mi madre, a mis hermanos, a mis hermanas. Me empujaron a los mares. No soy pirata por robar, sino que lo soy como justiciero, soy el vengador de mi familia y de mis súbditos, nada más. Si quieres, recházame, y me alejaré para siempre de estos lugares para no causarte miedo nunca más.

—¡No, Sandokán, no te rechazo, porque te amo demasiado!

—¡Me amas todavía! ¡Repítelo, repítelo!

—Sí, Sandokán, te amo, y ahora más que ayer.

El pirata la estrechó contra su pecho. Una alegría infinita iluminaba su rostro.

—¡Mía! ¡Eres mía! —exclamó con una felicidad inenarrable.

—¡Llévame lejos, a una isla cualquiera, pero donde pueda quererte sin peligro ni ansiedades!

—Si quieres, te llevaré a una isla lejana cubierta de flores, donde no oigas hablar de Labuán ni yo de Mompracem. A una isla encantada donde podrán vivir enamorados el terrible pirata y la hermosa Perla de Labuán. ¿Quieres, Mariana?

—¡Sí, si tú quieres, iré contigo! Pero ahora te amenaza un grave peligro, talvez se trama una traición contra ti.

—Lo sé —exclamó Sandokán, pero no la temo.

—Te pido que te marches, Sandokán.

—¡Marcharme! ¡Si no tengo miedo!

—Huye, Sandokán, mientras sea tiempo. Temo que te suceda una desgracia. Mi tío no ha salido por capricho; debe haberlo llamado el baronet William Rosenthal, que probablemente te ha reconocido. ¡Por favor, parte, vuelve a tu isla ahora! ¡Ponte a salvo antes de que una tempestad caiga sobre tu cabeza!

En lugar de obedecer, Sandokán cogió a la joven y la levantó en los brazos. Su rostro tenía ahora otra expresión: le brillaban los ojos, las sienes le latían con furia y sus labios se entreabrían mostrando los dientes.

Un instante después se arrojó como una fiera a través del parque, saltando los arroyos y la cerca. No se detuvo hasta llegar a la playa, por la cual vagó largo tiempo sin saber qué hacer. Cuando decidió regresar, ya había caído la noche y salía la luna.

Apenas llegó a la quinta, preguntó por el lord, pero le informaron que no había vuelto.

Fue al saloncito y allí estaba Mariana, arrodillada ante una imagen, con el rostro inundado de lágrimas.

—¡Adorada Mariana! —exclamó el pirata—. ¿Lloras por mí? ¿Porque soy el Tigre de la Malasia, el hombre odiado por tus compatriotas?

—¡No, Sandokán! ¡Tengo miedo! ¡Huye de aquí, pronto!

—Yo no tengo miedo. El Tigre de la Malasia no ha temblado nunca y...

Se interrumpió. En el parque resonaba el galope de un caballo.

—¡Mi tío! ¡Huye, Sandokán! —exclamó Mariana.

—¡Yo! ¡Yo!

En ese momento entraba lord James, grave, con mirada torva, y vestido con el uniforme de capitán de marina.

—Si yo hubiera sido un hombre de su especie —dijo con desdén—, antes de pedir hospitalidad a un enemigo me hubiera dejado matar por los tigres del bosque. ¡Es usted un pirata y un asesino!

—¡Señor exclamó Sandokán, dispuesto a vender cara su vida, no soy un asesino, soy un justiciero! ¡No quiero una palabra más! ¡Salga de mi casa! Sandokán lanzó una larga mirada a Mariana, que había caído al suelo medio desvanecida y con paso lento, la mano en la empuñadura del kriss, alta la cabeza, fiera la mirada, salió del saloncito y descendió la escalera, ahogando con un poderoso esfuerzo los latidos furiosos de su corazón y la emoción profunda que lo dominaba.

En cuanto llegó al parque se detuvo y desnudó el kriss, cuya hoja brilló a los rayos de la luna.

A trescientos pasos se extendía una fila de soldados que, con la carabina en la mano, se disponían a hacer fuego sobre él.

CAPÍTULO X LA CAZA DEL PIRATA

En otros tiempos Sandokán, aun cuando se viera casi desarmado frente a un enemigo cincuenta veces más poderoso, no habría dudado un instante en arrojarle sobre las puntas de las bayonetas para abrirse paso. Pero ahora que amaba, que sabía que era correspondido y que quizás lo seguía ella con la vista y llena de ansiedad, no quiso cometer una locura que pudiera costarle la piel a él, y a ella, sabe Dios cuántas lágrimas.

Sin embargo, era preciso abrirse paso para llegar al bosque y luego al mar, su único asilo seguro.

Volvió a subir la escalera sin que los soldados lo hubieran visto y entró de nuevo al saloncito con el kriss en la mano.

Todavía estaba allí el lord; la joven había desaparecido.

—Señor —dijo Sandokán acercándosele—, si yo le hubiese dado hospitalidad, si le hubiera llamado mi amigo y hubiera descubierto después que era un enemigo, le habría indicado la puerta, pero no le hubiera tendido una cobarde emboscada. Ahí abajo, en el camino que debo recorrer, hay cincuenta o cien hombres dispuestos a fusilarme. Mande que se retiren y que me dejen el paso libre.

—¿Es decir que el invencible Tigre tiene miedo? —preguntó el lord con fría ironía.

—¡Miedo yo! Por supuesto que no, milord. Pero aquí no se trata de combatir, sino de asesinar a un hombre.

—¡No me importa! ¡Salga de mi casa, o si no...

—Milord, no me amenace, porque el Tigre sería capaz de morder la mano que lo curó.

—¡Entonces nos veremos los dos, Tigre de la Malasia! —gritó el lord y desenvainó el sable.

—¡Ya sabía que intentaba asesinarme a traición! ¡Vamos, milord, ábrame paso o me arrojo sobre usted!

En lugar de obedecer, lord James tomó una trompeta de caza y lanzó una aguda nota.

—¡Ya es tiempo, asesino, que caigas en nuestras manos! —dijo—. ¡Dentro de pocos minutos estarán aquí los soldados y a las veinticuatro horas te ahorcarán!

Sandokán lanzó un sordo rugido. De un salto se apoderó de una silla y se subió a la mesa, con las facciones contraídas y una feroz sonrisa en sus labios.

En ese instante resonó fuera otra trompeta, y en el corredor la voz de Mariana que gritaba desesperada:

—¡Sandokán, huye!

El pirata levantó la silla y la arrojó con toda su fuerza contra el lord, que cayó al suelo. Rápido como el rayo, Sandokán se le fue encima con el kriss en alto.

—¡Mátame, asesino! —gritó el inglés.

El pirata le ató fuertemente brazos y piernas con su propia faja. En seguida le quitó el sable y se lanzó al corredor.

—¡Aquí estoy, Mariana!

Ella se precipitó en sus brazos y lo llevó a su habitación.

—¡Sandokán, he visto soldados! sollozó. ¡Dios mío, estás perdido!

—Todavía no, ya verás como escapo de los soldados.

La llevó hacia la ventana y la contempló un instante a la luz de la luna.

—Mariana —dijo—, júrame que serás mi esposa.

—Te lo juro por la memoria de mi madre.

—¿Me esperarás?

—¡Sí, te lo prometo!

—Voy a escapar, pero dentro de una semana, vendré a buscarte a la cabeza de mis hombres.

Subió a la ventana y saltó en medio de una espesa cortina de trepadoras que lo ocultaron por completo. Unos sesenta soldados avanzaban lentamente hacia la casa, con los fusiles preparados para hacer fuego. Sandokán, que seguía emboscado como un tigre, el sable en la mano derecha y el kriss en la izquierda, no respiraba ni se movía. El único movimiento que hacía era levantar la cabeza para mirar hacia la ventana donde estaba Mariana.

Muy pronto los soldados se encontraron a muy pocos pasos de su escondite. En ese momento se oyó la trompa del lord.

—¡Adelante! —mandó el cabo—. ¡El pirata está en los alrededores de la casa!

Se acercaron con lentitud. Sandokán midió la distancia, se enderezó y de un salto cayó sobre los enemigos. Partir el cráneo del cabo y desaparecer en medio de la espesura fue cosa de un solo instante.

Los soldados, asombrados por tal audacia, vacilaron un momento, lo que bastó a Sandokán para llegar a la empalizada, saltarla de un solo brinco y desaparecer por el otro lado.

En seguida estallaron gritos de furor, acompañados de varias descargas de fusilería. Oficiales y soldados se lanzaron fuera del parque.

Ya libre en la espesura, donde sobraban medios para desplegar mil astucias y esconderse donde mejor le pareciera, no temía a sus enemigos. Sentía una voz que le murmuraba sin cesar: "¡Huye, que te amo!"

A cada momento los gritos de sus perseguidores se oían más lejos, hasta que se apagaron por completo. Para recobrar aliento se detuvo un rato al pie de un árbol gigantesco. Allí pensó en el camino que debía escoger a través de aquellos millares de árboles y plantas. La noche era clara, la luna brillaba en un cielo sin nubes y esparcía por los claros del bosque sus azulados rayos.

—A ver —dijo el pirata orientándose con las estrellas—, a mis espaldas tengo a los ingleses; delante, hacia el oeste, está el mar. Si voy directo hacia allá, puedo encontrarme con algún grupo de soldados. Es mejor desviarme en línea recta. Después me dirigiré al mar, a gran distancia de aquí.

Se internó de nuevo en la espesura y se abrió paso con mil precauciones entre la maleza, hasta que se encontró con un torrente de agua negra. Sin vacilar entró en él, lo remontó unos cincuenta metros y llegó al pie de un árbol enorme, al que se subió.

—Con esto basta para hacer perder mi pista incluso a los perros —dijo—. Ahora puedo darme algún reposo sin temor de que me descubran.

Habría transcurrido media hora cuando se produjo a corta distancia un ligerísimo ruido que a otro oído menos fino que el suyo se le hubiera escapado.

Apartó un poco las hojas y, conteniendo la respiración, miró hacia lo más sombrío del bosque. Dos soldados avanzaban con todo cuidado.

—¡El enemigo! —murmuró—. ¿Me he extraviado o han venido siguiéndome tan de cerca?

Los dos soldados se detuvieron casi debajo del árbol que servía de refugio a Sandokán.

—Me da miedo esta espesura —dijo uno.

—A mí también —contestó el otro—. El hombre que buscamos es peor que un tigre, capaz de caer de improviso encima de nosotros. ¿Viste como mató a nuestro cabo en el

parque?

—¡No lo olvidaré jamás! ¡No parecía un hombre! ¿Crees que lograremos prenderlo?

—Tengo mis dudas, a pesar de que el baronet William Rosenthal ofrece cincuenta libras esterlinas por su cabeza. Pero yo creo que mientras nosotros corriamos hacia el oeste para impedirle embarcarse en algún parao, él va hacia el norte o hacia el sur.

—Pero mañana saldrá un crucero y le impedirá huir.

—Tienes razón. ¿Qué hacemos ahora?

—Vayamos a la costa y después veremos. Allá esperaremos al sargento Willis, que viene cerca.

Lanzaron un último vistazo en derredor y continuaron su ruta hacia el oeste.

Sandokán, que no había perdido una sílaba del diálogo, esperó cerca de media hora y después bajó a tierra.

—¡Está bien! Todos me siguen hacia el oeste. Marcharé entonces siempre hacia el sur, donde no encontraré enemigos. Pero tendré cuidado porque el sargento Willis viene pisándome los talones.

Emprendió su marcha, volvió a cruzar el torrente y comenzó a abrirse paso a través de una espesa cortina de plantas. Iba a rodear el tronco de un enorme árbol de alcanfor cuando una voz imperiosa y amenazadora le gritó:

—¡Si das un paso, te mato como a un perro!

CAPÍTULO XI GIRO BATOL

Sin mostrar el menor miedo por tan brusca intimidación, que podía costarle la vida, el pirata se volvió lentamente empuñando el sable y dispuesto a servirse de él.

A seis pasos de él, un hombre, sin duda el sargento Willis, salió de un matorral y le apuntó fríamente, resuelto a poner en acción su amenaza.

Sandokán lo miró con tranquilidad, pero con ojos que despedían una extraña luz, y soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes? —dijo desconcertado el sargento—. ¡Me parece que este momento no es para reír!

—¡Me río porque me parece raro que te atrevas a amenazarme de muerte! —contestó Sandokán—. ¿Sabes quién soy?

—El jefe de los piratas de Mompracem.

—Sí, soy el Tigre de la Malasia.

Y lanzó otra carcajada. El soldado, aunque espantado de encontrarse solo ante aquel hombre cuyo valor era legendario, estaba decidido a no retroceder.

—¡Vamos, Willis, ven a prenderme! —dijo Sandokán.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Un hombre escapado del infierno no puede ignorar nada —repuso el Tigre burlonamente.

El soldado, que había bajado el fusil, sorprendido, aterrado, no sabiendo si estaba delante de un hombre o de un demonio, retrocedió procurando apuntarle, pero Sandokán se le fue encima como un relámpago y lo derribó en tierra.

—¡Perdón, perdón! —balbuceó el sargento.

—Te perdono la vida —dijo Sandokán—. Levántate y escúchame. Quiero que contestes a las preguntas que te haré.

—¿Qué preguntas?

—¿Hacia dónde creen que voy huyendo?

—Hacia la costa occidental.

—¿Cuántos hombres me persiguen?

—No puedo decirlo, sería una traición.

—Es verdad, no te culpo; al contrario, estimo tu lealtad.

El sargento lo miró asombrado.

—¿Qué clase de hombre es usted? —dijo—. Lo creía un miserable asesino y veo que me equivocaba.

—Eso no importa. ¡Quítate el uniforme!

—¿Qué va a hacer con él?

—Me servirá para huir y nada más. ¿Son soldados indios los que me persiguen?

—Sí, son cipayos.

El soldado se quitó el uniforme y Sandokán se lo puso, se ciñó la bayoneta y la cartuchera, se colocó el casco de corcho y se cruzó la carabina.

—Ahora déjate atar.

—¿Quiere que me devoren los tigres?

—No hay tigres por aquí. Y yo debo tomar mis medidas para que no me traicionen.

Amarró al soldado a un árbol y se alejó rápidamente.

—Es preciso que esta noche llegue a la costa y me embarque —se dijo—. Puede ser que con el traje que llevo me sea fácil huir y tomar lugar en cualquier embarcación que vaya directamente a las Romades. Desde allí iré a Mompracem, y entonces... ¡Mariana, pronto volverás a verme!

Se puso nuevamente en camino con paso más rápido. Anduvo toda la noche, atravesando grupos de árboles gigantescos, pequeñas florestas, praderías con abundantes ríos. Se orientaba por las estrellas.

Al salir el sol se detuvo para descansar un poco. Cuando iba a ocultarse entre las lianas, oyó una voz que le gritaba:

—¡Eh, camarada! ¿Qué buscas allí adentro? ¡Ten cuidado, no sea que se esconda por ahí algún pirata, que son bastante más terribles que los tigres de tu país!

Sin sorprenderse, y seguro de no tener nada que temer por el traje que vestía, Sandokán se volvió tranquilamente y vio dos soldados tendidos a alguna distancia bajo la fresca sombra de una areca. Reconoció a los que iban precediendo al sargento Willis.

—¿Qué hacen aquí? —masculló con acento gutural en un mal inglés.

—Descansamos —respondió uno de ellos—. Hemos estado de caza toda la noche y ya no podemos más. ¿También buscan al pirata?

—Sí, y hemos descubierto sus pisadas.

—¡Qué bien! —exclamó Sandokán, fingiendo asombro—. ¿Dónde?

—En el bosque que acabamos de atravesar, pero las hemos perdido —dijo con rabia el soldado.

—¿En qué dirección iban?

—Hacia el mar.

—Entonces son las mismas que Willis y yo encontramos en las cercanías de la colina roja. El pirata procura llegar a la costa, no hay duda.

—¡Entonces ahora vamos tras una pista falsa!

—No, amigos —dijo Sandokán—; lo que pasa es que el pirata los ha engañado subiendo hacia el norte a lo largo de un río. Pienso que dejó las huellas en el bosque, pero

luego retrocedió.

—¿Qué debemos hacer ahora, sargento?

—¿Dónde están sus compañeros?

—A dos kilómetros de aquí, registrando el bosque.

—Vuelvan allí y denles orden de que se dirijan a las playas septentrionales de la isla. De prisa; el lord ha prometido un grado y cien libras esterlinas al que descubra al pirata.

No se necesitaba más para poner alas en los talones de los soldados. Cogieron precipitadamente sus fusiles y, después de saludar a Sandokán, se alejaron rápidamente y desaparecieron bajo los árboles.

El Tigre de la Malasia los siguió con la mirada hasta perderlos de vista y luego volvió a ocultarse en medio de la maleza.

—¡Mientras me limpian el camino —murmuró— puedo echar una siesta de algunas horas! Después veré qué hago.

Comió unos plátanos cogidos en el bosque, apoyó la cabeza en la hierba y se quedó profundamente dormido. Durmió unas cuatro horas; cuando volvió a abrir los ojos el sol estaba muy alto. Iba a levantarse cuando resonó un tiro disparado a corta distancia, seguido del galope de un caballo.

—¿Me habrán descubierto? —murmuró, ocultándose otra vez entre las matas.

Preparó la carabina y se asomó con cuidado entre las hojas. Escuchaba el galope cada vez más cerca.

—Quizás sea algún cazador que persigue a un animal —pensó.

Pero bien pronto hubo de desengañarse. Se cazaba a un hombre.

Un momento después, un malayo atravesaba corriendo la pradera, hacia un espeso grupo de plátanos.

Era un hombre bajo, no vestía más que unos pantalones rotos y un sombrero, pero en la diestra esgrimía un palo nudoso, y en la izquierda un kriss de hoja ondulada. Su carrera era tan rápida, que Sandokán no pudo verlo bien.

Se ocultó de un salto en medio de las hojas. ¿Quién será este malayo? se preguntó Sandokán sorprendido.

De pronto cruzó por su imaginación una sospecha.

—¿Será uno de mis hombres? ¿Habrá embarcado Yáñez a alguien que me venga a buscar? Él sabía que yo venía a Labuán.

Iba a salir en busca del fugitivo, cuando apareció un hombre a caballo en los linderos del bosque. Era un soldado de caballería del regimiento de Bengala.

Parecía furioso; maltrataba al animal espoleándolo y atormentándolo con saltos violentos. A cincuenta pasos del grupo de plátanos saltó ágilmente a tierra, ató el caballo a una rama, tomó el fusil y escudriñó los árboles vecinos.

—¡Por todos los truenos del universo! —exclamó—. ¡No se habrá metido bajo tierra! En alguna parte debe estar escondido; esta vez no se escapa sin un balazo. Sé muy bien lo que tengo que hacer con el Tigre de la Malasia, porque no le temo a nadie. ¡Si este caballo no fuera tan pesado, a estas horas ese pirata no estaría vivo!

Desenvainó el sable y se metió en medio de un grupo de arecas, apartando prudentemente las ramas. Estos árboles lindaban con los plátanos donde se escondía el fugitivo.

Sandokán no había logrado averiguar dónde se ocultaba el malayo.

—Trataré de salvarlo —murmuró—. Puede ser uno de mis hombres.

Iba a internarse entre los árboles, cuando vio que a pocos pasos se agitaban las lianas. Volvió con rapidez la cabeza y vio aparecer al malayo, que trepaba por aquellas cuerdas

vegetales con objeto de encaramarse en la copa de un mango, entre cuyas espesísimas hojas tendría un magnífico refugio.

—¡Tunante! —murmuró.

Esperó a que se volviera. Apenas le vio la cara estuvo a punto de lanzar un grito de alegría y asombro.

—¡Giro Batol! —exclamó—. ¡Mi valiente malayo! ¿Cómo está vivo y en este lugar? Recuerdo haberlo dejado en el parao hundido, muerto o moribundo. ¡Yo te salvaré!

Tomó la carabina e irrumpió en el linde del bosque, gritando:

—¡Eh, amigo! ¿Qué busca por aquí con tanto empeño?

—¡Vaya! ¡Un sargento!

—¿De qué se sorprende?

—Por dónde ha llegado?

—Por el bosque. Oí un tiro y vine a ver qué ocurría. ¿Disparó usted contra algún animal?

—Disparé contra un animal bien peligroso, sargento; disparé contra el propio Tigre de la Malasia.

—¿Y lo hirió?

—Le fallé como un estúpido.

—¿Y dónde se ha escondido?

—Temo que ya esté muy lejos. Lo vi atravesar la pradera y esconderse entre estos árboles. Es más ágil que un mono y más terrible que un tigre.

Y muy capaz de enviarnos a ambos al otro mundo.

—Lo sé, sargento. Si no fuera por el premio prometido por lord Guillonk, no me hubiera atrevido a perseguirlo.

—¿Quiere que le dé un consejo? Vuelva a montar a caballo y dé la vuelta al bosque.

—¿Usted vendrá conmigo?

—No, camarada. Si los dos lo perseguimos por un mismo sitio, el Tigre huirá por el contrario. Usted dé la vuelta al bosque y déjeme a mí registrar la espesura.

—Acepto, pero con una condición.

¿Cuál?

—Que si tenemos la suerte de prender al Tigre, dividiremos el premio.

—De acuerdo contestó Sandokán sonriendo. Esperó que el soldado desapareciera entre los árboles, y en seguida se acercó a donde estaba escondido su malayo.

—¡Baja, Giro Batol! —dijo.

No había terminado sus palabras, cuando ya el malayo caía a sus pies, gritando con voz ahogada:

—¡Mi capitán!

—Te sorprende verme vivo, ¿verdad?

—Estaba seguro de que lo habían matado los ingleses —repuso el malayo con lágrimas en los ojos.

—¡Los ingleses no tienen hierro suficiente para herir en el corazón al Tigre de la Malasia! Me hirieron gravemente, pero, como ves, ya estoy sano y dispuesto a comenzar la lucha de nuevo.

—¿Y todos los demás?

—Duermen en los abismos del océano.

—Nosotros los vengaremos, capitán.

—Sí, y muy pronto. Dime cómo es que te encuentro vivo.

—Un casco de metralla me hirió en la cabeza, pero no me mató. Me agarré a unos

tablones y procuré dirigirme hacia la costa. Anduve errante sobre el mar algunas horas, hasta que perdí el sentido. Cuando lo recobré estaba en la cabaña de un indígena. Ese buen hombre me recogió cerca de la playa y me curó con gran cariño hasta que estuve completamente restablecido.

—Y ahora, ¿hacia dónde huías?

—Iba a la costa a echar al agua una canoa que construí, pero en el camino me atacó el soldado.

—¿Así que tienes una canoa?

—Sí, mi capitán.

—¿Querías volver a Mompracem?

—Esta misma noche.

—Nos iremos juntos, Giro Batol.

—¿Quiere venir a mi cabaña a descansar un poco? Es una choza que me cedió el indígena.

—Vayamos de inmediato. Hay peligro de que te sorprenda ese soldado que te sigue. ¿Está muy lejos tu cabaña?

—En un cuarto de hora estaremos allí.

—Descansaremos un rato y después veremos el modo de hacernos a la mar.

Iban a internarse entre los grandes árboles, cuando Sandokán oyó el rumor de un furioso galope.

—¡Otra vez ese idiota! —exclamó—. ¡Ocúltate, Giro Batol!

—¡Eh, sargento! —gritó el soldado—. ¿Así me ayuda a prender al pirata? ¡Mientras yo reventaba mi caballo usted no se ha movido!

Sandokán le contestó con indiferencia.

—Encontré nuevas huellas del pirata y preferí esperar a usted.

—¿Descubrió su pista? ¡Yo creo que ese bribón se divierte engañándonos!

—Eso mismo pienso yo.

—¿Se las mostró el negro que hablaba con usted, sargento?

—No, ese es un isleño que encontré por casualidad y me acompañó un rato.

—¿Y adónde se ha ido?

—Se internó en el bosque. Andaba siguiendo la pista de una babirusa.

—No debió dejarlo marchar. Podría darnos indicaciones preciosas para ganar las cien libras esterlinas.

—Me temo que se han evaporado, camarada. Por mi parte, renuncio, y me vuelvo a la quinta de lord Guillonk.

—Yo no tengo miedo, sargento. Seguiré tras el pirata.

Y el soldado partió espoleando su cabalgadura.

—¡Si vuelve lo saludo con un buen tiro! —exclamó Sandokán.

Se acercó al escondrijo de Giro Batol y juntos penetraron en el bosque.

—Mi cabaña está allí, en medio de aquellas plantas —dijo Giro Batol al cabo de un rato.

—¡Un asilo muy seguro! contestó el Tigre sonriendo—. ¡Admiro tu prudencia!

—Venga, mi capitán. Aquí nadie vendrá a molestarnos.

CAPÍTULO XII LA CANOA DE GIRO BATOL

La cabaña se elevaba en medio del bosque, entre dos árboles colosales que la

defendían del sol con la enorme masa de sus hojas.

Era una choza baja y estrecha, con techo de hojas de plátano, pero suficiente para dar asilo a dos personas. Su única abertura era la puerta, de ventanas no había ni rastro.

—Mi cabaña no es gran cosa —dijo Giro Batol—, pero aquí puede descansar a su gusto, mi capitán. Hasta los indígenas ignoran que existe. Puede dormir en este lecho de hojas cortadas; si tiene sed, tengo agua fresca, y si tiene hambre, tengo fruta.

—¡No pido nada más, Giro Batol! —contestó Sandokán—. No esperaba encontrar tantas cosas.

—Déme media hora para asarle un trozo de carne.

—¡Gracias! Acepto todo lo que me ofreces, porque estoy hambriento como un tigre que haya ayunado una semana.

—Entretanto, encenderé el fuego. Los árboles son tan altos y espesos que no lo dejan ver.

Es curioso el método a que recurren los malayos para encender fuego sin fósforos.

Toman dos bambúes partidos por mitad; en la superficie convexa de uno de ellos se hace un corte, y luego con el otro bambú se frota la parte interior, primero lentamente y después con mayor rapidez. El polvillo que se desprende se inflama y cae sobre un poco de yesca de fibras que se tiene preparada. La operación es fácil y rápida.

Giro Batol puso a asar un buen trozo de babirusa. Mientras esperaban que estuviera en su punto, reanudaron su conversación.

—Partiremos esta noche, ¿verdad, capitán? —preguntó Giro Batol.

—Sí, en cuanto se ponga la luna.

—¿Estará libre el camino?

—No te preocupes, sobre un sargento no pueden recaer sospechas.

—¿Y si, aún con ese traje, lo reconocen?

—Son muy pocas las personas que me conocen, y estoy seguro de no encontrarlas en estos bosques.

—¿Son relaciones importantes?

—Personajes de la nobleza, barones y condes.

—¡Usted, el Tigre de la Malasia! exclamó Giro Batol, estupefacto.

En seguida le preguntó, casi con miedo:

—¿Y la muchacha blanca?

El Tigre fijó en el malayo una mirada que despedía sombríos reflejos, suspiró y repuso:

—¡Calla, Giro Batol! ¡No me traigas a la memoria recuerdos terribles!

Estuvo callado unos instantes, con la cabeza entre las manos; después, prosiguió, como para sí:

—Pronto volveremos a Labuán. ¿Cómo olvidar a su Perla, aunque esté en Mompracem junto a mis tigres? ¿No era bastante la derrota? ¡También tenía que dejar el corazón en esta isla maldita!

—¿De quién habla, mi capitán? preguntó sorprendido el malayo.

Sandokán se pasó una mano por los ojos como para borrar una visión.

—¡No me preguntes nada! exclamó.

—Pero, volveremos a Labuán a vengar a nuestros compañeros, ¿verdad?

—Sí. ¡Pero quizás fuera mejor para mí no volver a ver más esta isla!

—¿Por qué, capitán?

—Porque esta isla podría dar un golpe mortal al poderío de Mompracem, y acaso encadenar para siempre al Tigre.

—¿A usted, tan fuerte, tan terrible? ¡No puede temer a los leopardos ingleses!
—No, a ellos no. Mis brazos todavía son fuertes, pero ¿lo será también el corazón?
—No entiendo.

—Mejor que no entiendas. ¡A la mesa, amigo! No pensemos en lo pasado.

Sandokán comió en silencio, e hizo menos honor al asado de lo que esperaba el malayo. Luego fue a tenderse en las frescas hojas.

—Durmamos algunas horas —dijo—. Vendrá la noche y entonces esperaremos que se oculte la luna.

El malayo cerró la puerta de la choza, apagó el fuego, se echó en un rincón y soñó que ya estaba en Mompracem.

En cambio Sandokán no pudo cerrar los ojos, a pesar del cansancio.

No era por temor a ser sorprendido por los enemigos, pues no había posibilidad de ello. Era el recuerdo de la joven inglesa lo que alejaba el sueño de sus ojos.

¿Qué le habría sucedido a Mariana después de su fuga? ¿Qué acuerdos habrían tomado el viejo lord y el baronet William Rosenthal? ¿La encontraría todavía en Labuán cuando volviera? ¿La encontraría libre? ¡Los celos ardían en el corazón del pirata! ¡Y no poder hacer nada por la mujer querida! ¡Nada más que huir para no caer bajo los golpes de sus odiados adversarios!

—¡Mariana! —exclamaba en su insomnio—. ¡Daría la mitad de mi sangre por estar todavía a su lado! ¿Qué angustias la atormentarán en estos momentos? ¡Me ha de creer vencido, herido, muerto tal vez! Pero esta noche saldré de esta isla maldita, llevándome su promesa. Volveré, aun cuando tenga que traer conmigo hasta el último de mis hombres y tenga que dar la lucha contra todas las fuerzas de Labuán.

Esperó a que se pusiera el sol. Cuando las tinieblas envolvieron la cabaña y el bosque, despertó a Giro Batol, que roncaba como un tapir.

—¡Vayámonos! —le dijo—. El cielo está cubierto de nubes y no hay para qué esperar a que se oculte la luna. Ven enseguida, porque creo que si tuviera que aguardar algunas horas más, no te seguiría.

—¿Y cambiaría a Mompracem por esta isla infame?

—¡Calla, Giro Batol! dijo Sandokán iracundo. ¿Dónde está tu canoa?

—A diez minutos de camino.

—¿Pusiste víveres en ella?

—Pensé en todo, capitán. No falta fruta, ni agua, ni remos, ni vela siquiera.

—¡Partamos!

El malayo cogió un trozo de asado que quedaba, se armó de un garrote y siguió a Sandokán.

—La noche no puede ser más favorable dijo. Nos haremos a la mar sin que nos descubran. Atravesaron el bosque. La oscuridad bajo los árboles era total; pero el malayo veía por la noche mejor que los gatos y además estaba acostumbrado a andar por tales sitios.

Sandokán caminaba en silencio, sombrío y taciturno. Él, que veinte días antes habría dado la mitad de su sangre por volver a Mompracem, sentía una pena sin límites al tener que dejar abandonada a la mujer que amaba apasionadamente.

Cada paso era una puñalada para su corazón. Hubo momentos en que se detuvo, indeciso entre volverse o seguir. Pero el malayo, que suspiraba por embarcarse, le hacía ver lo peligroso que sería el menor retraso.

De pronto Giro Batol se detuvo, aguzando el oído.

—¿Oye ese fragor? —preguntó.

—¡Es el mar! respondió Sandokán. ¿Dónde está la canoa?

Aquí cerca.

El malayo guió a Sandokán a través de una espesa cortina de hojas, pasada la cual le señaló el mar, que deshacía sus olas contra los bancos de la playa.

—¡La fortuna nos favorece; todavía duermen en los cruceros! exclamó.

Descendió al acantilado, apartó las ramas y le mostró una embarcación que se mecía pesadamente en el fondo de una pequeña cala.

Era una barcaza socavada en el tronco de un árbol, muy parecida a las que construyen los indígenas del Amazonas.

Desafiar el mar con semejante barca era una temeridad sin igual, porque bastaban unas cuantas olas para volcarla. Pero aquellos dos piratas no se asustaban por tan poca cosa.

Giro Batol fue el primero en saltar adentro y alzó de inmediato un pequeño mástil. Sandokán, con los brazos cruzados, seguía mirando hacia el Este, hacia la casa de la Perla de Labuán.

—¡Capitán —dijo el malayo—, venga o dentro de poco será demasiado tarde!
Sandokán subió a la canoa, cerró los ojos y suspiró.

CAPÍTULO XIII RUMBO A MOMPRACEM

Soplaba del Este el viento, lo que no podía ser más favorable.

La canoa avanzaba bastante bien únicamente con la vela.

Sentado en la popa iba Sandokán, con los ojos fijos en Labuán, que poco a poco se desvanecía entre las tinieblas. Giro Batol, sentado en la proa, feliz y sonriente, charlaba por diez mirando hacia el oeste, hacia el lugar donde debía aparecer la formidable isla de Mompracem.

—¡Ánimo, capitán! —decía—. ¿Por qué está tan triste, ahora que vamos a nuestra isla? ¡Cualquiera diría que siente alejarse de Labuán!

—Y es cierto, Giro Batol contestó Sandokán en voz sorda.

—¡A usted lo embrujaron esos perros ingleses! ¡Me río pensando en las maldiciones que nos echarán mañana, cuando se den cuenta de nuestra fuga! Sobre todo sus mujeres, que nos odian más que los hombres.

—¡No todas, Giro Batol! Y si vuelves a decirlo, te tiro al mar.

Había tal amenaza en la voz de Sandokán, que el malayo enmudeció y se volvió lentamente a proa, murmurando:

—¡Lo embrujaron!

Durante la noche la canoa avanzó sin encontrar ningún crucero. El malayo ya no hablaba, temeroso de que Sandokán lo tirara al agua.

De improviso su aguda mirada vio brillar un punto luminoso en la línea del horizonte.

—¿Será un velero o un barco de guerra? —se preguntó lleno de ansiedad.

Sandokán no se daba cuenta de nada.

El punto luminoso se agrandaba rápidamente. Probablemente se trataba de un barco a vapor.

La inquietud de Giro Batol aumentaba por momentos, tanto más que el punto luminoso parecía dirigirse directo hacia la canoa. Pronto sobre el farol blanco aparecieron otros dos: uno rojo y otro verde.

—¡Un barco a vapor! —dijo—. ¡Mi capitán, un barco a vapor!

Esta vez el jefe de los piratas sacudió la cabeza y un relámpago sombrío brilló en sus

pupilas. Se volvió con ímpetu para explorar la inmensa extensión del mar.

—¿Un enemigo? preguntó, mientras su mano derecha buscaba instintivamente el kriss.

—Eso temo, capitán.

—Parece que corre hacia nosotros.

—Lo mismo creo yo.

—Déjalo acercarse. Recuerda que no soy el Tigre de la Malasia, sino un sargento de cipayos.

Permaneció callado mirando con atención al enemigo. Después dijo:

—Es un cañonero.

—¿Vendrá de Sarawack?

—Es probable. Ya que viene a nosotros, esperémoslo.

En efecto, el cañonero apresuraba la marcha para alcanzar la canoa. Tal vez quería cerciorarse si se trataba de náufragos o de piratas.

Sandokán ordenó a Giro Batol que remara en dirección a las Romades. Ya había trazado un plan para engañar al comandante.

Media hora más tarde el cañonero estaba a pocos metros de la canoa. Era un barco pequeño, de un solo palo, con un cañón en la plataforma posterior.

El comandante dio orden de parar la máquina, se inclinó sobre la borda, y gritó:

—¡Alto o los echo a pique! Sandokán respondió en buen inglés: —¿Por quién nos toma usted?

—¿Qué es esto? —exclamó asombrado el oficial—. ¡Un sargento de cipayos! ¿Qué hace usted aquí?

Voy a las Romades, señor contestó Sandokán. ¿A qué va a esas islas?

—Llevo órdenes para que se las comuniquen al yate de lord James Guillonk.

—¿Está en las Romades su yate?

—Así es, señor.

—¿Y va en esa canoa?

—No encontré nada mejor.

—¡Cuidado, porque hay algunos paraos malayos que rondan mar adentro!

—¡Ah! —exclamó Sandokán, temblando de alegría. Ayer vi dos, y juraría que vienen de Mompracem. Tendré cuidado, comandante.

—¡Buen viaje, entonces!

El cañonero se dirigió a Labuán, en tanto que Giro Batol orientaba la vela hacia Mompracem.

—¿Has oído? —le preguntó Sandokán.

—Sí, mi capitán.

—Nuestros barcos están en estas aguas.

—Lo buscan todavía, capitán.

—¡Qué sorpresa para el buen Yáñez cuando vuelva a verme!

Volvió a sentarse a popa, con la mirada dirigida a Labuán, y no habló más.

Al amanecer los separaban de Mompracem unos doscientos kilómetros, distancia que podían recorrer en menos de veinticuatro horas.

El malayo sacó algunas provisiones y se las ofreció a Sandokán. Pero éste, absorto en sus meditaciones, ni siquiera contestó.

—¡Está hechizado! —repitió el malayo meneando la cabeza—. ¡Pobres de ustedes, ingleses, si han embrujado al Tigre!

Durante el día el viento decayó varias veces, pero por la tarde, al ponerse el sol, sopló un viento fresco que empujó rápidamente la canoa hacia el Poniente.

Al anochecer, el malayo, que iba de pie en la proa, avistó una masa oscura que surgía del mar.

—¡Mompracem! —exclamó.

Al oír este grito, Sandokán, emocionado por primera vez desde que se embarcara, se levantó de un salto.

Había desaparecido de su rostro la expresión de melancolía, y le brillaban los ojos.

Contempló su isla salvaje, el baluarte de su poder, de su grandeza en aquellos mares, que no en vano llamaba suyos. Otra vez era el Tigre de la Malasia.

Sus ojos se detuvieron en la alta roca, donde todavía ondeaba la bandera de los piratas.

—¡Mompracem! —exclamó—. ¡Por fin vuelvo a verte! ¡Estamos a salvo, Tigre! dijo el malayo, poseído de una loca alegría.

Sandokán lo miró asombrado.

—¿Todavía merezco ese nombre, Giro Batol? —preguntó—. ¡Creí que ya no lo merecía!

Cogió el timón y dirigió la canoa hacia Mompracem. A las diez atracaron cerca de la gran peña. Al poner el pie en su isla, Sandokán respiró con fuerza. Es posible que en ese momento se olvidara de Labuán y de Mariana.

—Giro Batol —dijo al pisar el primer escalón de la tortuosa escalera que conducía a su vivienda, anuncia a mis piratas que he regresado. Pero diles que me dejen tranquilo, porque tengo que tratar algunos asuntos que deben ser un secreto para todos y no quiero que me interrumpen.

—Nadie lo molestará, capitán, si tal es su deseo. Permítame que le dé las gracias por haber vuelto conmigo, y sepa que si es preciso sacrificar a un hombre, aunque sea para salvar a un inglés o a una inglesa, yo estoy dispuesto a hacerlo.

—¡Gracias, Giro Batol! Y ahora vete.

Y el pirata subió la escala en medio de las sombras.

CAPÍTULO XIV AMOR Y EMBRIAGUEZ

Así que llegó a lo alto de la roca, Sandokán se detuvo y miró a lo lejos, muy a lo lejos, en dirección del Este, hacia Labuán.

—¡Gran Dios! —murmuró—. ¡Qué distancia tan grande me separa de esa criatura amada! ¿Qué hará a estas horas? ¿Me llorará por muerto o prisionero?

De sus labios escapó un gemido sordo. Aspiró el aire de la noche y se acercó lentamente a la casa, en la cual, a pesar de la hora, había luz en una habitación.

—¡Yáñez! —dijo sonriendo con tristeza—. ¿Qué dirá cuando sepa que el Tigre de la Malasia vuelve vencido y hechizado?

Abrió con suavidad la puerta, sin que lo oyera Yáñez, que estaba sentado ante una mesa, con la cabeza entre las manos.

—¡Bueno, hermano! —dijo al cabo de un instante—. ¿Te has olvidado del Tigre de la Malasia?

No había concluido de pronunciar estas palabras cuando Yáñez se había lanzado a sus brazos.

—¿Tú? ¿Tú, Sandokán? ¡Ya te creía perdido para siempre!

—No, ya ves que he vuelto.

—Pero, ¿dónde estuviste todos estos días? Hace cuatro semanas que te espero lleno de angustia y de ansiedad. ¿Saqueaste el sultanato de Varauni, o te ha hechizado la Perla de

Labuán?

En lugar de contestar a sus preguntas, Sandokán lo miró en silencio durante un rato, con mirada torva.

—¿Ignoras todavía —dijo finalmente— que de los cincuenta tigrecitos que llevaba contra Labuán no sobrevive más que Giro Batol? ¿No sabes que todos perecieron en las costas de la isla maldita, que yo también caí gravemente herido sobre la cubierta de un crucero, y que mis barcos reposan en el fondo del mar de la Malasia?

—¡Vencido tú! ¡Es imposible!

—¡Sí, Yáñez, fui vencido y herido! ¡Mis hombres murieron y yo regreso mortalmente enfermo!

Vació una tras otra tres copas de whisky. En seguida, con voz quebrada, gestos violentos e imprecaciones, contó cuanto le había sucedido en Labuán.

Pero cuando llegó el momento de hablar de la Perla de Labuán, desapareció toda su ira. Su voz adquirió un timbre dulce, melancólico. Habló de ella, de sus cabellos, de sus ojos, de su voz angelical que de modo tan extraño hiciera vibrar las fibras de su corazón. Pintó con acento apasionado los momentos pasados junto a la mujer amada, durante los cuales se olvidó de Mompracem.

—¿Crearás, Yáñez —dijo conmovido—, que en el instante en que puse el pie en la canoa, dejando indefensa a Mariana, sentí que se me desgarraba el corazón? Antes que alejarme de esa isla hubiera querido hundir en el abismo la canoa y a Giro Batol. ¡Hubiera destruido mi Mompracem, mis paraos, mis hombres, hubiera dado cualquier cosa por no haber sido nunca el Tigre de la Malasia!

—¡Sandokán! —exclamó Yáñez, con el ceño fruncido.

—¡No me digas nada, Yáñez! ¡Amo a esa mujer hasta tal extremo, que si me pidiera que renegara de mi nacionalidad para hacerme inglés, lo haría sin vacilar! ¡Siento un fuego que corre por mis venas, que me abrasa! ¡Creo que estoy delirando siempre, que tengo un volcán dentro del pecho, que me vuelve loco! En este estado deplorable me encuentro desde el día que vi a esa muchacha, Yáñez.

El pirata se levantó con un movimiento brusco. Dio algunas vueltas por la habitación, y después se detuvo ante el portugués, interrogándolo con los ojos. Pero éste permaneció mudo.

—No lo crearás —prosiguió Sandokán—, pero he luchado con fuerzas antes de darme por vencido. Mas ni mi odio por los ingleses ha podido contener a mi corazón. ¡Cuántas veces me asaltaba la idea de que si algún día me casaba con esa muchacha tendría que abandonar el mar y renunciar a mi venganza; perder mi nombre, perder mis tigres! ¡Procuré huir de ella, pero he tenido que ceder, Yáñez! Hasta ahora me había librado del amor, pero al fin me rendí ante ese cariño que nada será capaz de arrancarme del corazón. ¡Ah, Yáñez! ¡Creo que el Tigre dejará de existir!

—¡Entonces, olvídala! —dijo Yáñez.

—¡Olvidarla! ¡Es imposible, Yáñez, es imposible! ¡Ni las batallas, ni las grandes emociones de la vida de pirata, ni la más espantosa venganza serán capaces de hacerme olvidar! ¡Su imagen se interpondrá siempre entre todo eso y yo, y apagará la antigua energía y el valor del Tigre! ¡No, no la olvidaré! ¡Será mi mujer, aunque me cueste todo lo que soy y todo lo que tengo!

Miró a Yáñez, que había vuelto a su mutismo. ¿Qué me dices, hermano mío? preguntó. Silencio.

—¿Me comprendes? ¿Qué me aconsejas, ahora que te lo he revelado todo?

—Te he dicho que olvides a esa mujer.

—¡Olvidarla!

—¿Has pensado en las consecuencias de ese amor insensato? ¿Qué dirán tus hombres cuando sepan que el Tigre está enamorado? ¡Olvidala, Sandokán, vuelve a ser el Tigre de la Malasia, de corazón de hierro!

Sandokán se levantó de un salto, se dirigió a la puerta y la abrió violentamente.

—¿A dónde vas? —preguntó Yáñez.

—¡Vuelvo a Labuán! —respondió Sandokán—. Mañana dirás a mis hombres que he abandonado para siempre la isla y que tú eres su nuevo jefe. ¡Jamás volverán a oír hablar de mí, porque yo no volveré a estos mares!

—¿Estás loco? —exclamó Yáñez y lo sujetó con fuerza—. ¿Vas a volver solo a Labuán, cuando aquí hay hombres decididos a dejarse matar por ti y por la mujer que amas? He querido ver si era posible arrancar de tu alma la pasión que experimentas por esa mujer que pertenece a una raza que odias.

—Ella no es inglesa, Yáñez. Me habló de un mar más azul y más bello que el nuestro que baña las costas de su patria; me habló de una tierra cubierta de flores que domina un volcán humeante, de un paraíso terrestre donde se habla una lengua armoniosa que nada tiene de común con la inglesa.

—¡No importa si es inglesa o no! Todos te ayudaremos para que puedas hacerla tu mujer y para que vuelvas a ser feliz. Puedes seguir siendo el Tigre de la Malasia aunque te cases con la muchacha de los cabellos de oro. Sandokán se arrojó entre los brazos de Yáñez. Ahora dime qué piensas hacer —dijo el portugués.

—Irme lo más pronto posible a Labuán y robar a Mariana.

—Tienes razón. Si el lord sabe que escapaste y que estás en Mompracem, puede marcharse por miedo a que regreses. Es preciso actuar rápido o perderemos la partida. Ahora vete a dormir, necesitas reposo. Déjame a mí el cuidado de prepararlo todo. Mañana estará dispuesta la expedición para zarpar enseguida.

El portugués abandonó la habitación y descendió con lentitud la escalera.

Al quedarse solo, Sandokán volvió a sentarse ante la mesa y empezó a destapar botellas de whisky. Sentía la necesidad de aturdirse para olvidar, al menos por algunas horas, a la joven que lo había hechizado. Vaciaba las copas con rabia.

—¡Si pudiera dormirme y despertar en Labuán! ¡Mariana sola en Labuán! Los celos me matan... ¡Quizás mientras yo estoy aquí la corteja el baronet!

Se levantó presa de violento furor y empezó a pasearse como un loco, volcando sillas, rompiendo botellas y cristales.

Tomó una copa, bebió de ella y miró al fondo.

—¡Manchas de sangre! —exclamó—. ¿Quién vertió sangre en mi copa? ¡Bebe, Tigre, que la embriaguez es la felicidad!

Le parecía ver correr fantasmas por la sala, que le hacían burlonas muecas. En una de esas sombras creyó reconocer a su rival.

—¡Te veo, inglés maldito! —aulló—. ¡Ay de ti si puedo ponerte las manos encima! ¡Quieres robarme la Perla, pero te lo impediré! ¡Pasaré a hierro y fuego todo Labuán, haré correr sangre y los exterminaré a todos!

Después de varios esfuerzos pudo levantarse; cogió una cimitarra y empezó a dar tajos desesperados por todos lados, corriendo tras la sombra del baronet. Hasta que, vencido por el sueño y el alcohol, cayó al suelo y se quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO XV

EL SOLDADO INGLÉS

Cuando despertó estaba tendido en una otomana, adonde lo habían transportado los malayos que tenía a su servicio.

—¡No puedo haber soñado! —murmuró—. Estaba borracho y me sentía feliz. Pero ahora vuelve a arder el fuego en mi corazón. ¡Qué pasión tan inmensa ha invadido el alma del Tigre de la Malasia!

Se quitó el traje del sargento Willis, se puso otro adornado de oro y perlas, se cubrió la cabeza con un magnífico turbante coronado por un hermoso zafiro del tamaño de una nuez, pasó entre los pliegues de la faja un nuevo kriss y una nueva cimitarra, y salió.

Recorrió con sus ojos de águila la extensión del mar y miró los pies de la roca. Dispuestos a zarpar había tres paraos, con sus grandes velas desplegadas. En la playa los piratas iban y venían, ocupados en embarcar armas, municiones y cañones. En medio de ellos, vio a Yáñez.

—¡Mientras yo dormía, él preparaba la expedición! —murmuró.

Bajó la escalera y se dirigió a la aldea. Apenas los piratas lo vieron, resonó un grito:

—¡Viva el Tigre! ¡Viva nuestro capitán!

Y rodearon al pirata con gritos de alegría, y le besaban las manos, los vestidos y los pies, y casi lo ahogaron. Lloraban de contento al verlo vivo.

De sus bocas no salió ni un lamento, ni una sola queja por sus compañeros, sus hermanos, sus hijos, sus padres, muertos en la desastrosa expedición. Pero brotaban de cuando en cuando gritos tremendos.

—¡Venganza para nuestros compañeros! ¡Vamos a Labuán a exterminar a los enemigos de Mompracem!

—¡Amigos —dijo Sandokán, con su extraño acento metálico que los fascinaba—, la venganza no tardará! ¡Iremos otra vez a esa tierra de los leopardos y les devolveremos rugido por rugido, sangre por sangre! ¡El día de la lucha, los tigres de Mompracem devorarán a los leopardos de Labuán!

—¡A Labuán! gritaron frenéticos los piratas, agitando las armas.

—Yáñez, ¿está todo dispuesto?

Yáñez pareció no oírlo. Miraba hacia un promontorio que se internaba en el mar.

—Por detrás de la escollera veo el extremo de un mástil —dijo.

—¿Será un parao nuestro?

—Otro no se atrevería a acercarse a nuestras costas. Falta el velero de Pisangu; ha de ser él.

—Puede traerme alguna noticia de Labuán —exclamó Sandokán— Esperémoslo.

Era en efecto el velero que Yáñez enviara a Labuán hacía tres días para saber algo del Tigre, pero, ¡en qué estado volvía! El palo mayor apenas se sostenía, los costados estaban llenos de taponos de madera para cerrar los agujeros abiertos por las balas.

—Se han batido —dijo Sandokán.

—Pisangu es un valiente que no vacila en atacar aun a los buques grandes dijo Yáñez.

Parece que trae un prisionero, veo una chaqueta roja. Sí, hay un soldado inglés atado al palo mayor. ¡Ah, si pudiera decirme algo de Mariana!

—Lo interrogaremos.

Cinco minutos después el velero entraba en la pequeña bahía y anclaba a veinte pasos del acantilado.

—¿De dónde vienes? —preguntó Sandokán a Pisangu en cuanto puso pie en tierra.

—De Labuán, mi capitán —fue la respuesta—. Fui con la esperanza de encontrar

noticias tuyas, y tengo la dicha de verlo aquí sano y salvo.

—¿Quién es el inglés?

—Es un caporal, mi capitán.

—¿Dónde lo hiciste prisionero?

—Cerca de Labuán. Registraba yo la costa y las playas, cuando vi salir de un pequeño río una canoa rápida tripulada por este hombre. Lo capturamos, pero cuando quise alejarme me encontré con un cañonero que me cortaba el camino. La lucha fue una verdadera tempestad, mi capitán, que me mató media tripulación y casi me despedaza el barco. Pero el cañonero también quedó en estado lamentable. En cuanto se retiró me lancé a alta mar y me volví aquí.

—Gracias, Pisangu. Trae a ese hombre.

Era un joven de unos veinticinco años, gordo, de baja estatura, rubio y rosado. Estaba asustado, pero de sus labios no salió ni una palabra. Sólo al ver a Sandokán exclamó:

—¡El Tigre de la Malasia!

—¿Dónde me has visto?

—En la quinta de lord Guillonk.

—Tu vida depende ahora de lo que me contestes —dijo Sandokán.

—¿Quién puede fiarse de un asesino que mata como si bebiera una copa de whisky?

—¡Perro, cuidado con lo que hablas! Tengo un kriss que corta en mil pedazos el cuerpo; tengo tenazas enrojecidas para arrancar la carne en trozos. Hablarás o te haré sufrir de tal modo que pedirás la muerte como un bien.

El inglés palideció, pero apretó los labios.

—¿Dónde estabas cuando salí de la quinta del lord?

—En los bosques.

—¿Qué hacías allí?

—Nada.

—¡Quiero saberlo todo!

—No sé nada.

—¡Habla o te mato! —dijo Sandokán y puso en la garganta del soldado la punta del kriss, haciendo brotar una gota de sangre.

El caporal vaciló, pero la mirada del Tigre era terrible. ¡Basta! dijo apartando la punta del kriss. Hablaré.

—¿Qué hacías en el bosque?

—Seguía al baronet Rosenthal. Lord Guillonk supo que el que había recogido moribundo era el terrible Tigre de la Malasia y, de acuerdo con el baronet y el gobernador de Victoria, preparó una emboscada.

—¿Cómo lo supo?

—Lo ignoro. Se reunieron cien hombres y los enviaron a rodear la isla para impedir su fuga.

—Eso ya lo sé. ¿Qué sucedió después que me refugié en la floresta?

—Cuando entró el baronet a la casa, el lord tenía una pierna herida y estaba furioso.

—¿Y lady Mariana?

—Lloraba. El lord la acusaba de haber favorecido su fuga, y ella invocaba piedad para usted.

—¿Lo oyes, Yáñez? —exclamó Sandokán, emocionado.

—Como resultó infructuosa la persecución —prosiguió el caporal—, quedamos acampados cerca de la quinta para protegerla contra el probable asalto de los piratas de Mompracem. Corrían noticias poco tranquilizadoras. Se decía que había habido un

desembarco y que el Tigre estaba oculto en los bosques, dispuesto a raptar a lady Mariana. Lord Guillonk decidió retirarse a Victoria para ponerse bajo la protección de los cruceros y de los fuertes.

—¿Y el baronet Rosenthal?

—Se casará en breve con lady Mariana. Dentro de un mes será el matrimonio.

—¡Quieres engañarme! Lady Mariana detesta a ese hombre.

—Eso no le importa a lord Guillonk.

Sandokán dio un rugido de fiera. Un espasmo terrible le desfiguró la cara.

—Si me has mentido te descuartizo.

—Le juro que dije la verdad.

—Si no has mentido, te daré tu peso en oro.

En seguida se volvió hacia Yáñez y le dijo con tono resuelto:

—¡Partamos!

—Estoy dispuesto a seguirte contestó con sencillez su compañero.

—Llevaremos a los más valientes.

—Sin embargo, deja aquí fuerza suficiente para defender nuestro refugio.

—¿Qué temes, Yáñez?

—Podrían aprovechar nuestra ausencia para lanzarse sobre la isla.

—¡No se atreverían a tanto! Yo creo lo contrario.

—¡Nos encontrarán dispuestos, y entonces veremos si los tigres de Mompracem son más valientes y decididos que los leopardos de Labuán!

Sandokán escogió a noventa piratas, a los más feroces y más robustos.

Llamó a Giro Batol y lo mostró a las bandas que se quedaban para defender la isla.

—Este es un hombre que tiene la fortuna de ser de los más valientes de la piratería —dijo—, y es el único que sobrevivió de la desgraciada expedición a Labuán. Durante mi ausencia, obedézcanle como si fuera yo mismo. Y ahora nos embarcamos, Yáñez.

CAPÍTULO XVI LA EXPEDICIÓN CONTRA LABUÁN

Los noventa hombres embarcaron en los paraos. Yáñez y Sandokán subieron a bordo del más grande y mejor armado. Llevaba cañones dobles y además estaba blindado con gruesas láminas de hierro.

La expedición salió de la bahía entre los vítores de los piratas agolpados en las orillas y en los bastiones.

El cielo estaba sereno y el mar tranquilo. Pero a eso de medio día aparecieron en el Sur unas nubecillas de color y forma que no presagiaban nada bueno. Sandokán no se inquietó demasiado.

—Si los hombres no son capaces de detenerme —dijo—, menos lo hará una tempestad.

—¿Temes un huracán? —preguntó Yáñez.

—Sí, pero puede favorecernos, hermanito; así desembarcaremos sin que vengan a importunarnos los cruceros.

—Si anuncias tu desembarco con una lancha cualquiera, el lord huirá a Victoria.

—Es verdad suspiró Sandokán.

—Quizás podamos realizar algo que tengo pensado. Pero dime, ¿se dejará raptar Mariana?

—¡Sí, me lo ha jurado!

—¿Y piensas llevarla a Mompracem?

—Sí.

—Y después de casarte, ¿la mantendrás allí?

—No lo sé, Yáñez. ¿Quieres que la relegue para toda la vida en mi isla salvaje, en medio de mis tigres que no saben más que blandir el kriss y el hacha? ¿Quieres que ofrezca a su mirada horribles espectáculos de sangre y muerte, que la ensordezca con los gritos de los combatientes y el rugir de los cañones y la exponga a un constante peligro? ¿Qué harías tú en mi caso, Yáñez?

—Pero piensa en lo que será de Mompracem sin su Tigre de la Malasia. Contigo todavía puede hacer temblar a los hombres que han destruido tu familia y tu pueblo. Hay millares de malayos y de dayakos que esperan tu llamado para correr a engrosar las bandas de los tigres de Mompracem.

—En todo eso he pensado ya.

—¿Y qué te ha dicho el corazón? ¡Sentí que sangraba!

—Y sin embargo, ¿dejarás perecer tu poderío por esa mujer?

—¡La amo, Yáñez! ¡Quisiera no haber sido nunca el Tigre de la Malasia!

El pirata, conmovido, se sentó en la cureña de un cañón y hundió la cabeza entre sus manos.

En tanto los tres barcos navegaban hacia Oriente impulsados por una brisa tan ligera que la marcha se hacía cada vez más lenta.

Tanta calma no podía durar mucho tiempo. Hacia las nueve de la noche el viento comenzó a soplar con violencia, señal segura de que alguna tempestad conmovía al océano.

Las tripulaciones saludaron con alegría las rachas vigorosas de aire, sin mostrar miedo por el huracán que las amenazaba. Sólo el portugués se inquietó y quiso que se amainaran las velas, pero Sandokán no lo permitió, en su ansia por llegar a las costas enemigas.

Al caer la noche el viento redobló su violencia. Al ver el aspecto del cielo y del mar, otro navegante se habría resguardado en la costa más próxima. Pero Sandokán sabía que estaba a menos de cien kilómetros de Labuán y ni siquiera pensó en tal posibilidad.

—Temo que este huracán nos envíe a todos a beber en las profundidades del mar dijo Yáñez.

—Nuestros barcos son muy sólidos.

—Pero me parece que el huracán que viene es de los peores.

—No le temo. Vayamos adelante, que Labuán no está lejos. ¿Distingues a los otros paraos?

—Diría que uno va hacia el Sur. Es tan grande la oscuridad que no se ve a más de cien metros.

—Si se extravían, ya sabrán encontrarnos.

—Pero pueden extraviarse para siempre, Sandokán.

—¡Pues yo no retrocedo!

—¡Entonces, ponte en guardia, hermano!

Un relámpago deslumbrador rasgó las tinieblas; un trueno espantoso lo siguió. Sandokán se levantó, extendió la mano hacia el Sur y dijo:

—¡Huracán, ven a luchar conmigo! ¡Te desafío! Atravesó el puente y se puso al timón, mientras los marineros aseguraban los cañones. Llegaban del Sur las primeras rachas de viento, empujando delante de sí montañas de agua.

El parao, con el velamen reducido, avanzaba como una flecha, haciendo frente a los elementos desencadenados y sin desviarse una línea de la ruta bajo la férrea mano de

Sandokán.

A eso de las once se desató el huracán con toda su majestuosa fuerza. El mar se arrojaba con indescriptible ímpetu hacia el Norte, como si fuera una colosal catarata.

El parao danzaba desordenadamente, ya en las espumantes crestas de las olas, ya en el fondo de los movibles abismos. Pero Sandokán no cedía y guiaba el barco hacia Labuán. Sus hombres, asidos al cordaje, miraban impasibles los asaltos del mar, prontos a llevar a cabo la más peligrosa maniobra.

Y el huracán seguía aumentando en intensidad. Se alzaban montañas de agua que, con rugidos espantosos, abrían profundos abismos que parecían tener por fondo las arenas del interior del océano. El viento bramaba agolpando las nubes, dentro de las cuales retumbaba el trueno incesantemente.

El parao se defendía con tesón. Daba bandazos tremendos, se enderezaba como un caballo encabritado, hundía la proa en el agua y había momentos en que caía de tal modo que parecía que no lograría recobrar la vertical.

Seguir luchando contra aquel mar era una locura. Había que dejarse conducir al Norte, como seguramente lo hicieron los otros dos paraos.

Yáñez, que comprendía la imprudencia de seguir en la ruta, pensó rogar a Sandokán que cambiara el rumbo, cuando resonó mar adentro una detonación y pasó silbando una bala por encima de la cubierta.

Un grito estalló a bordo ante una agresión que nadie esperaba en tan críticos momentos.

Sandokán se lanzó a proa.

—¡Todavía hay cruceros que vigilan! —exclamó. En efecto, el agresor era un gran buque inglés a vapor. ¿Qué hacía en pleno mar con aquel huracán?

—¡Viremos! —gritó Yáñez—. Ese barco sospecha que somos piratas y que nos dirigimos a Labuán.

Un segundo cañonazo retumbó y otra bala pasó por el cordaje del parao.

Los piratas se precipitaron hacia los cañones, pero Sandokán los detuvo con un gesto.

No había necesidad de combatir, pues el buque, a pesar suyo, tuvo que dejarse arrastrar hacia el norte. En muy pocos minutos se alejó lo suficiente para que su artillería resultara inútil.

—¡Lástima que me encontrara en medio de esta tempestad! —dijo Sandokán—. ¡Lo hubiera asaltado, a pesar de su mole y de su tripulación!

—Ha sido mejor así, Sandokán —dijo Yáñez.

—¡Que el diablo se lo lleve y lo hunda en los abismos!

—¿Qué haría en pleno mar mientras todos buscan refugio?

—¿Estaremos en las cercanías de Labuán? preguntó el portugués.

—Eso sospecho —repuso Sandokán—. ¿Ves algo delante de nosotros?

—Nada, excepto montañas de agua.

—Sin embargo, me late fuerte el corazón.

—El corazón suele equivocarse —sonrió Yáñez.

—Pero el mío no. ¡Mira!

—¿Qué ves?

—Un punto oscuro hacia el Este. Lo vi a la claridad de un relámpago.

—Pero aun cuando estemos cerca de Labuán, ¿cómo atracar con semejante tiempo?

—¡Atracaremos, Yáñez, aunque se haga pedazos el barco!

En ese momento gritó un malayo desde lo alto:

—¡Tierra frente al asta de proa!

—¡Labuán! —gritó con alegría Sandokán.

Atravesó el puente, pese a las olas que lo barrían, y poniéndose al timón lanzó el parao hacia el Este.

A medida que se acercaban a la costa el mar parecía redoblar su furia, como si quisiera impedir el desembarco.

Olas monstruosas saltaban en todas direcciones, y el viento extremaba su fuerza desde las alturas de la isla. Sandokán no cedía y, con la mirada vuelta hacia el Este, continuaba impávido su camino, aprovechando la luz de los relámpagos para orientarse.

Muy pronto estuvo cerca de la costa.

—¡Prudencia, Sandokán! —dijo a su lado Yáñez.

—¡No temas, hermano!

—Cuidado con las escolleras.

—Las sortearé.

—¿Dónde vas a encontrar refugio?

—¡Ya lo verás!

A corta distancia se vislumbraba confusamente la costa, contra la cual se estrellaba el mar con indecible furor.

—¡Atención! —gritó Sandokán a los piratas que maniobraban.

Empujó el parao hacia adelante con una temeridad que pondría los pelos de punta a los más intrépidos lobos de mar, atravesó un paso estrecho entre dos rocas enormes y penetró en una pequeña bahía que, al parecer, terminaba en un río.

La resaca era tan violenta dentro de aquel refugio, que el parao corría grave peligro. Era cien veces más fácil desafiar la ira de los elementos en mar abierto que en ese sitio, barrido por las olas que se amontonaban unas sobre otras.

—No es posible intentar nada —dijo Yáñez—. Si nos acercamos el barco se irá al fondo hecho astillas.

Tú eres muy buen nadador, ¿no es cierto? le preguntó Sandokán.

—Como nuestros malayos.

—¿No tienes miedo a las olas?

—No, no les temo.

—Entonces saltaremos a tierra.

—¿Qué quieres hacer?

En lugar de responder, Sandokán gritó:

—¡Paranoa, a la barra!

El dayako agarró el timón que le entregaba Sandokán.

—¿Qué hago, capitán?

—Por ahora mantener el parao a través del viento —dijo Sandokán. Ten cuidado y no lo arrojes sobre los bancos.

Enseguida se volvió hacia los marineros. Preparen la chalupa. Cuando la ola barra la cubierta, la sueltan y la dejan ir.

¿Qué pretendía el Tigre de la Malasia? ¿Intentar el desembarco en aquella chalupa, mísero juguete para las tremendas olas? Los hombres se miraron llenos de ansiedad, pero se apresuraron a obedecer. A fuerza de brazo izaron la chalupa sobre la borda, después de haber puesto dentro dos carabinas, municiones y víveres.

—¿Qué intentas hacer? —preguntó Yáñez.

—Saltar a tierra.

—Nos estrellaremos contra las peñas.

—¡No! Sube a la chalupa, Yáñez.

—¡Tú estás loco!

Sandokán lo empujó y lo hizo entrar en la chalupa; luego subió él de un salto. Una ola enorme penetró en la bahía rugiendo.

—¡Paranoa! —gritó—. Dispónte a virar, dirígete al norte y ponte a la capa. En cuanto se haya calmado el mar, vuelve aquí. Yo voy a atracar.

La montaña de agua, con la cresta cubierta de blanquísima espuma, se acercaba. Frente a las dos rocas se partió y entró en la bahía. En un abrir y cerrar de ojos envolvió al parao.

—¡Suelten! —ordenó Sandokán.

La chalupa, abandonada a sí misma, fue arrastrada por la gigantesca ola. Casi al mismo tiempo el parao viró y salió a mar abierto, desapareciendo detrás de una escollera.

—Nosotros desembarcaremos en Labuán a pesar de la tempestad dijo Sandokán tomando un remo.

—¡Por Júpiter! —exclamó el portugués—. ¡Esto es una locura!

La chalupa se agitaba de un modo espantoso. Sin embargo, las olas la empujaban hacia la playa. La barquilla se remontó en la cresta de una ola y se precipitó en el abismo, chocando con violencia. Los dos piratas sintieron que les faltaba fondo bajo los pies. Se había hecho pedazos la quilla. Con otro tremendo golpe de mar la chalupa volvió a flotar en las alturas, hasta que las olas la hicieron estrellarse contra el tronco de un árbol, con tal fuerza que ambos piratas salieron disparados. Sandokán, que cayó en medio de un montón de hojas y ramas, se levantó en el acto y recogió las carabinas y las municiones.

Una nueva ola arrastró la chalupa y se la llevó mar adentro.

—¡Al demonio todos los enamorados! —gritó Yáñez al levantarse molido por el golpe.

—Pero todavía estás vivo, ¿no?

—¿Querías que me hubiera desnucado?

—No me consolaría nunca, Yáñez, si te pasara algo. ¡Mira, el parao!

El velero pasaba entonces por delante de la embocadura de la bahía, con la rapidez de una flecha.

—¡Qué compañeros tan fieles! —dijo Sandokán—. Antes de alejarse quisieron cerciorarse de que habíamos podido bajar a tierra.

Se quitó la faja roja y la desplegó al viento.

Un momento después resonó un disparo en el puente del velero.

—Nos vieron —dijo Yáñez—. ¡Ahora, Dios quiera que nos salven!

El velero viró y emprendió su carrera hacia el norte. Yáñez y Sandokán se ocultaron bajo las enormes plantas para ponerse a cubierto de la lluvia, que caía a torrentes.

—¿Sabes dónde estamos, Sandokán?

—Creo que estamos cerca del riachuelo que sirvió de refugio a mi paso después de la batalla con el crucero.

—¿Está lejos de la quinta de lord James?

—No, a unos pocos kilómetros.

—Mañana registraremos los alrededores.

—¿Mañana? ¿Crees que puedo esperar? ¿No te das cuenta que estamos en Labuán?

—No podemos ponernos en marcha con este tiempo infernal, hermanito. ¿A qué quieres ir a la quinta? Por lo menos para verla.

—Y luego cometer alguna imprudencia. Te conozco. Ten calma, hermano, piensa que somos dos y en la quinta hay soldados. Esperemos a que vuelvan los paraos.

—¡Si supieras lo que siento al encontrarme en esta

isla!

—Me lo figuro, pero no te dejaré cometer locuras que puedan ser funestas. ¿Quieres ir a la quinta para averiguar si Mariana está allí? Iremos. Pero cuando haya cesado el huracán. Mañana, en cuanto despunte el sol, nos pondremos encamino hacia el riachuelo. Por ahora, refugiémonos bajo esa areca.

Sandokán estaba indeciso entre seguir o no a su fiel amigo; pero al fin hubo de ceder, y se dejó caer junto al tronco del árbol, lanzando un largo suspiro.

—¿Crees, Sandokán, que nuestros paraos podrán salvarse de una tempestad como ésta?

—¡Nuestros hombres son marineros valientes! contestó el pirata. Verás cómo salen del atolladero.

—Y si naufragan, ¿qué hacer sin su ayuda?

—¡Raptar a Mariana!

—Dos hombres solos, aunque sean dos tigres de Mompracem, no pueden hacer frente a cincuenta fusiles. ¡Recurriremos a la astucia! Yo no vuelvo a mi isla sin Mariana.

Yáñez no contestó. Encendió un cigarro, se tendió en la hierba, que estaba casi seca bajo las enormes hojas del árbol, y cerró los ojos.

En cambio Sandokán se levantó y se fue a la playa. Trataba de orientarse y de reconocer la costa. Cuando regresó comenzaba a alborear. La lluvia había cesado y el viento rugía con menos fuerza.

—Ya sé donde estamos —dijo—. El riachuelo debe estar hacia el sur, y no muy lejos.

—¿Quieres que vayamos a ver si damos con él?

—Sí.

Se echaron al hombro las carabinas, llenaron de municiones sus bolsillos, y se internaron en el bosque, procurando no alejarse mucho de la costa.

Multitud de árboles arrancados por el viento interceptaban el camino y obligaban a los piratas a saltar y escalar troncos caídos, y a utilizar los kriss para cortar una cantidad de lianas que se les enredaban en las piernas y no los dejaban avanzar.

Hacia el mediodía, Sandokán se detuvo.

—Ya estamos cerca —dijo.

—¿Del río o de la quinta?

—Del río. ¿No oyes el murmullo bajo esa bóveda de hojas?

—¿Será el que estamos buscando?

—No puedo equivocarme. He recorrido estos lugares.

—¡Pues vamos adelante!

Atravesaron a toda prisa el último trozo del bosque y diez minutos después encontraron un río pequeño que desembocaba en una bahía rodeada de árboles enormes.

La casualidad los condujo al mismo sitio donde habían arribado los paraos de la primera expedición. En la orilla todavía había pedazos de velas y de cordajes, cimitarras, hachas y montones de maderos.

—Allá reposan, fuera de la bahía, en el fondo del mar —dijo Sandokán con voz triste—. ¡Pobres muertos, que todavía no han sido vengados!

—¿Fue aquí adonde llegaste?

—Aquí. Entonces yo era el invencible Tigre de la Malasia; entonces no tenía cadenas mi corazón. Me batí como un desesperado, llevé a mis hombres al abordaje poseído de un furor salvaje. Pero me vencieron. ¡Qué momento más terrible, Yáñez! ¡Qué carnicería! Todos murieron. Todos menos uno. ¡Yo!

¿Lamentas esa derrota?

—No lo sé. ¡Sin la bala que me hirió acaso no habría conocido a la muchacha de los cabellos de oro! Bajó a la playa. Se detuvo, y con los brazos extendidos señaló el sitio donde se efectuó el terrible abordaje.

—Los paraos están sepultados allí —dijo—. ¡Cuántos muertos contendrán todavía en sus despedazados cascos!

Se sentó en un tronco y quedó sumido en profundos y tristes pensamientos.

Yáñez se fue entre las peñas a buscar ostras. Encontró una tan gigantesca que apenas podía levantarla. Volvió junto a Sandokán, encendió fuego y la abrió.

—¡Vamos, hermano, deja en paz a los muertos y ven a probar esta exquisita ostra!

El almuerzo fue espléndido. La ostra contenía carne tierna y delicada, que calmó el apetito de los piratas. Terminada la comida, echaron a andar nuevamente. Durante algún tiempo siguieron su camino por la orilla derecha del riachuelo, y después entraron resueltamente por el medio de la floresta.

Caía la noche cuando Sandokán se detuvo ante una larga senda.

—Estamos cerca de la quinta —dijo con voz ahogada—. Este sendero conduce al parque.

—¡Qué suerte, hermano! —exclamó Yáñez—. ¡Sigue adelante, pero cuidado con cometer locuras!

Sandokán cargó la carabina y echó a andar por el sendero con tal rapidez que el portugués apenas podía seguirlo.

—¡Mariana! ¡Amor mío! —exclamaba el pirata—. ¡No tengas miedo, ya estoy cerca de ti!

En ese momento habría atacado a un regimiento entero por llegar pronto a la quinta. Nada le causaba miedo; la misma muerte no lo hubiera hecho retroceder. Sólo temía llegar tarde y no encontrar a la mujer tan intensamente amada, y esto lo hacía correr más y más, olvidando la prudencia.

—¡Oye, loco del demonio! —gritaba Yáñez, que trotaba tras él—. ¡Espérame! ¡Párate, por mil cañonazos, o harás que reviente!

—¡A la quinta! ¡A la quinta! —respondía Sandokán. No se detuvo hasta llegar a la empalizada del parque, más bien por esperar a su compañero que por prudencia o cansancio.

—¡Uf! —exclamó el portugués—. ¿Tú crees que soy un caballo, para obligarme a correr de este modo? ¡La quinta no se escapará, te lo aseguro! Además, no sabes qué puede ocultarse detrás de esa empalizada.

¡No temo a los ingleses!

—Ya lo sé, pero si te matan, no verás a tu Mariana.

—No puedo quedarme aquí. ¡Tengo que verla!

—¡Calma, hermanito! Obedéceme, o no lograrás lo que quieres.

Le hizo una seña para que se callara y trepó como un gato hasta lo alto de la cerca, mirando al parque con atención.

—Parece que no hay centinela —dijo—. ¡Entremos!

Se dejó caer al otro lado. Sandokán hizo lo mismo y ambos fueron internándose con cautela por el parque; se escondían detrás de los arbustos y de la maleza y en el fondo de los surcos, con la vista fija en la casa, que apenas se distinguía a través de las tinieblas.

Habían llegado a la distancia de un tiro de fusil cuando Sandokán se detuvo de pronto y empuñó la carabina.

—¡Deténte, Yáñez! —murmuró.

—¿Qué has visto?

—Soldados delante de la casa.

—¡Se enreda la madeja! —dijo el portugués—. ¿Qué hacemos?
—Si hay soldados, es señal que Mariana está ahí todavía.
—Eso creo yo también.
—Entonces, ¡ataquemos!
—¿Estás loco? ¿Quieres que te fusilen? Nosotros somos dos y ellos veinte o treinta.
—¡Pero es necesario que la vea! —exclamó Sandokán con ojos desorbitados.
—Cálmate, cálmate —dijo Yáñez, cogiéndolo fuertemente por un brazo para impedirle hacer cualquier locura—. Cálmate y después la verás.
—¿Cómo?
—Esperemos a que sea más tarde.
—¿Y después?
—Tengo un plan. Échate ahí cerca, refrena los ímpetus de tu corazón, y no tendrás de qué arrepentirte.

—Pero, ¿y los soldados?
—¡Por Neptuno! ¡Supongo que se irán a dormir!
—Tienes razón. Esperaré.

Se tendieron detrás de un espeso matorral de arbustos y maleza, pero de modo que pudieran vigilar a los soldados, y esperaron el momento oportuno para poner en práctica los deseos de Sandokán.

Pasaron cuatro horas, largas como siglos para el Tigre, hasta que por fin entraron los soldados a la casa y cerraron con estrépito la puerta.

El Tigre hizo ademán de echarse adelante, pero el portugués lo contuvo en seguida y le dijo, mirándolo fijamente:

—Dime, Sandokán, ¿qué quieres hacer esta noche?
—¡Verla!
—¿Crees que es fácil? ¿Encontraste el medio de hacerlo?
—No, pero...
—¿Sabe ella que estás aquí?
—No.
—Entonces es preciso llamarla.
—Sí.

—Y saldrán los soldados, porque no creo que sean sordos, y la emprenderán a tiros contra nosotros. Sandokán no contestó.

—Ya ves, mi pobre amigo, que esta noche no puedes hacer nada.
—¡Puedo trepar hasta su ventana!
—¿No viste a un soldado emboscado cerca del pabellón?
—¿Un soldado?
—Sí, desde aquí se ve brillar el cañón de su carabina.
—Entonces, ¿qué me aconsejas que haga?
—¿Sabes qué parte del parque frecuenta Mariana?
—Todos los días iba a bordar al kiosco chino.
—¡Muy bien! ¿Dónde está el kiosco?
—Muy cerca.

—Llévame a él. Es preciso advertirle que estamos aquí.

Por una vía lateral llegaron al kiosco. Era un lindo pabelloncito pintado de vivos colores que terminaba en una especie de cúpula de metal dorado, erizada de puntas y de dragones giratorios.

En derredor había un bosquecillo de lilas y de grandes rosales de fuerte aroma.

Yáñez y Sandokán, con las carabinas dispuestas por si había alguien dentro, se acercaron y entraron.

No había nadie.

Yáñez encendió un fósforo y sobre una mesa vio un cesto que contenía trozos de telas, hilos y sedas, y a su lado, una mandolina.

—¿Son suyos estos objetos? —preguntó.

—Sí —contestó Sandokán con infinita ternura—. ¡Aquí me juró amarme por la eternidad!

Yáñez encontró una hoja de papel y, mientras Sandokán lo alumbraba con un fósforo, escribió lo siguiente: "Desembarcamos ayer durante el huracán. Mañana a medianoche estaremos bajo su ventana. Tenga una cuerda para ayudar a Sandokán a escalar la pared. Yáñez de Gomera".

—Supongo que conocerá mi nombre —dijo.

—¿Sabe que eres mi mejor amigo! —respondió Sandokán.

Yáñez plegó el papel y lo puso en la cesta de modo que pudiera verlo enseguida, mientras Sandokán arrancaba unas rosas y cubría con ellas el mensaje.

Los dos piratas se miraron a la lívida luz de un relámpago. Uno estaba tranquilo; al otro lo agitaba una emoción indescriptible.

—¡Vámonos, Sandokán!

—¡Ya te sigo! contestó el Tigre de la Malasia. Cinco minutos después volvían a saltar la cerca del parque y se internaban en el tenebroso bosque.

CAPÍTULO XVII LA CITA NOCTURNA

Todavía no se calmaba por completo el huracán. La noche era tempestuosa. Mugía y ululaba el viento en mil tonos, retorciendo las ramas de los árboles y haciendo volar masas de hojas, arrancando árboles jóvenes y sacudiendo los centenarios. De cuando en cuando un relámpago deslumbrador rasgaba las espesas tinieblas, y los rayos caían e incendiaban las plantas más elevadas de la selva.

Era una noche infernal; noche propicia para intentar un ataque contra la quinta. Por desgracia, los hombres de los paraos no estaban allí para prestar ayuda a Sandokán en su empresa.

Guiados por la luz de los relámpagos, los dos piratas buscaban el riachuelo con el fin de ver si se había refugiado en la bahía alguno de los barcos.

—¡Nada! —dijo Sandokán con voz sorda cuando llegaron a la boca del riachuelo. ¿Les habrá sucedido alguna desgracia a mis paraos?

—Yo creo que no han salido todavía de sus refugios —respondió Yáñez—. Habrán visto que amenazaba otro huracán y no se han movido. Ya sabes que no es fácil atracar cuando se enfurecen los vientos y las olas.

—Tengo el presentimiento de que han naufragado.

—No, son muy sólidos. Dentro de algunos días los veremos llegar.

—Los citaste a reunirse con nosotros en la bahía, ¿verdad?

—Sí. Vendrán, no lo dudes. Ahora busquemos un asilo. Llueve a torrentes y este huracán no tiene trazas de ceder pronto.

—Nos vendría bien la cabaña de Giro Batol, pero dudo poder encontrarla.

—Construyamos un refugio con esas hojas gigantescas de plátano dijo Yáñez.

Con los kriss cortaron algunos bambúes que crecían a la orilla del riachuelo, y los clavaron bajo un soberbio árbol cuyas ramas y hojas eran tan espesas que bastaban ellas solas para protegerlos de la lluvia. Cruzaron las cañas formando una especie de esqueleto de tienda de campaña, y las cubrieron con las hojas de plátano para reforzar la improvisada techumbre.

Se tendieron adentro, comieron un racimo de plátanos y procuraron conciliar el sueño, a pesar de que el huracán se desencadenaba con mayor violencia en medio de truenos ensordecedores.

La noche fue pésima.

Se vieron obligados más de una vez a reforzar la cabañita y a recubrirla con nuevas hojas para resguardarse de la espantosa lluvia que caía sin cesar.

Sin embargo, hacia el amanecer se calmó un poco el temporal y pudieron dormir hasta las diez de la mañana.

—Vayamos a buscar el almuerzo —dijo Yáñez en cuanto abrió los ojos.

Registrando entre las peñas pudieron pescar varias docenas de ostras de gran tamaño y algunos crustáceos. De postre, plátanos y naranjas.

Terminada la comida volvieron a remontar la costa, con la esperanza de descubrir los paraos. Pero no se veía ninguno en toda la extensión del mar.

—Es posible que la borrasca no les haya permitido volver —dijo Yáñez.

—Pero yo estoy inquieto por esta tardanza —contestó el Tigre.

—No te preocupes, son marineros hábiles.

Durante gran parte del día dieron vueltas por las playas; pero al ponerse el sol volvieron a internarse en los bosques inmediatos a la quinta de lord James Guillonk.

—¿Crees que Mariana habrá encontrado nuestro mensaje? preguntó Yáñez.

—Estoy seguro.

—Entonces acudirá a la cita.

—Si es que está libre.

—¿Qué quieres decir, Sandokán?

—Temo que lord James la vigile.

—¡Mil demonios!

—De todos modos iremos a la cita.

—¡Cuidado con cometer imprudencias! En el parque y en la quinta ha de haber decenas de soldados. No hay duda. Obraré con calma, te lo prometo.

—Entonces, ¡andando!

Caminaron con gran cuidado, ojo avizor y oído atento, para no caer en alguna emboscada. Llegaron a las cercanías del parque hacia las siete de la tarde. Quedaban todavía algunos minutos de crepúsculo, suficientes para poder examinar la quinta.

Seguros de que no había centinelas escondidos en esos lugares, se aproximaron a la empalizada y la escalaron.

Una vez dentro, se ocultaron en medio de un grupo de grandes peonías. Desde allí podían observar cómodamente lo que sucedía en el parque y en la casa.

—En una ventana veo a un oficial —dijo Sandokán.

—Y yo veo un centinela cerca del pabellón —dijo Yáñez—. Si se queda allí después que se haga de noche va a molestarnos más de la cuenta.

—¡Lo despacharemos! —contestó el Tigre.

—Sería mejor sorprenderlo y amordazarlo. ¿Tienes algún cordel?

—Mi faja.

—Muy bien. Entonces... ¡Ah, bribones!

—¿Qué pasa, Yáñez?

—¡Han puesto rejas en todas las ventanas!

—¡Malditos! —exclamó Sandokán con los dientes apretados.

—Lord James ha de conocer muy bien la audacia del Tigre de la Malasia. ¡Por todos los rayos, cuántas precauciones!

—Entonces, también vigilarán a Mariana y no podrá venir a la cita.

—Es probable.

—¡Pues yo la veré, como sea!

—¿Cómo?

—¡Escalaré la ventana! Para eso me pediste que trajera una cuerda.

—¿Y si nos sorprenden los soldados?

—¡Lucharemos!

—¿Los dos solos?

—Ya sabes que nos tienen miedo, y que nosotros nos batimos por diez.

—Sí, siempre que las balas no vengan demasiado espesas. ¡Mira! Unos soldados se marchan, salen del parque.

—¿Irán a vigilar los alrededores?

—Eso temo.

—¡Mejor para nosotros!

—Puede que sí. Ahora esperemos a la medianoche. Encendió con grandes precauciones un cigarro, se tendió al lado de Sandokán y fumó con tanta tranquilidad como si estuviera en la cubierta de uno de sus paraos.

En cambio Sandokán, rojo de impaciencia, no podía estar quieto un instante. Creía que le habían preparado una emboscada. ¿No habría caído el mensaje en manos de lord James?

Por fin llegó la medianoche.

Sandokán se levantó dispuesto a dirigirse a la casa. Pero Yáñez lo detuvo.

—¡Despacio! —le dijo—. Prometiste ser prudente.

—¡No tengo miedo! ¡Estoy decidido a todo!

—Pero yo estimo mucho mi pellejo, amigo. ¿Olvidas que hay un centinela al lado del pabellón?

—¡Pues vamos a matarlo!

—Bastará con que no dé la voz de alarma.

—¡Lo estrangularemos!

Al llegar a unos cien pasos de la quinta, Yáñez dijo: ¿Ves ese soldado? Creo que se durmió con el fusil entre las manos. Lo amordazaremos con mi pañuelo. Yo tengo preparado el kriss. ¡Si da un solo grito, lo mato!

Arrastrándose como serpientes, llegaron junto al soldado.

—¿Estás listo? —preguntó Sandokán en voz baja.

—¡Adelante!

Con un salto de tigre Sandokán cayó sobre el joven soldado y lo tiró a tierra. Yáñez se lanzó detrás. Amordazó al prisionero, lo ató de manos y pies y le dijo, en tono amenazador:

—¡Si haces un solo movimiento, te atravieso el corazón!

En seguida se volvió hacia Sandokán.

—Y ahora, ¿sabes cuáles son las ventanas de Mariana?

—Sí —exclamó el pirata—.

—ncima de aquel emparrado.

De pronto retrocedió con un verdadero rugido. ¡Han cerrado con rejas sus ventanas!

—¡No importa! repuso Yáñez.

Recogió varias piedrecillas y lanzó una contra los vidrios, produciendo un ligerísimo ruido. Los dos piratas retenían el aliento, presa de viva emoción. No contestaron. Yáñez lanzó otra piedra, y luego otra más.

De súbito se abrió la ventana y Sandokán vio dibujarse a la luz azulada de la luna una figura que reconoció en seguida.

—¡Mariana! murmuró levantando los brazos hacia la jovencita, que se había inclinado sobre la reja.

Al verlo la joven lanzó un grito ahogado.

—¡Ánimo, Sandokán! —dijo Yáñez, saludando galantemente a la joven—. ¡Súbete a la ventana! Pero apresúrate, no corren muy buenos vientos para nosotros.

Sandokán se encaramó en el emparrado y se aferró a los hierros de la ventana.

—¡Tú! —exclamó la joven, loca de alegría—. ¡Gracias a Dios!

—¡Mariana! —murmuró el pirata, cubriéndole de besos las manos—. ¡Por fin vuelvo a verte!

—¡Verte después de haberte llorado por muerto! Esta es una alegría demasiado grande, amor mío.

—No muere con tanta facilidad el Tigre de la Malasia, Mariana. Pasé sin un rasguño entre los tiros de tus compatriotas; atravesé el mar, llamé a mis hombres y he vuelto a la cabeza de cien tigres, dispuesto a todo para salvarte. ¡Sandokán! ¡Sandokán!

—Dime, Mariana, ¿está aquí el lord?

—Sí, y me tiene prisionera por temor a que reaparezcas. En las habitaciones bajas hay vigilancia durante la noche. Estoy encerrada entre bayonetas y rejas y no puedo dar un paso al aire libre. Temo que no podré ser nunca tu mujer, porque mi tío, que me odia, interpondrá entre tú y yo la inmensidad del océano.

Dos lágrimas cayeron de sus ojos.

—¡No llores, amor mío, o me vuelvo loco! Mis hombres no están lejos; hoy són pocos, pero mañana serán muchos, y ya sabes qué clase de hombres son los míos. Entraremos aunque haya que derribar barricadas y prenderle fuego a la quinta. ¿Quieres que te lleve esta misma noche? Tan sólo somos dos, pero haremos pedazos las rejas que te tienen prisionera. ¡Pagaremos con nuestras vidas tu libertad! ¡Habla, Mariana, porque mi amor por ti me da tanta fuerza que soy capaz de atacar yo solo esta casa!

—¡No! —exclamó ella—. Muerto tú, ¿qué sería de mí? ¿Crees que podría sobrevivirte? Tengo confianza en que me salvarás, pero cuando puedas derrotar a los que me tienen encerrada.

En ese momento se oyó bajo el emparrado un ligero silbido.

—Es Yáñez que se impacienta —dijo Sandokán.

—Quizás haya visto algún peligro. ¡Dios mío, ha llegado la hora de la separación! Si no volviéramos a vernos...

—¡No lo digas, amor mío, porque adonde te lleven iré a buscarte!

Se escuchó otro silbido del portugués.

—¡Márchate —dijo Mariana—, creo que corres un gran peligro!

—¡Dejarte! No puedo decidirme a dejarte.

—¡Huye, Sandokán! ¡Oigo pasos en el corredor! Resonó en la habitación una voz que gritaba: ¡Miserable!

Era el lord. Cogió a Mariana por un brazo para apartarla de la reja, y al mismo tiempo se oyó descorrer los cerrojos de la puerta de la planta baja.

—¡Huye! —gritó Yáñez.

—¡Huye, Sandokán! —repitió Mariana.

No había un solo instante que perder. Sandokán, que comprendió que estaba perdido si no huía, atravesó de un salto el emparrado y se precipitó hacia el jardín.

CAPÍTULO XVIII DOS PIRATAS EN UNA ESTUFA

Cualquier otro hombre que no fuera indio o malayo se hubiera roto las piernas al dar ese salto. Pero Sandokán era duro como el acero y tenía la agilidad de un mono.

Apenas tocó tierra, se puso de pie y empuñó el kriss en actitud de defensa. Por fortuna, allí estaba el portugués.

—¡Huye, loco! ¿Quieres que te acribillen?

—¡Déjame! —exclamó el pirata, presa de intensa excitación—. ¡Asaltemos la quinta! Cuatro soldados aparecieron en una ventana, apuntándole con los fusiles.

—¡Sandokán, ponte a salvo! —se oyó gritar a Mariana.

El pirata dio un salto que fue saludado con una descarga de fusilería, y una bala le atravesó el turbante. Se volvió rugiendo e hizo fuego, hiriendo a un soldado en medio de la frente.

—¡Ven! —gritó Yáñez y lo arrastró hacia la empalizada—. ¡Ven, imprudente testarudo!

Se abrió la puerta de la casa y diez soldados, seguidos de indígenas provistos de antorchas, salieron al jardín. El portugués hizo fuego por entre el follaje. El sargento que mandaba el grupo cayó en tierra.

—¡Mueve las piernas, hermanito!

—¡No puedo decidirme a dejarla sola!

Te he dicho que huyas. ¡Ven o te llevo yo! Aparecieron más soldados. Los piratas ya no dudaron más. Se metieron en medio de la maleza y se lanzaron a la carrera hacia la cerca.

—¡Corre, hermanito! —dijo el portugués—. Mañana les devolveremos los tiros.

Temo haberlo estropeado todo. Ahora ya saben que estoy aquí y no se dejarán sorprender.

—Pero si los paraos han llegado, tendremos cien tigres para lanzarlos al asalto.

—¡Me da miedo el lord! Es capaz de matar a su sobrina antes que dejar que caiga en mis manos.

—¡Demonio! —exclamó Yáñez con furia—. No había pensado en eso.

Iba a detenerse a tomar un poco de aliento, cuando en medio de la oscuridad vio unos reflejos rojizos.

—¡Los ingleses! —exclamó—. Nos persiguen a través del parque. ¡Volemos, Sandokán!

A cada paso la marcha se hacía más difícil. Por todos lados había grandes árboles que apenas dejaban paso. Sin embargo, como eran hombres que sabían orientarse, pronto llegaron a la cerca.

Sandokán, ya más prudente, trepó por la empalizada con la ligereza de un gato. Apenas llegó a lo alto oyó hablar en voz muy queda. Se apresuró a descender y se reunió con Yáñez, que no se había movido.

—Al otro lado hay hombres emboscados —le dijo.

—¿Muchos?

—Media docena.

Alejémonos de aquí y busquemos otro camino. Temo que ya es demasiado tarde.

¡Pobre Mariana! Por ahora no pensemos en ella. Somos nosotros los que corremos peligro.

—¡Vámonos!

—¡Calla, Sandokán! Oigo que hablan al otro lado. Escuchemos.

Efectivamente, se oyeron dos voces. El viento traía las palabras con claridad hasta los oídos de los piratas.

—No podrán huir —decía uno.

—Así lo espero —decía el otro—. Somos treinta y seis y podemos vigilar todo el recinto.

Después de estas palabras se oyó un crujir de ramas y hojas, y después, silencio.

—¡Han crecido bastante en número estos bribones! —murmuró Yáñez—. Van a rodearnos, hermanito, y si no actuamos con mucha prudencia caeremos en la red que nos tienden.

—¡Calla! Los oigo hablar de nuevo —susurró Sandokán. El de voz más fuerte decía:

—Tú, Bob, quédate aquí. Yo me ocultaré detrás de ese árbol. Ten los ojos fijos en la empalizada. .

—¿Crees que nos encontraremos con el Tigre de la Malasia?

—Ese audaz pirata se ha enamorado de la sobrina del lord, un bocadito que está reservado al baronet Rosenthal, así que imagínate si el hombre estará tranquilo. Seguro que intentó raptarla esta noche.

—¿Y cómo pudo desembarcar sin ser descubierto?

—Se aprovecharía del huracán. Se dice que hay paraos a lo largo de las costas de nuestra isla.

—¡Qué temeridad! No he visto nunca nada igual.

—Pero esta vez no se escapará. No hay que olvidar que son mil libras esterlinas si lo matamos.

—¡Bonita suma! —dijo sonriendo Yáñez—. Lord James te valúa en mucho dinero, hermanito.

—Espero ganarlo —contestó Sandokán.

Se irguió y miró hacia el parque. Los soldados habían perdido el rastro de los fugitivos y buscaban a la ventura.

—Por ahora no tenemos nada que temer de ellos —dijo el pirata—. Nos esconderemos en el parque. ¿Dónde?

—Ven conmigo, Yáñez. Me has dicho que no cometa locuras, y quiero demostrarte que soy prudente. Ven, te conduciré a un lugar seguro.

Se alejaron.

Sandokán obligó a su compañero a atravesar una parte del parque, y lo guió hasta una pequeña construcción de un solo piso que servía de invernadero de flores, situado a unos quinientos pasos de la casa de lord Guillonk. Abrió la puerta sin hacer ruido y avanzó a tientas. ¿Dónde estamos? preguntó Yáñez. Enciende un pedazo de yesca.

—¿No verán luz desde fuera?

—No hay peligro.

La estancia estaba repleta de enormes tiestos llenos de plantas que exhalaban delicados perfumes, y amoblada con sillas y mesitas de bambú muy ligeras. En el extremo opuesto el portugués vio una estufa de dimensiones gigantescas, capaz de contener media docena de personas.

—¿Y es aquí donde vamos a escondernos? —preguntó—. Caramba, este sitio no me parece muy seguro.

Los soldados no dejarán de venir a explorarlo, pensando en el dinero prometido por tu

captura.

—No te digo que no vengan.

—Entonces nos prenderán.

—Pero no se les ocurrirá buscarnos dentro de una estufa.

Yáñez no pudo refrenar una carcajada.

—¿En esa estufa?

—Sí; nos esconderemos ahí dentro.

—¡Pero, hermanito, quedaremos más negros que los africanos!

—Qué importa, después nos lavaremos.

—¡Pero, Sandokán!

—Si no quieres venir, te las arreglarás con los ingleses. No hay mucho donde escoger: o te metes en la estufa o te prenden.

—Bueno, vamos a visitar nuestro nuevo domicilio para ver si, al menos, es cómodo.

Abrió la portezuela de hierro, encendió otro pedazo de yesca y entró en la inmensa estufa, estornudando con sonoridad. Sandokán lo siguió sin vacilar.

El sitio era bastante amplio, pero había una gran cantidad de cenizas y carbones. Los dos piratas podían estar de pie cómodamente.

El portugués, que no perdía nunca su buen humor, se echó a reír con más fuerza, no obstante lo peligroso de la situación que enfrentaban.

—¿Quién habría imaginado que el terrible Tigre de la Malasia viniera a esconderse aquí? —dijo, muerto de la risa—. ¡Por mil truenos! ¡Estoy seguro de que no nos pasarán lista!

—No hables tan alto, hermano —dijo Sandokán—. Pueden oírnos.

—¡Todavía han de estar muy lejos!

—No tanto como crees. Antes de entrar al invernadero vi a dos soldados.

—¿Vendrán a visitar este sitio?

—Seguramente.

—¿Y si quieren ver también la estufa?

—No nos dejaremos prender tan fácilmente, Yáñez. Tenemos armas y podríamos sostener un asedio.

—¡Y muertos de hambre! Porque supongo que no te contentarás con comer cenizas. Además las paredes de nuestra fortaleza no me parecen muy sólidas. Con un buen empujón se vendrían al suelo.

—Antes nos lanzaremos al ataque. ¡Silencio! Oigo voces cercanas. Ten dispuesta la carabina.

Afuera se oía hablar a varias personas que se acercaban. Crujían las hojas y las piedrecillas del camino rodaban bajo los pies de los soldados.

Sandokán abrió con precaución la portezuela para mirar afuera. Contó seis soldados, a quienes precedían dos negros.

—¡Ya vienen! —dijo a su compañero cerrando la puerta—. ¡Estemos prontos para lanzarnos sobre esos importunos!

—Tengo el dedo puesto en el gatillo de mi carabina.

—¡Desenvaina también el kriss!

Entraron los soldados al invernadero, iluminándolo completamente. Registraron todos los rincones.

—¿Se habrá echado a volar ese condenado pirata? —dijo una voz.

—¿O habrá desaparecido bajo tierra? dijo otro soldado.

—Ese hombre es capaz de todo, amigos míos dijo un tercero. Les aseguro que es un hijo del compadre Belcebú.

—Yo creo lo mismo dijo el primero con voz temblorosa. Lo vi una sola vez, pero te digo que no es un hombre, es un tigre, que tuvo el valor de arrojarse encima de cincuenta soldados sin que lo tocara una sola bala.

—¡Me das miedo, Bob!

—¿Y a quién no le daría miedo?

—Ni Lord Guillonk se atreve a hacer frente a ese hijo del infierno.

—Pero tenemos que buscarlo o perderemos las mil libras esterlinas que lord Guillonk ofrece.

—Aquí no está, vamos a buscarlo a otra parte.

—Mira, allá hay una estufa enorme donde pueden esconderse varias personas. ¡Manos a las carabinas y vamos a ver!

—¿Quién se va a esconder ahí? No cabe ni un pigmeo de Abisinia.

—Pero la registraremos.

Sandokán y Yáñez se echaron atrás todo lo que pudieron y se dejaron caer entre las cenizas y los carbones. Se abrió la portezuela y un rayo de luz se proyectó en el interior, pero no era capaz de alumbrar toda la estufa. Un soldado introdujo la cabeza y volvió a sacarla estornudando.

—¡Al diablo el que tuvo la idea de hacerme meter la nariz en ese humo negro! —exclamó furioso.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso —dijo otro soldado—. El Tigre debe estar en el parque, talvez pronto a saltar la cerca.

—Vayámonos, no será aquí donde ganemos las mil libras esterlinas.

Los soldados se retiraron a toda prisa, cerrando ruidosamente la puerta del invernadero.

Cuando el portugués no oyó más ruidos, dio un gran suspiro de satisfacción.

—¡Por los mil naufragios! —exclamó—. En unos cuantos minutos he vivido cien años. No daba ni una ` piastra por nuestros pellejos. Podemos encender un cirio a Nuestra Señora de los Mares.

—No niego que el momento ha sido de prueba —respondió Sandokán—. Cuando vi tan cerca aquella cabeza, no sé cómo me contuve para no hacer fuego.

—¡Buena la habrías hecho! Pero en fin, por ahora no tenemos nada que temer. Buscarán por el parque y terminarán por convencerse de que desaparecimos. ¿Y cuándo nos marcharemos? Porque supongo que no pensarás permanecer aquí unas cuantas semanas. Los paraos pueden haber llegado ya a la boca del riachuelo.

—No tengo intención de quedarme más aquí. Esperemos a que baje un poco la vigilancia y nos echamos a volar. Quiero saber si se han reunido nuestros barcos, porque sin su ayuda no nos será posible raptar a Mariana.

—¿Qué te parece si buscamos alguna cosa que poner entre los dientes y algo con qué refrescar la garganta? propuso Yáñez.

—Vayamos.

El portugués creía ahogarse en la estufa; tomó la carabina, se deslizó hasta la portezuela y salió cuidando de no dejar en el suelo rastro de cenizas.

—¿Ves a alguien por ahí? —preguntó Sandokán.

—Está muy oscuro.

—Entonces vayamos a saquear los plátanos.

Así lo hicieron. Iban ya a volverse, cuando Sandokán se detuvo y dijo:

—Espérame aquí, Yáñez, quiero ver dónde están los soldados.

—Es una imprudencia —contestó el portugués—. Deja que anden por donde quieran.

¿Qué nos importa a nosotros?

—Tengo un proyecto en la mente.

—¡Vete al diablo con tus proyectos! Esta noche no se puede hacer nada.

—¿Quién sabe! —respondió Sandokán—. Quizás podamos marcharnos sin esperar a mañana. Además, mi ausencia será muy breve.

Empuñó el kriss y se alejó silenciosamente bajo la oscura sombra de los árboles.

Ya cerca del último grupo de plátanos descubrió a gran distancia algunas antorchas que se dirigían hacia la empalizada.

—Se alejan —murmuró—. Veré qué sucede en la casa de lord James. ¡Si pudiera ver un solo instante a Mariana, me iría más tranquilo!

Se dirigió hacia el sendero y se detuvo bajo unos mangos. Su corazón dio un vuelco al ver iluminada la ventana de Mariana.

Dio tres o cuatro pasos más, muy inclinado hacia tierra para que no pudiera descubrirlo algún soldado, y de nuevo se detuvo.

Iba a lanzarse hacia la casa, cuando vio a un hombre ante la puerta del edificio. Era un centinela apoyado en su carabina.

—¿Me habrá visto? —pensó.

Su duda duró sólo un instante. Vio la sombra de Mariana en la ventana y sin acordarse del peligro avanzó. Apenas dio unos pocos pasos cuando oyó una voz. —¿Quién vive? —gritó el soldado. Sandokán se detuvo.

CAPÍTULO XIX CONTRA LOS CHAQUETAS ROJAS

La partida estaba irremisiblemente perdida y amenazaba convertirse en peligrosa para el pirata y su amigo.

Dadas la oscuridad y la distancia, no era de presumir que el centinela distinguiera bien al pirata, que se escondió rápidamente detrás de un montón de malezas; pero podía llamar a sus compañeros. Sandokán permaneció inmóvil.

El centinela, al no recibir respuesta, dio algunos pasos hacia la maleza. Después, creyendo que se había engañado, volvió hacia la casa y se puso de guardia ante la puerta de entrada.

Aun cuando deseaba realizar su temeraria empresa, Sandokán retrocedió con mucha cautela, yendo de un tronco a otro, deslizándose por detrás de los arbustos, sin apartar la vista del soldado, que seguía fusil en mano. Apresuró el paso y entró al invernadero, donde el portugués lo esperaba lleno de inquietud.

—¿Qué has visto? —preguntó Yáñez—. ¡Temblaba por ti!

—No vi nada bueno para nosotros —contestó Sandokán con sorda cólera—. La quinta está guardada por centinelas y una cantidad de soldados recorren el parque. Esta noche no podremos intentar nada.

—¿Quieres que aprovechemos este reposo para dormir algunos minutos? —propuso Yáñez—. Un poco de descanso nos vendrá bien.

—Sí, pero con un ojo abierto.

—Quisiera dormir con los dos ojos abiertos, hermano.

Aunque no se sentían muy tranquilos, los piratas se acurrucaron en medio de unos rosales y procuraron dormir.

A pesar de su buena voluntad, no pudieron cerrar los ojos. El temor de ver aparecer a

los soldados los mantuvo despiertos. Para calmar la ansiedad, salieron varias veces para ver si se acercaban los enemigos.

Cuando despuntó el día, los ingleses registraron el parque otra vez. Cuando se alejaron del invernadero, Yáñez y Sandokán aprovecharon para sacar naranjas que les sirvieron de desayuno.

Al cabo de algunas horas, Yáñez escuchó pasos. Ambos se levantaron empuñando los kriss.

—¿Volverán? —dijo el portugués.

—Si supiera que es uno solo, saldría para tomarlo prisionero dijo Sandokán.

—¡Estás loco!

—Por él podríamos saber dónde están los soldados y por qué parte podríamos pasar.

—Lo dudo. Estoy seguro de que nos engañaría.

—No se atrevería. ¿Qué te parece si vamos a ver?

—No te fies.

—Pero hay que hacer algo, amigo mío.

—Entonces déjame salir a mí.

—¿Y yo me quedo sin hacer nada?

—Si necesito ayuda, te llamaré.

Yáñez se quedó algunos minutos escuchando; después salió.

Algunos soldados registraban todavía, pero ya cansados, la intrincada maleza del parque. Otros habían salido, sin esperanzas de encontrar a los piratas cerca de la quinta.

—Esperemos —se dijo Yáñez—. Si en todo el día de hoy no nos encuentran, puede que se convenzan de que logramos escapar. Entonces esta noche saldremos de nuestro escondrijo y nos internaremos en la selva.

Iba a volverse cuando vio que avanzaba un soldado por el sendero que conducía al invernadero.

Se ocultó en medio de los plátanos y retrocedió rápidamente hasta reunirse con Sandokán. Este, al ver su rostro descompuesto, supo que algo grave pasaba.

—¿Te han seguido? —preguntó.

—Temo que me hayan visto. Un soldado se dirige a nuestro refugio.

—¿Uno solo?

—Sí, solo.

—¡Pues es el hombre que necesito!

—¿Qué quieres decir?

—¿Están lejos los otros?

—Cerca de la empalizada.

—Entonces cogemos a este.

—¿Quieres perdernos, Sandokán?

—¡Necesito a ese hombre! ¡Pronto, sígueme!

Yáñez quiso protestar, pero ya Sandokán se encontraba fuera del recinto. De buena o mala gana, se vio obligado a seguirlo para impedir, por lo menos, que cometiera una imprudencia.

El soldado estaba a doscientos pasos; era muy joven, probablemente un soldado novato. Avanzaba silbando. Sin duda no había visto a Yáñez, pues de haber sido así, habría empuñado el arma y tomado precauciones. Ambos piratas se le echaron encima.

Mientras le Tigre lo asía por el cuello, el portugués lo amordazaba. Sin embargo, el soldado tuvo tiempo de dar un agudo grito.

—¡Pronto, Yáñez! —dijo Sandokán.

El portugués lo llevó rápidamente a la estufa. Sandokán se le reunió muy inquieto. Había visto a varios soldados correr hacia aquel lugar.

—¿Habrán visto que capturamos a este hombre? —preguntó Yáñez palideciendo.

—Por lo menos deben haber oído el grito que dio.

—¡Entonces estamos perdidos! Me parece que ya vienen.

No se equivocaba el portugués. Algunos soldados llegaban ya al escondite.

—Sí, dejó el arma, lo que significa que lo sorprendieron y se lo llevaron —dijo uno.

—Me parece imposible que los piratas estén todavía aquí y que se hayan atrevido a dar un golpe tan audaz —decía otro—. ¿No será una broma de Barry?

—No me parece un momento oportuno para divertirse.

—Yo creo que los piratas lo asaltaron.

—¿Pero dónde quieres que estén escondidos? Registramos todo el parque sin encontrar el menor rastro.

—¿Serán de verdad dos espíritus del infierno que pueden esconderse donde quieran?

—¡Eh, Barry! —gritó una voz—. ¡Deja de hacer bromas pesadas o te doy de latigazos!

Naturalmente, nadie contestó. El silencio confirmó a los soldados que a su compañero le había sucedido una desgracia.

—Entremos al invernadero dijo uno de acento escocés.

Al oír estas palabras, ambos piratas se sintieron invadidos por una viva inquietud.

—Prepararé una bonita sorpresa a los chaquetas rojas —dijo Sandokán. Tú te pones cerca de la puerta y le partes el cráneo al primer soldado que pretenda entrar.

Yáñez cargó su carabina y se tendió entre las cenizas.

—¡Será una magnífica sorpresa! —repitió Sandokán—. Esperemos el momento oportuno para aparecer. Los soldados habían entrado ya y removían con rabia los tiestos y cajones de plantas, maldiciendo al Tigre de la Malasia y a su compañero.

Como no encontraron nada, pusieron los ojos en la estufa.

—¡Por mil gaitas! —exclamó el escocés—. ¿Habrán asesinado a nuestro compañero y lo habrán escondido ahí dentro?

—Vayamos a ver —dijo otro.

—Despacio, camaradas —advirtió un tercero—. La estufa es bastante grande para que pueda esconderse en ella más de un hombre.

Sandokán apoyó los hombros contra las paredes y se dispuso a dar una embestida tremenda.

—¡Yáñez —dijo—, dispónte a seguirme! ¡Estoy dispuesto!

Al oír Sandokán que se abría la portezuela, se alejó algunos pasos.

En seguida se escuchó un sordo crujido, e inmediatamente cedieron las paredes ante aquel empuje vigoroso.

—¡El Tigre! —gritaron los soldados.

Entre las ruinas apareció de improviso Sandokán, con la carabina empuñada y el kriss entre los dientes. Disparó sobre el primer soldado que vio delante, se arrojó con ímpetu terrible encima de los otros, derribó a dos, y huyó seguido de Yáñez.

CAPÍTULO XX A TRAVES DE LA SELVA

El espanto que experimentaron los soldados al ver aparecer al temido pirata fue tal, que ninguno pensó en hacer uso de las armas.

Cuando, repuestos de la sorpresa, quisieron tomar la ofensiva, era demasiado tarde.

Los dos piratas, sin hacer caso de las notas de trompeta que salían de la quinta ni de los disparos de los soldados esparcidos por el parque, se perdieron en la espesura de la maleza.

Corriendo a toda velocidad llegaron en menos de dos minutos a lo más espeso del bosque.

Los soldados del invernadero se lanzaron fuera gritando a voz en cuello y haciendo fuego en medio de los árboles.

Los de la quinta sospecharon que sus compañeros habían descubierto al Tigre de la Malasia, y corrían hacia la empalizada.

—¡Demasiado tarde, queridos míos —dijo Yáñez—, llegaremos nosotros primero!

—Entremos al bosque, allí les haremos perder nuestro rastro.

La selva estaba a dos metros de distancia. En ella se ocultaron.

Pero a cada paso que daban la marcha se hacía más difícil. Por todas partes surgían enormes árboles que alzaban su grueso y nudoso tronco a una altura extraordinaria, y se deslizaban, entrecruzadas como boas monstruosas, miles de raíces. Subían y bajaban agarrados a los troncos y ramas.

Perdidos en aquella espesísima selva que en realidad podía llamarse virgen, se encontraron muy pronto en la imposibilidad de seguir avanzando.

—¿Adónde vamos, Sandokán? —preguntó Yáñez—. No sé por dónde pasaremos.

—Imitemos a los monos —dijo el Tigre de la Malasia.

—Tienes razón, así perderán nuestro rastro. ¿Y podremos orientarnos después?

—Ya sabes que los borneses no perdemos nunca la buena dirección. Nuestro instinto de hombres de los bosques es infalible.

—¿Habrán entrado ya en esta parte de la selva los ingleses?

—Lo dudo, Yáñez —respondió Sandokán—. Si nos cansamos nosotros, que estamos habituados, ellos no habrán podido dar ni diez pasos. Sin embargo, procuremos alejarnos pronto, porque el lord tiene perros que podrían alcanzarnos.

Asidos a los árboles, los dos piratas escalaron la muralla vegetal con una agilidad que daría envidia a los mismos monos.

Pasaban de planta en planta, de árbol en árbol sin poner jamás el pie en falso.

Así recorrieron unos seiscientos metros y se detuvieron entre las ramas.

—Aquí podemos reposar algunas horas —dijo el Tigre—. Estamos en una ciudadela perfectamente rodeada de bastiones.

Pienso que tuvimos bastante suerte para huir de aquellos tunantes, hermanito. Encontrarnos en una estufa con ocho o diez soldados en derredor y poder salvar la piel, es un verdadero milagro.

—Así es, pero temo que este éxito nuestro decida al lord a buscar asilo en Victoria. ¡Es preciso encontrar a nuestros hombres!

—Sandokán, ¿quieres que te dé un consejo?

—Habla.

—En lugar de intentar el asalto de la quinta, esperemos a que salga el lord. Ya verás cómo no está mucho tiempo en estos lugares.

—¿Pretendes atacar la escolta en el camino?

—Sí, en medio de los bosques. Porque un asalto puede ser largo y costar sacrificios enormes.

—Me parece un buen consejo.

—Puesta en fuga la escolta, raptaremos a Mariana y nos volveremos de inmediato a Mompracem.

—¿Y el lord?
—Lo dejaremos que se vaya adonde quiera. ¿Qué nos importa?
—No se irá a ninguna parte, Yáñez. No nos dará un momento de tregua y lanzará contra nosotros todas las fuerzas de Labuán.
—¿Y eso te inquieta?
—¡El Tigre de la Malasia no tiene miedo de esas gentes! Tendremos que enfrentar numerosos ejércitos poderosamente armados y decididos a conquistar mi isla.
Pero allí encontrarán lo que no esperan. Bastará que yo envíe emisarios a las demás islas de Borneo para que lleguen por docenas los paraos.
—Lo sé muy bien.
—Como ves, Yáñez, si quiero puedo desencadenar la guerra.
—Pero no lo harás, Sandokán. Cuando tengas a Mariana, no volverás a preocuparte de Mompracem ni de sus tigrecitos, ¿no es verdad?
Sandokán no contestó.
—Mariana tiene mucha energía y combatiría intrépidamente al lado del hombre que ama, pero no será nunca la reina de Mompracem, ¿no es así, Sandokán?
También esta vez el pirata guardó silencio.
—¡Tristes días se preparan para Mompracem! —continuó Yáñez—. Dentro de poco la formidable isla habrá perdido su prestigio y sus terribles tigres habrán desaparecido. En fin, poseemos tesoros cuantiosos y podemos ir a gozar de una vida tranquila en cualquier ciudad opulenta del extremo Oriente.
—¡Calla, Yáñez! —dijo Sandokán con voz sorda—. Tú no puedes saber qué les reserva el destino a los tigres de Mompracem.
—Puedo adivinar.
—Podrías equivocarte.
—¿Qué piensas?
—No puedo decirlo todavía, esperemos los acontecimientos. ¿Qué te parece si nos ponemos en marcha ya? Creo que allá abajo se aclara un poco la espesura.
—Vamos.
Se cogieron de las lianas y se dejaron caer al suelo. Pero no era fácil salir de la selva.
—¿Hacia dónde iremos, Sandokán? preguntó de pronto Yáñez, que no veía ni el sol para orientarse a través de aquella espesura.
—Te confieso que no sé hacia qué lado ir —contestó Sandokán—. Pero me parece ver un senderillo. Quizás nos conduzca fuera de...
—Un ladrido, ¿oíste?
—Sí.
—¡Los perros nos han descubierto! En lontananza resonó otro ladrido.
—¿Será sólo un perro o vendrá seguido de hombres? —dijo Yáñez.
—Puede que lo siga otro perro; un soldado no podría andar por este laberinto. Esperaré al animal y lo mataré.
—¿De un tiro?
—El disparo nos descubriría. Empuña tu kriss, Yáñez, y esperemos.
Un enorme perro de formidables mandíbulas y dientes agudísimos apareció en medio de una mata de césped.
Al ver a los piratas se detuvo un momento, los miró con sus ojos que parecían brasas y se lanzó adelante con un rugido aterrador.
Sandokán se había arrodillado, con el kriss en posición horizontal, en tanto Yáñez cogía la carabina por el cañón para servirse de ella como de una maza.

Dando un brinco el perro cayó sobre Sandokán y trató de apresarle por la garganta. Pero si aquella bestia era feroz, el Tigre de la Malasia no lo era menos. Rápido como el rayo adelantó la mano derecha, y la hoja del kriss desapareció casi por completo entre las fauces del animal. Al mismo tiempo Yáñez le descargaba tal mazazo que le hundió el cráneo.

—¡Ya tiene bastante! —dijo Sandokán mirando al perro agonizante.

—¡Vayámonos! ¡Corramos por el sendero!

A cada momento tropezaban con grandes arañas de desmesuradas dimensiones, multitudes de lagartos volantes y serpientes que se alejaban lanzando silbidos amenazadores.

Al cabo de un par de horas descubrieron un pequeño torrente de agua negra.

—¿Aprovechemos este paso? —propuso Yáñez. Asegurémonos de que el agua no sea muy profunda. El portugués cortó una rama y la sumergió en la corriente.

—No es profunda —dijo. Y descendieron al agua.

—¿Se ve algo? preguntó Sandokán.

—Me parece que allá abajo veo un poco de luz. Caminaron con dificultad a causa del escurridizo limo del fondo del arroyo, del que emanaban nauseabundos olores.

—¡Alguien se acerca! —exclamó de pronto Sandokán. Un potente mugido, que acalló el canto de los pájaros y las risas de los monos, resonó bajo la bóveda de verdura.

—¡En guardia, Yáñez! —dijo Sandokán—. ¡Hay un orangután al frente!

—¡Y otro enemigo, peor quizás!

—¿Qué dices?

—Mira en aquella rama que atraviesa el riachuelo. Sandokán se empinó y lanzó una rápida ojeada.

—¡Un orangután de una parte y una pantera, de la otra! ¡Vamos a ver si son capaces de cerrarnos el paso! ¡Prepara el fusil y estemos dispuestos a todo!

CAPÍTULO XXI EL ATAQUE DE LA PANTERA

Frente a los piratas estaban dos formidables enemigos. No demostraban intención de atacar a los hombres, porque se dirigían con rapidez uno contra otro como si quisieran medir sus fuerzas. Uno era una espléndida pantera de la Sonda; el otro, un orangután temible por sus fuerzas prodigiosas y su ferocidad.

La pantera, seguramente hambrienta, se quedó en una rama que caía sobre el riachuelo formando una especie de puente. Era una fiera bellísima, de un metro y medio de largo.

Su adversario, muy feo, mediría un metro cuarenta de estatura y unos brazos que no bajaban de dos metros y medio. Su cara larga y arrugada tenía aspecto feroz, especialmente sus ojillos. Estos monos no gustan de la compañía; generalmente evitan encontrarse con los hombres y con los otros animales, pero si se los irrita o se les amenaza son terribles y casi siempre triunfan a causa de su gran fuerza.

—Creo que asistiremos a una lucha a muerte —dijo Yáñez.

—Por ahora no quieren nada con nosotros —contestó Sandokán. Pero después tendremos que hacer frente al vencedor.

—Es probable que para entonces esté en malas condiciones como para poder impedirnos el paso.

—¡Mira, la pantera se impacienta!

—Y el mono ya no aguanta las ganas de romperle las costillas.

—Carga tu fusil, Sandokán, nunca se sabe lo que puede suceder.

Un rugido espantoso siguió a sus palabras. El orangután había llegado al colmo de la rabia. Al ver que la pantera no se decidía a abandonar la rama, se adelantó amenazador, golpeándose el pecho que resonaba como un tambor.

Al verlo acercarse, la pantera se recogió como preparándose para dar un salto, pero no parecía tener mucha prisa.

El orangután se sumergió en el río, cogió con ambas manos la rama sobre la que estaba su adversario y la sacudió con fuerza.

La pantera no pudo sostenerse y cayó al agua. Pero apenas había caído, volvió a lanzarse sobre la rama y de ahí se arrojó sobre el mono, incrustándole las garras en los hombros y en las costillas.

El orangután dio un aullido de dolor; la sangre le corría por la piel.

Satisfecha con el resultado de su ataque, la pantera procuró encaramarse a la rama, sirviéndose del ancho pecho del mono como punto de apoyo. Pero, a pesar de sus tremendas heridas, el orangután alargó con rapidez el brazo y cogió la cola de su contrincante. La apretó con tal fuerza, que la fiera dio un maullido de dolor.

—¡Pobre pantera! —dijo Yáñez.

—Está perdida —dijo Sandokán—. Si no puede soltarse, no escapará con vida.

El pirata no se engañaba.

Al sentir el orangután entre sus manos la cola de su enemiga, saltó sobre la rama. Reunió sus fuerzas, levantó en peso a la fiera, la hizo girar en el aire y la estrelló contra un enorme tronco.

Se oyó un golpe seco; en seguida la pobre bestia, abandonada por su enemigo, rodó por el suelo y se deslizó en las negras aguas del arroyo.

—No creí que ese monazo se desharía tan pronto de la pantera.

—¿No corremos el peligro de que ahora las emprenda contra nosotros? —preguntó Yáñez—. ¡Está furioso!

—Pero le chorrea la sangre por todas partes —dijo Sandokán—. ¿Por qué no se va?

—Creo que tiene su nido arriba de ese árbol.

—Entonces disparemos contra él y avancemos a lo largo del riachuelo. Somos hábiles tiradores, pero es mejor que nos acerquemos para no errar.

Mientras se disponían a atacar al orangután, éste se acurrucó en la orilla del río y se lavó las heridas con sus manos.

Sandokán y Yáñez se acercaron a la orilla opuesta. Apoyaron los fusiles en una rama y se aprestaban a disparar, cuando vieron que el orangután se ponía de pie de un salto y se golpeaba el pecho con furor.

—¡Nos habrá visto? —dijo Yáñez.

—No es con nosotros su furia. ¡Mira hacia allá, se mueven unas ramas!

—¿Serán los ingleses?

Alguien se acercaba apartando con precaución las hojas, ignorante del peligro. El mono estaba detrás de un tronco, dispuesto a destrozar al nuevo adversario. Ya no gemía ni aullaba; solamente anunciaba su presencia con su ronca respiración.

—¿Qué le sucede? —preguntó Yáñez. Alguien se acerca al mono.

—¿Hombre o animal?

—Todavía no logro distinguir al imprudente.

—¿Y si es un pobre indígena?

—No le dejaremos tiempo al mono para que lo mate. ¡Ah, he visto una mano!

—¿Blanca o negra? Negra.

En ese momento el gigantesco orangután se precipitaba en medio de la espesura con un aullido espantoso. Se oyó un grito, seguido de dos tiros. Sandokán y Yáñez habían hecho fuego.

Herido en la espalda, el mono se volvió y vio a los piratas, dio un salto enorme y cayó en el río.

Sandokán empuñó el kriss, resuelto a luchar cuerpo a cuerpo. El animal se le vino encima, cuando se oyó un grito en la orilla opuesta:

—¡El capitán!

En seguida resonó un disparo. El orangután cayó muerto en el arroyo.

El hombre que acababa de matar al temible mono se lanzó al río y gritó:

—¡El capitán! ¡El señor Yáñez! ¡Qué contento estoy de haberle metido una bala en el cráneo a ese orangután!

—¡Paranoa! —exclamaron con júbilo los dos piratas.

—¡En persona!

—¿Qué haces en esta selva?

—Lo buscaba, mi capitán. Vi a varios ingleses acompañados de perros y me figuré que los buscaban por aquí.

—¿Llegaron ya todos los paraos? preguntó Sandokán con ansiedad.

—Cuando salí a buscarlos no había venido ninguno más que el mío.

—¿Cuándo te alejaste de la boca del río?

—Ayer por la mañana.

—Quizás los empujó la tempestad muy al norte —murmuró el Tigre.

—Puede ser, mi capitán dijo Paranoa.

—¿Perdiste algún hombre durante la borrasca?

—Ni uno siquiera, mi capitán.

—Y el barco, ¿ha sufrido algún daño?

Muy pocas averías, que ya están reparadas.

—¿Lo tienes escondido en la bahía?

—Lo dejé en alta mar por temor a alguna sorpresa y desembarqué solo.

—¿Estamos muy lejos de la bahía?

—No, llegaremos allá antes del anochecer —contestó Paranoa.

—¡No son más que las dos de la tarde! Por lo visto nos espera un buen trozo de camino.

—Esta selva es muy grande, señor Yáñez, y muy difícil de atravesar.

—¡En marcha! —dijo Sandokán, poseído de viva agitación—. Temo que haya sucedido algo.

—¿Que se hayan perdido los paraos?

—Sí, Yáñez. Si no los encontramos en la bahía ya no los volveremos a ver.

—¿Qué haremos entonces, Sandokán?

—¿Y tú me lo preguntas, hermano? ¡Como si el Tigre de la Malasia se asustara y doblara la rodilla ante el destino! ¡Continuaremos la lucha!

—Piensa que tenemos sólo cuarenta hombres en el parao.

—¡Cuarenta tigres que, guiados por nosotros, harán milagros!

—¿Quieres atacar la quinta?

—Eso ya se verá. Pero te juro que no saldré de Labuán sin llevarme a Mariana, aunque tenga que luchar contra toda la guarnición de Victoria. Quizás de ella dependa la salvación o la caída de Mompracem. ¡El destino de Mompracem está en sus manos, Yáñez!

Guiados por Paranoa subieron a la orilla del río y se internaron por un antiguo sendero

que había descubierto el malayo algunas horas antes.

Durante cinco horas caminaron por el bosque y a la puesta del sol llegaban al riachuelo que desembocaba en la bahía. Había caído la noche cuando llegaron finalmente a la bahía.

—Mire, capitán —dijo Paranoa—. Allá se distingue el farol de nuestro parao.

—¿Qué señal hay que hacerle para que se acerque?

—Encender dos hogueras en la costa —contestó Paranoa.

—Vamos hacia la punta más saliente de la península —dijo Yáñez—. Les señalaremos la ruta más exacta.

Un momento después los tres piratas vieron desaparecer el farol blanco del parao y brillar un punto rojo. Ya nos han visto dijo Paranoa; podemos apagar las hogueras.

—No —dijo Sandokán—. Pueden servir para indicar a tus hombres la verdadera dirección. Ninguno de ellos conoce la bahía, ¿verdad?

—No, capitán.

—Pues, entonces, guiémoslos.

Se sentaron los tres en la playa con los ojos fijos en el farol rojo, que había cambiado de dirección.

Diez minutos más tarde ya se veía el parao. Sus inmensas velas estaban desplegadas, y se oía el chocar del agua en la proa. Parecía un pájaro gigantesco deslizándose sobre el mar.

Llegó a la bahía y embocó el canal, entrando en la boca del arroyo. Al verlo anclar cerca de un bosque de cañas, los tres piratas se le acercaron.

Con un gesto Sandokán impuso silencio a la tripulación, que iba a saludar a los dos jefes con una explosión de alegría.

—Es posible que no estén muy lejos nuestros enemigos —les dijo—, y les pido que guarden el más absoluto silencio para que no nos sorprendan antes de realizar mis proyectos.

En seguida, volviéndose hacia su segundo jefe, le preguntó con emoción tan viva que le hacía temblar la voz:

—¿No han llegado los otros dos paraos?

—No, Tigre —contestó el pirata—. Durante la ausencia de Paranoa recorrí todas las costas vecinas, llegando hasta las de Borneo, pero no pudimos ver a ninguno de nuestros barcos.

—¿Qué crees que haya ocurrido?

—Creo, Tigre de la Malasia, que nuestros dos barcos se han hecho pedazos en las costas septentrionales de Borneo.

Sandokán se clavó las uñas en el pecho.

—¡Fatalidad! ¡Fatalidad! —murmuró—. ¡La niña de los cabellos de oro traerá la desgracia a los tigres de Mompracem!

—¡Ánimo, hermano! —le dijo Yáñez, poniendo una mano sobre su hombro—. No nos desesperemos todavía. Quizás nuestros paraos fueron arrastrados lejos y con tan grandes averías que no hayan podido volver hasta ahora al mar. Mientras no encuentre sus restos no creeré que se hayan hundido.

—Pero no podemos esperar más, Yáñez. No sé si el lord permanecerá mucho tiempo en su quinta.

—Si se aleja, ahora tenemos bastantes hombres para atacarlo en el camino y raptar a su sobrina. ¿Intentarías un golpe de tal naturaleza?

—¿Y por qué no? Estoy madurando un magnífico plan y estoy seguro que dará excelente resultado. Déjame descansar esta noche y mañana haremos lo que haya que hacer.

—Confío en ti, Yáñez.

—No dudes, hermano.

—Sin embargo, no podemos dejar aquí el parao, pueden descubrirlo.

—Ya pensé en eso, Sandokán. Paranoa ya recibió sus instrucciones. Ahora, vamos a comer algo y luego nos iremos a acostar a nuestras camas. Te confieso que ya no puedo más de cansancio.

Calmada el hambre de tantas horas, se tendieron en sus literas. El portugués se durmió en seguida. Pero Sandokán tardó bastante en cerrar los ojos.

Tristes pensamientos y siniestras inquietudes lo tuvieron en vela varias horas.

Cuando volvió a subir a cubierta, vio que los piratas habían logrado esconder el parao. Lo empujaron hacia las márgenes de la laguna y lo ocultaron en medio de un bosque muy espeso. Cualquiera que pasara por ahí pensaría que se trataba de un grupo de plantas y de ramaje que la corriente había arrastrado hasta allí.

—¡Brillante idea! —dijo Sandokán.

—Pues ven ahora conmigo a tierra. Ya hay veinte hombres que nos esperan.

—¿Qué piensas hacer, Yáñez?

—Lo sabrás después. ¡Al agua la chalupa y mantengan la guardia!

CAPÍTULO XXII EL PRISIONERO

Atravesaron el riachuelo, y Yáñez condujo a Sandokán en medio de un bosque, donde los aguardaban escondidos entre los árboles veinte hombres, armados hasta los dientes y provistos de un saco de víveres y un cobertor de lana.

Paranoa y el subjefe, Ikant, estaban allí.

—¿Están todos? —preguntó Yáñez.

—Todos —contestaron los hombres.

—Escúchame con atención, Ikant. Tú volverás a bordo y, ante cualquier cosa que suceda, enviarás a un hombre que encontrará siempre a otro compañero esperando sus órdenes. Nosotros te transmitiremos nuestros mandatos, los que pondrás en ejecución inmediatamente sin el menor retraso.

Ikant saltó a la canoa y Yáñez echó a andar, remontando el curso del río.

—¿Adónde nos conduces? —preguntó Sandokán, que no comprendía nada.

—Espera un poco, hermanito. Ante todo, dime cuánto dista del mar la quinta de Guillonk.

—Cerca de cuatro kilómetros en línea recta.

—Entonces tenemos hombres más que suficientes.

—Pero, ¿qué vas a hacer?

—¡Ten un poco de paciencia, Sandokán!

Se orientó por medio de una brújula y se internó bajo los árboles, a paso rápido.

Recorrió cuatrocientos metros, se detuvo y se volvió hacia uno de los marineros.

—Instala aquí tu domicilio y no lo abandones por ningún motivo sin que nosotros te lo ordenemos. El río está a cuatrocientos metros, por lo tanto te puedes comunicar con facilidad con el parao. A igual distancia hacia el Este estará otro de tus compañeros. Cualquiera orden que te transmitan del parao se la comunicas a tu compañero más próximo. ¿Has entendido?

—Sí, señor Yáñez.

Mientras el malayo preparaba una cabañita junto al árbol, el grupo se puso en marcha,

dejando a otro hombre a la distancia indicada.

—¿Comprendes ahora, Sandokán?

—Sí —contestó éste—, y te admiro. Y nosotros, ¿dónde acamparemos?

—En el sendero que conduce a Victoria. Desde allí podremos ver quién va o viene de la quinta e impedir que el lord huya sin que lo sepamos.

—¿Y si no se decide a marcharse?

—¡Por la gran carabina! ¡Atacaremos la quinta y nos robaremos a la muchacha!

—No llevemos las cosas a ese extremo, Yáñez. Lord James es capaz de matar a Mariana.

—¡Eso no! ¡Nunca me consolaría si ese bribón le hace algo a la niña!

—¿Y yo? ¡Sería la muerte del Tigre de la Malasia!

—Lo sé demasiado bien. ¡Estás hechizado! Llegaban en ese momento a las márgenes de la selva. Al otro lado se extendía una pequeña pradera, con varios grupos de arecas y maleza y atravesada por un ancho sendero donde crecía la hierba.

—La quinta no ha de estar lejos —dijo Yáñez.

—Distingo la empalizada por detrás de aquellos árboles.

—¡Perfecto! —exclamó Yáñez.

Ordenó a Paranoa que armara la tienda en el extremo del bosque ayudado por los seis hombres que lo acompañaban.

Sandokán y Yáñez fueron hasta unos doscientos metros de la cerca y luego volvieron al bosque y se tendieron bajo la tienda.

—Estamos al lado del sendero que va a Victoria dijo Yáñez. Si el lord quiere salir, pasará obligadamente junto a nosotros. En menos de media hora podemos reunir veinte hombres decididos a todo, y en una hora tener aquí toda la tripulación del parao. ¡Que intente moverse y lo acorralaremos!

—¡Sí! —exclamó Sandokán—. Estoy resuelto a lanzar mis hombres contra un regimiento entero.

—Por ahora —dijo Yáñez—, hagamos algo por la vida. Este paseo matinal me ha abierto el apetito de modo extraordinario.

Ya habían terminado de comer, cuando entró Paranoa jadeante.

—¿Qué sucede? —preguntó Sandokán, echando mano a su fusil al ver el rostro alterado del malayo.

—Alguien se acerca, mi capitán, oí el galope de un caballo.

—Será un inglés que va a Victoria.

—No, Tigre, viene de allá.

—¿Está todavía lejos? —preguntó Yáñez.

—Eso creo.

Los dos piratas cogieron las carabinas y salieron, en tanto los seis hombres se emboscaban en medio de la maleza.

Sandokán se dirigió al sendero, se puso de rodillas y apoyó el oído en el suelo.

—Sí, se acerca un jinete dijo.

—Te aconsejo que lo dejes pasar sin molestarlo —dijo Yáñez.

—¡Ni lo pienses! Lo haremos prisionero, hermanito. Puede que vaya a la quinta con algún mensaje importante.

—Es difícil cogerlo sin que dispare.

—Al contrario. Pondremos un obstáculo y el jinete saldrá despedido de la silla sin que pueda utilizar su arma. Ven, Paranoa, trae una cuerda.

—¡Comprendo! —exclamó Yáñez—. ¡Magnífica idea! ¡Y se me ocurre otra para

utilizar al prisionero!

—¿Por qué te ríes?

—¡Ya verás la jugarreta que le haremos al lord! Paranoa y sus hombres tendieron una cuerda muy sólida a través del sendero, pero bastante baja para que quedara oculta con las hierbas que crecían en aquel sitio. El caballo se acercaba rápidamente. Lo montaba un joven cipayo vestido de uniforme. Espoleaba con furia al animal, mirando con recelo en derredor.

—¡Atención, Yáñez! murmuró Sandokán.

El caballo avanzó galopando hacia donde estaba la cuerda. De pronto cayó al suelo. Los piratas ya estaban allí. Antes de que el cipayo saliera de debajo del caballo, Sandokán le había quitado el sable y lo amenazaba con el kriss.

—No opongas resistencia, porque te cuesta la vida le dijo.

—¡Miserables! —exclamó el soldado.

—¡Por Baco! —exclamó el portugués, muy contento—. Haré bonita figura en la quinta. ¡Yáñez, sargento de cipayos! ¡Un grado que no esperaba!

Ató al animal, que no sufrió el menor daño, a un árbol, y se reunió con Sandokán, que registraba al sargento.

—No encuentro ninguna carta —dijo.

—Por lo menos hablará —dijo Yáñez.

—No hablaré —contestó el sargento.

—¡Habla o te mato!

—¡No!

—¡Habla! —ordenó Sandokán, empujando el kriss. El inglés dio un grito de dolor; el kriss le hizo brotar sangre.

—Hablaré murmuró, muy pálido.

—¿Adónde ibas?

—A casa de lord Guillonk.

—¿Con qué misión?

—Llevo una carta del baronet William Rosenthal.

—¡Dámela!

El cipayo sacó una carta de su casco.

—¡Bah, cosas viejas! —dijo Yáñez después de leerla.

—¿Qué escribe ese perro? —preguntó Sandokán furioso.

—Advierte al lord de un inminente desembarco nuestro en Labuán, y le aconseja vigilancia.

—¿Nada más?

—¡Ah, sí! Envía sus respetuosos saludos a tu Mariana, acompañándolos de un juramento de amor eterno.

—¡Que un rayo parta por la mitad a ese maldito!

—Paranoa —dijo Yáñez impasible—, envía un hombre al parao para que me traiga papel, pluma y tinta.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó Sandokán asombrado.

—Son cosas que necesito para la ejecución del proyecto que vengo meditando hace media hora.

—Expícate.

—Voy a ir a la quinta de lord James.

—¡Tú!

—Yo mismo, yo —contestó Yáñez con calma.

—Pero, ¿cómo?

—Metido en el traje de ese cipayo. ¡Caramba el soldado espléndido que seré!
—Comienzo a entender. Te vistes de cipayo, y finges que llegas de Victoria...
—Y aconsejo al lord que se ponga en camino para hacerle caer en la emboscada que le preparamos.

—¡Ah, Yáñez! —xclamó Sandokán y lo estrechó contra su pecho.

—¡Espacio, que me quiebras un brazo!

—¡Si logras lo que te propones, te lo daré todo!

—Espero conseguirlo.

—Pero te expones a un gran peligro.

—No temas, saldré del apuro con honra y sin que se me mueva un pelo.

—Ten cuidado con la carta que quieres escribir al lord. Es un hombre muy suspicaz, y si ve que la letra no es la misma del baronet, puede mandar que te fusilen.

—Tienes razón. Es mejor que le diga de palabra lo que quería decirle por escrito. ¡Vamos, desnuden a ese cipayo!

A una seña de Sandokán, dos piratas desataron al soldado y le quitaron el uniforme. El pobre hombre se creyó perdido.

—¿Va a matarme? —preguntó a Sandokán.

—No —contestó éste—. Tu muerte no me reporta utilidad alguna; te dejo la vida, pero quedarás prisionero en mi parao mientras nosotros permanezcamos aquí.

—¡Muchas gracias, señor!

En tanto, Yáñez se vestía. Aunque el uniforme le quedaba un poco estrecho, se arregló como pudo y se equipó por completo.

—¡Mira qué soldado más elegante! —dijo mientras se ponía el sable al costado.

—Sí, es cierto, eres un magnífico cipayo —contestó Sandokán riendo. Ahora dame tus últimas instrucciones.

—Mira —dijo el portugués—, prosigue emboscado en este sendero con todos los hombres disponibles; pero no te muevas de aquí. Diré al lord que los piratas han sido atacados y están dispersos, y que como se han visto otros paraos, le aconsejaré que aproveche este momento para ir a refugiarse a Victoria.

—¡Muy bien!

—En cuanto nosotros pasemos, tú atacas la escolta. Entonces yo llevaré a Mariana al parao. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí. ¡Anda, vete, mi valeroso amigo! Di a Mariana que la amo siempre y que tenga confianza en mí. ¡Que Dios te guarde, Yáñez!

—¡Adiós, hermanito! —contestó Yáñez, abrazándolo. Saltó con ligereza al caballo del cipayo, desenvainó el sable y partió al galope, silbando alegremente.

CAPÍTULO XXIII YÁÑEZ EN LA QUINTA

La misión del portugués era, sin duda alguna, de las más arriesgadas y audaces que había afrontado en toda su vida. Sin embargo, el pirata se disponía a jugar tan peligrosa carta confiado en su sangre fría y, sobre todo, en su buena estrella, que nunca se había cansado de protegerlo.

Se acomodó en la silla, se atusó el bigote para dar más arrogancia a su rostro, se colocó el casco, espoleó el caballo y lo lanzó al galope.

Al cabo de dos horas llegaba a la quinta de lord James.

—¿Quién vive? —preguntó un soldado escondido detrás de un tronco.

—¡Eh, jovencito, baja el fusil, mira que no soy un tigre ni una babirusa! —dijo el portugués, conteniendo el caballo—. ¿No ves que soy tu superior?

—Perdone, pero tengo orden de no dejar entrar a nadie sin saber de parte de quién viene.

—¡Animal! Vengo de parte del baronet William Rosenthal con un mensaje para el lord.

—Pase.

Seis soldados lo rodearon fusil en mano.

—¿Dónde está el lord? les preguntó.

—En su escritorio.

—Llévenme allí.

—¿Viene de Victoria?

—Precisamente.

—¿No se ha encontrado con los piratas de Mompracem?

—No he visto ni uno solo, compañero. Esos tunantes tienen cosas más importantes que hacer que andar paseando por ahí.

Imitando la calma y la rigidez de un inglés, siguió al sargento hasta un elegante saloncito. Esperó un rato.

—El lord lo espera —dijo el sargento asomándose, y le indicó una puerta abierta. El portugués sintió que un escalofrío le corría por los huesos.

—¡Yáñez, sé prudente! —musitó.

Entró al escritorio. En un ángulo, sentado ante una mesa de trabajo, estaba el lord, con el rostro pálido y la mirada colérica.

—¿Le ha dado el baronet algún recado para mí? —preguntó en tono seco.

—Sí, milord.

—Entonces hable.

—Le comunica que el Tigre de la Malasia está rodeado por nuestras tropas cerca de la costa sur de la isla. Lord James se puso de pie con los ojos brillantes de alegría.

—¿Está seguro?

—Segurísimo, milord.

—¿Quién es usted?

—Soy pariente del baronet William.

—Entonces sabrá que mi sobrina...

—Sí, es la prometida de mi primo William.

—¿Cuándo encontraron a Sandokán?

—Esta mañana al amanecer, al atravesar un bosque a la cabeza de una gran banda de piratas.

—¡Ese hombre es un demonio! ¿Cómo llegó tan lejos en pocas horas?

—Dicen que llevaba caballos.

—Así lo comprendo. ¿Y dónde está mi buen amigo William?

—A la cabeza de las tropas.

—¿Están lejos de aquí los piratas? A unos doce kilómetros.

—¿Qué más me manda decir?

—Le ruega que salga en seguida de la quinta y se vaya a Victoria. Teme que el Tigre de la Malasia con sus ochenta piratas se lance sobre la quinta.

El lord lo miró en silencio y luego dijo, como si hablara consigo mismo:

—En realidad, eso puede suceder. Al amparo de los fuertes y de los barcos de Victoria

estaré más seguro que aquí. William tiene razón. ¡Yo le arrancaré a mi sobrina esa pasión que siente por el infame pirata y se casará con el hombre que le he destinado!

Yáñez llevó instintivamente la mano a la empuñadura del sable, pero se contuvo.

—Milord —dijo—, ¿me permite hablar con mi futura pariente? Tengo algo que decirle de parte de William. Por supuesto, aunque desde ya le digo que lo recibirá muy mal.

—¡No me importa! —respondió Yáñez sonriendo—. Le diré lo que me ha dicho William y nada más.

—Procure convencerla y después vuelva acá, porque cenaremos juntos.

Yáñez saludó con una cortés inclinación y siguió al criado que lo condujo a un saloncito donde lo esperaba una elegante figura vestida de blanco.

Aun cuando iba preparado, el portugués no pudo reprimir un gesto de admiración al ver a la hermosa joven. Estaba muy pálida y sus ojos azules, habitualmente tan serenos, despedían relámpagos de cólera.

—¿Quién es usted? —preguntó cuando hubo salido el criado—. ¿Quién le ha permitido entrar aquí?

—Su tío, milady —contestó Yáñez.

—¿Y qué quiere?

—Ante todo una pregunta. ¿Está segura de que nadie puede oírnos?

—Estamos solos respondió ella asombrada.

—Bien. milady; vengo de Mompracem.

Mariana corrió hacia él como empujada por un resorte, y su palidez desapareció en el acto.

—¡De Mompracem! ¡Usted! ¡Un inglés!

—No soy inglés. Soy Yáñez.

—¡Yáñez, el amigo, el hermano de Sandokán! ¿Dónde está él? ¿Está herido?

¡Dígame todo, o me muero!

—Sandokán vive y está emboscado cerca del sendero que conduce a Victoria, dispuesto a raptarla.

—¡Gracias, Dios mío, por haberlo protegido! —exclamó la joven con los ojos llenos de lágrimas.

—Ahora escúcheme, milady. He venido para convencer al lord de que se retire a Victoria. Sandokán atacará la escolta y se apoderará de usted en cuanto estemos fuera de la quinta.

—¿Y mi tío?

—Respetaremos su vida.

—¿Adónde piensa Sandokán llevarme? A su isla.

Mariana inclinó la cabeza y guardó silencio.

—Milady —dijo Yáñez con voz grave—, no tema. Sandokán es uno de esos hombres que saben hacer feliz a una mujer. Fue terrible, cruel, pero el amor lo ha cambiado de tal modo que le juro que usted nunca se arrepentirá de ser la mujer del Tigre de la Malasia.

—¡Le creo, Yáñez! —exclamó la muchacha—. ¿Qué importa que haya sido tan atroz su pasado? Yo haré de él otro hombre. Abandonaré mi isla y él abandonará Mompracem e iremos tan lejos que no volverán a oír hablar de nosotros. Viviremos juntos, olvidados de todos, pero felices y nadie sabrá nunca que el marido de la Perla de Labuán es el antiguo Tigre de la Malasia. ¡Sí, seré su esposa y lo amaré siempre!

—Ahora es preciso convencer a su tío a dirigirse a Victoria.

—Tenga cuidado, Yáñez, porque es muy desconfiado. Es verdad que usted es un

hombre blanco, pero él sabe que Sandokán tiene un amigo europeo.

—Seré prudente.

El portugués salió del saloncito como embriagado por la belleza de aquella mujer.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. ¡Empiezo a envidiar a ese bribón de Sandokán!

Lord James lo aguardaba paseándose por la habitación.

—Y bien, ¿qué acogida le brindó mi sobrina? —preguntó con ironía.

—Me pareció que no le gusta oír hablar de mi primo William —repuso Yáñez—.

Poco faltó para que me echara del salón.

El lord movió la cabeza y las arrugas de su frente se hicieron más profundas.

—¡Siempre lo mismo! murmuró, rechinando los dientes.

Siguió recorriendo a grandes trancos la habitación.

—Entonces, ¿usted me aconseja que me marche?

—Sí, milord —contestó Yáñez—. Aproveche esta buena ocasión para refugiarse en Victoria.

—¿Y si Sandokán ha dejado hombres ocultos en el parque? Me han dicho que lo acompaña un hombre blanco que se llama Yáñez, tan audaz y peligroso como él.

Yáñez tuvo que hacer un esfuerzo por contener la risa. Miró muy serio al lord y dijo:

—Milord, yo no tengo miedo de esos tunantes. ¿Quiere que haga un reconocimiento de los alrededores?

—Se lo agradecería. ¿Necesita escolta?

—No, gracias, prefiero ir solo, así puedo ocultarme en los bosques sin llamar la atención.

—Tiene razón. ¿Cuándo partirá? Ahora mismo.

—¡La sangre de los Rosenthal es sangre de valientes! —murmuró lord James—. Vuelva pronto, recuerde que lo espero a cenar.

El portugués saludó militarmente, se puso el sable debajo del brazo y salió al parque.

—¡Y ahora, a buscar a Sandokán! —murmuró cuando estuvo lejos—. Ya verá, milord, la exploración que voy a hacer. ¡Tenga la seguridad de que no encontraré ni rastro de los piratas! No soñé que me resultara tan bien esta combinación.

Así monologando, atravesó el parque y tomó el sendero que conducía a Victoria. Apenas había recorrido unos mil metros, cuando un fusil le apuntó al pecho mientras una voz amenazante gritaba:

—¡Ríndete o te mato!

—¿No me conoces, Paranoa?

—¡El señor Yáñez! —exclamó el malayo.

—En carne y hueso. Corre a decir a Sandokán que lo espero aquí, y ordena a Inioko que tenga listo el parao.

—¿Nos marchamos?

—Probablemente este noche. ¿Llegaron los otros dos paraos?

—No, señor Yáñez. Tememos que se hayan perdido.

El pirata partió con la velocidad de una flecha. No habían transcurrido veinte minutos cuando apareció Sandokán, seguido de Paranoa y otros cuatro piratas.

—¡Yáñez, amigo mío! ¡Estaba tan preocupado por ti! ¿La viste?

—Como ves, represento mi papel de pariente del inglés a la perfección; nadie ha dudado de mí. ¡Ni mucho menos el lord! Imagínate que hoy me espera a cenar.

—¿Viste a Mariana?

—Sí, y me pareció tan hermosa que me llegué a marear. Cuando se puso a llorar...

—¿Ha llorado? —gritó Sandokán—. ¡Dime quién la hizo llorar para arrancarle el

corazón!

—Pero, Sandokán, ¡si lloraba por ti!

—¡Ah! Cuéntamelo todo, Yáñez, te lo ruego.

El portugués no se hizo de rogar y le relató todo lo sucedido.

—¿El lord saldrá esta misma noche? —preguntó ansioso el Tigre cuando Yáñez terminó de hablar.

—Así lo supongo.

—¿Cómo lo sabré?

—Envía a uno de tus hombres al invernadero y que allí espere mis órdenes.

—¿Hay centinelas repartidos por el parque?

—No los he visto.

—¿Y si fuera yo mismo?

—No, Sandokán, tú no debes abandonar este sendero. El lord puede acelerar la partida y se precisa tu presencia para que guíes a nuestros hombres.

—Enviaré a Paranoa, entonces. Es diestro y prudente. Apenas se haya puesto el sol irá a esperar tus órdenes. Espero que el lord no cambie de idea, pues nosotros no podemos permanecer mucho tiempo aquí. Debemos partir antes de que en Victoria se sepa dónde estamos porque en Mompracem hay pocos hombres.

—¡Tiemblo por mi isla!

—Procuraré que el lord apresure la marcha. Mientras tanto haz armar el parao y reúne aquí a toda la tripulación.

Se estrecharon la mano y se separaron.

Yáñez regresó y comenzó a pasear por el parque, pues todavía era demasiado temprano para presentarse al lord.

En una senda próxima a la casa se cruzó con Mariana.

—¡Ah, milady, qué suerte encontrarla! —dijo.

—Lo buscaba —contestó la joven—. Dentro de cinco horas salimos para Victoria, así lo ha dicho mi tío.

—Sandokán está preparado.

—¡Dios mío! —murmuró ella, y se tapó el rostro con las manos.

—¡No llore, lady Mariana! —dijo Yáñez.

—¡Tengo miedo, Yáñez!

—Escúcheme —dijo el portugués, llevándola hacia un sendero más apartado—. Muchos creen que Sandokán es un vulgar pirata salido de las selvas de Borneo, ávido de sangre y de víctimas. Pero se equivocan: es de estirpe real y no un pirata sino un vengador. Tenía veinte años cuando subió al trono de Muluder. Fuerte como un león, audaz como un tigre, valiente hasta la locura, al cabo de poco tiempo venció a todos los pueblos vecinos y extendió las fronteras de su reino hasta el de Varauni. Aquellas campañas le fueron fatales, pues ingleses y holandeses, celosos de una nueva potencia que iba a sojuzgar la isla entera, se aliaron con el sultán de Borneo para atacarlo. Concluyeron por hacer pedazos el nuevo reino. Sicarios pagados asesinaron a la madre y a los hermanos y hermanas de Sandokán; bandas poderosas invadieron el reino, saqueando, asesinando, cometiendo atrocidades inauditas. En vano Sandokán luchó con el furor de la desesperación. Todos sus parientes cayeron bajo el hierro de los asesinos, pagados por los blancos, y él mismo apenas pudo salvarse, seguido de una pequeña tropa de leales. Anduvo errante varios años por las costas de Borneo, sin víveres, sufriendo horribles miserias, en espera de reconquistar el trono perdido y de vengar a su familia asesinada. Hasta que una noche, perdida toda esperanza, se embarcó en un parao y juró guerra a muerte a la raza blanca y al sultán de Varauni. Arribó a Mompracem, contrató

hombres y empezó a piratear en el mar. Devastó las costas del sultanato, asaltó barcos holandeses e ingleses y terminó siendo el terror de los mares, convertido en el terrible Tigre de la Malasia. Usted ya sabe lo demás.

—¡Ah, Yáñez, qué bien me hacen sus palabras! —dijo Mariana—. Porque lo amo tanto que sin él la vida para mí sería un martirio.

—Volvamos ya a la quinta, milady. Dios velará por nosotros.

La condujo a la casa y subieron al comedor, donde ya estaba lord James.

—Me alegro que esté aquí —dijo—. Al verlo salir del parque temí que le sucediera alguna desgracia.

—Quise asegurarme por mí mismo de que no hay ningún peligro, milord.

Éste quedó silencioso durante algunos instantes, y en seguida se dirigió a Mariana.

—¿Has escuchado que nos vamos a Victoria?

—Sí —contestó ella con sequedad.

—¿Vendrás?

—Usted sabe demasiado bien que me sería inútil resistir.

—¡Antes que ser la mujer de ese perro que se llama Sandokán, prefiero matarte! exclamó el lord furioso. Anda a hacer los preparativos para el viaje.

La joven salió de la habitación cerrando violentamente la puerta.

—¿La ha visto? —dijo el lord volviéndose hacia Yáñez—. Cree que puede desafiarme, pero se engaña. ¡Vive Dios que lo evitaré aunque tenga que hacerla pedazos!

Yáñez cruzó los brazos para no caer en la tentación de echar mano del sable. Hubiera dado la mitad de su sangre por liquidar a aquel viejo siniestro en ese mismo momento.

Cenaron en silencio. Antes de levantarse de la mesa, Yáñez preguntó:

—¿Nos marcharemos pronto, milord?

—Sí, a medianoche. Llevaremos una escolta de doce soldados muy fieles y diez indígenas.

—Con esas fuerzas no tenemos nada que temer.

—¡Usted no conoce a los piratas de Mompracem! Si nos encontramos con ellos, no sé de quién sería la victoria.

—¿Me permite, milord, bajar al parque? Quisiera vigilar los preparativos de los soldados.

—Vaya, amigo, vaya.

El portugués salió y descendió rápidamente la escalera, pensando: "Creo que llegaré a tiempo para prevenir a Paranoa. Sandokán podrá preparar una magnífica emboscada".

Se acercó al invernadero sigilosamente y empujó la puerta.

De inmediato se alzó ante él una sombra y una mano le puso una pistola al pecho.

—¡Soy yo, Paranoa! —dijo—. Vete en seguida a advertir a Sandokán que dentro de unas pocas horas saldremos de la quinta.

—¿Son muchos?

—Unos veinte.

El malayo se lanzó por la senda y desapareció en medio de las sombras que proyectaban los árboles. Cuando Yáñez volvió a la casa, el lord bajaba la escalera. Tenía su sable y una carabina en la mano. Mariana lo seguía.

Ya no era la enérgica muchacha que horas antes hablara con tanto fuego y valentía. La idea de tener que dejar para siempre aquellos lugares para lanzarse a un porvenir incierto entre los brazos de un hombre a quien llamaban el Tigre de la Malasia, parecía aterrarla. Cuando montó a caballo no pudo refrenar las lágrimas.

A una orden de lord James, el pelotón se puso en marcha y tomó el sendero que conducía a la

emboscada. El anciano se volvía de cuando en cuando y lanzaba a Mariana una mirada en la cual se leían terribles amenazas.

Ya habían recorrido cerca de dos kilómetros cuando se oyó un ligerísimo silbido.

Yáñez, que esperaba el asalto de un momento a otro, desenvainó el sable y se puso entre el lord y Mariana.

—¿Qué pasa? —preguntó el lord, volviéndose bruscamente.

—¿No ha oído?

—¿Un silbido?

—Sí.

—¿Y qué?

—Eso quiere decir, milord, que mis amigos nos rodean —contestó Yáñez.

—¡Ah, traidor! —gritó el lord.

—Señor, ya es muy tarde —dijo el portugués, poniéndose delante de Mariana.

En efecto, en ese instante dos mortales descargas derribaron a cuatro hombres y siete caballos. Luego, treinta tigres de Mompracem salieron de la espesura, lanzando gritos feroces y atacaron con furia a la escolta.

El lord lanzó un rugido. Con una pistola en la mano izquierda y el sable en la derecha, se fue como un rayo hacia Mariana.

—¡Espera un poco, viejo lobo de mar —gritó Yáñez—, que te voy a acariciar con la punta de mi acero! —

—Te mataré, traidor! —contestó el lord.

Se lanzaron uno contra otro, Yáñez resuelto a sacrificarse por salvar a la joven, y el inglés decidido a todo por arrebatársela al Tigre de la Malasia.

Los soldados se atrincheraron detrás de los cadáveres de sus caballos y se defendían valerosamente. Cimitarra en mano, Sandokán procuraba deshacer aquella muralla de hombres para ir a socorrer al portugués. Rugía, hendía cabezas a diestra y siniestra. La resistencia de los ingleses no podía durar mucho más.

—¡Mantente firme, Yáñez! —gritó Sandokán.

Pero en ese mismo instante el sable de Yáñez se rompió por mitad.

—¡Socorro, Sandokán! gritó.

El lord se le fue encima, lanzando un grito de triunfo. Pero el portugués evitó el sablazo y con la cabeza le pegó en la mitad del pecho al viejo, quien cayó pesadamente al suelo.

Viendo caer a su lado a un soldado herido de un hachazo, el lord le gritó:

—¡Mata a Mariana! ¡Te lo ordeno!

Con un esfuerzo titánico, el soldado se irguió sobre las rodillas y empuñó la bayoneta. Pero no tuvo tiempo de disparar pues a dos pasos estaba el Tigre, que lo remató con su sable.

—¡Victoria! exclamó el pirata, abrazando a la joven.

Saltó fuera de aquel ensangrentado lugar y huyó hacia el bosque, en tanto que sus hombres acababan con los últimos ingleses.

El lord, arrojado por Yáñez contra el tronco de un árbol, quedó medio atontado entre los cadáveres que cubrían el sendero.

CAPÍTULO XXIV LA MUJER DEL PIRATA

La noche era magnífica. La luna brillaba en un cielo sin nubes. Todo era silencio; todo

era misterio y paz.

El parao había salido de la boca del riachuelo, huyendo con rapidez hacia occidente, y dejaba atrás la isla de Labuán, que apenas se distinguía entre las sombras.

Sandokán consolaba a Mariana estrechándola contra su pecho.

—No llores, amor mío le decía, yo te haré feliz. Nos iremos lejos de estas islas, enterraremos el pasado y jamás volveremos a oír hablar de mis piratas ni de Mompracem. Mi gloria, mi poderío, mis sangrientas venganzas, mi temido nombre, todo lo olvidaré por ti. Refrenaré los ímpetus de mi salvaje naturaleza, abandonaré el mar del que me creía el amo. Te daré una nueva isla, más alegre, porque te amo.

—¡Yo también te amo, Sandokán, como nunca mujer alguna amó sobre la tierra!

—¡Ay de quien pretenda hacerte daño! —exclamó el pirata—. Mañana estaremos seguros en mi inaccesible roca, donde nadie tendrá el atrevimiento de atacarnos, y después, cuando haya desaparecido todo peligro, iremos donde tú quieras, mi amor.

Mariana dejó escapar un profundo suspiro, que casi parecía un gemido. En ese instante se escuchó la voz de Yáñez que decía:

¡Hermano, el enemigo nos persigue!

El pirata se volvió y se encontró frente a Yáñez que le señalaba un punto luminoso que corría sobre el mar. Era un crucero que se acercaba a toda velocidad; el viento llevaba hasta el parao el ritmo de las ruedas que batían las olas.

—¡Ven, ven, maldito! —exclamó Sandokán desafiándolo con la cimitarra, mientras con el otro brazo sostenía a Mariana como para protegerla—. ¡Ven a medirte con el Tigre!

Miró por unos segundos al crucero, que forzaba la máquina, y después condujo a Mariana a su camarote. Aquí no te alcanzarán los tiros —le dijo—, las bandas de hierro que cubren la popa de mi barco bastan para rechazar las balas.

—¿Y tú, Sandokán?

Yo vuelvo al puente a dirigir la batalla si nos ataca el crucero. A la primera descarga lanzaré entre sus ruedas una granada que lo detendrá para siempre.

—¡Tiemblo por ti!

—La muerte le teme al Tigre de la Malasia —respondió él.

—Yo rezaré por ti, Sandokán.

El pirata la miró con ternura y besó sus manos.

—¡Y ahora —dijo en tono fiero—, vamos a vemos las caras, barco maldito, que vienes a turbar mi felicidad!

—¡Dios mío, protégelo! —murmuró Mariana, cayendo de rodillas mientras él abandonaba el camarote.

Se escuchó el primer disparo del enemigo. Los piratas se lanzaron a los cañones; los artilleros tenían las mechas encendidas ya cuando apareció Sandokán en el puente. Al verlo, un solo grito salió de todos los pechos:

—¡Viva el Tigre!

—¡Déjenme paso! —gritó Sandokán—. ¡Basto yo solo para castigar a esos insolentes!

Volvía a ser el terrible Tigre de la Malasia de otros tiempos. Sus ojos brillaban como carbones encendidos y sus facciones tenían una expresión de espantosa ferocidad.

—¿Me desafías? —dijo—. ¡Ven a quitármela, si eres capaz!

Hizo subir al puente un enorme mortero, que fue cargado con una bomba de veinte kilos de peso.

—Ahora esperemos a que amanezca —dijo Sandokán—. Quiero que ese barco maldito vea bien mi bandera y a mi mujer.

El vapor redobló su velocidad y, ya a mil metros, disparó un cañonazo, y luego otro y

otro.

—¡Dispara, nave maldita! —gritó el pirata—. ¡No te temo! Cuando quiera te haré pedazos las ruedas y detendré tu vuelo.

De un salto se lanzó a la amura de popa y se aferró del asta de la bandera. Yáñez se estremeció de espanto.

—¡Baja, hermano! —gritó el portugués—. ¿Quieres que te maten?

El cañoneo siguió con más furia. No obstante aquella peligrosa granizada, Sandokán no se movía. Miraba con frialdad a la nave enemiga y sonreía cada vez que una bala pasaba silbando cerca de él.

—¡Todavía no! —murmuraba—. ¡Quiero que veas a mi mujer!

El vapor continuó durante otros diez minutos bombardeando al pequeño velero; luego se fue haciendo más lento el ataque, hasta que cesó por completo. En su arboladura ondeó una gran bandera blanca.

—¿Conque me invitas a rendirme, eh? —gritó el Tigre—. ¡Yáñez! ¡Despliega mi bandera! ¡Quiero que sepan que el que guía este parao es el Tigre de la Malasia! Y te saludarán con una lluvia de granadas.

—El viento comienza a refrescar, Yáñez. Dentro de diez minutos estaremos fuera del alcance de sus tiros. Un pirata izó la bandera.

—¡Haz resonar tus cañones ahora! ¡Yo aquí te espero! ¡Quiero mostrarte mi conquista al relampagueo de mi artillería!

Dos cañonazos fueron la contestación. Habían visto la bandera de los tigres de Mompracem. El crucero apresuraba su marcha para lanzarse al abordaje del barco. Sin embargo, pronto debieron convencerse de que no era fácil perseguir a un velero como aquél. Aumentó el viento, y el barquito, con sus inmensas velas hinchadas como globos, parecía volar sobre las tranquilas aguas del mar.

—¿Qué quieres hacer, hermanito? —preguntó a su lado Yáñez—. ¿Piensas llevarte a ese crucero hasta Mompracem?

—No es ésa mi idea. Apenas el alba me permita distinguir la tripulación de ese barco, castigaré su insolencia. Quiero que ellos también vean quién hace fuego, y quiero mostrarles a la mujer del Tigre de la Malasia.

—¡Qué locura!

—Así sabrán en Labuán que el Tigre de Malasia se ha atrevido a violar las costas de la isla y a enfrentar a los soldados de lord Guillonk.

—A estas horas ya nadie lo ignorará en Victoria.

—Dentro de poco castigaré a ese curioso. Ya verás, Yáñez.

Mientras hablaban, los astros palidecían. Dentro de pocos minutos aparecería el sol.

El crucero perdía velocidad de segundo en segundo.

—¡Dispárale un buen tiro! dijo Yáñez.

—Cuando esté a quinientos metros pondré fuego al mortero —contestó Sandokán.

Ordenó recoger las velas y el parao comenzó a acortar su velocidad. Sandokán se inclinó sobre el mortero con la mecha encendida, calculando la distancia con la mirada.

Al ver que el velero casi se detenía, el barco de guerra intentó alcanzarlo, sin dejar de atacarlo con granadas. ¡Fuego! gritó de súbito Sandokán, dando un salto atrás.

Una potente detonación resonó en la lejanía. La bomba había estallado haciendo saltar con violencia el herraje de la rueda.

El barco se inclinó sobre la banda y empezó a dar vueltas sobre sí mismo al impulso de la otra rueda que todavía batía las aguas.

Mariana apareció en el puente. Sandokán la cogió entre sus brazos, la llevó hasta la

amura y gritó a la tripulación del barco enemigo:

—¡Esta es mi mujer!

Y mientras los piratas lanzaban sobre el crucero un huracán de metralla, el parao se alejaba rápidamente hacia el oeste.

CAPÍTULO XXV EN MOMPRACEM

Quebrantada por tantas emociones, Mariana había vuelto a retirarse a su camarote, y una buena parte de la tripulación también dejó la cubierta, pues por el momento no parecía que amenazara ningún peligro a la nave.

Yáñez y Sandokán permanecieron en el puente.

—Ese vapor tendrá mucho que hacer para llegar hasta Victoria —dijo Yáñez—. ¿Crees que lord Guillonk lo envió para darnos caza?

—No lo creo —contestó Sandokán—. El lord no ha tenido tiempo para advertir al gobernador de Victoria lo sucedido. Ese buque debió andar buscándonos al saberse nuestro desembarco.

—¿Crees que el lord vendrá a atacarnos a nuestra isla?

—No lo sé, Yáñez, pero ésa es mi preocupación. Lord James goza de grandes influencias y además es muy rico. Me temo que dentro de poco aparezca una flotilla ante Mompracem.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros?

—Daremos nuestra última batalla.

—¿La última? ¿Por qué dices eso, Sandokán?

—Porque después Mompracem se quedará sin sus jefes —respondió éste dando un suspiro—. Mi carrera llega a su fin. Este mar, teatro de mis campañas, ya no verá surcar sus ondas a los paraos del Tigre. ¿Qué quieres? Así estaba escrito. El amor de la niña de los cabellos de oro tenía que hacer desaparecer al pirata de Mompracem. ¡Es triste! Tener que decir adiós para siempre a estos lugares, y perder fama y poderío. No más batallas, ni abordajes sangrientos. ¡Mi corazón sufre, Yáñez, al pensar que el Tigre morirá para siempre y que este mar y mi isla serán de otros!

—¿Y nuestros hombres?

—Seguirán el ejemplo de su jefe, si así lo quieren, y darán su adiós a Mompracem.

—¡Pobre Mompracem! —exclamó Yáñez con profunda amargura—. Quedará desierta. ¡Yo que la quería como si fuera mi patria!

—¿Crees que a mí no se me rompe el alma pensando que quizás no vuelva a verla más?

—¡No me puedo resignar a perder de un solo golpe todo nuestro poderío, que tan inmensos sacrificios nos ha costado y tantos ríos de sangre!

—¡Que se cumpla nuestro destino! Daremos en Mompracem nuestra última batalla y después saldremos de la isla y nos haremos a la vela.

—¿Hacia dónde, Sandokán?

—Lo ignoro, Yáñez. Iremos donde ella quiera; muy lejos de aquí, espero, porque si tuviera que estar cerca no resistiría la tentación de volver a Mompracem.

—El combate será tremendo —dijo Yáñez, resignado—, porque el lord nos atacará con todo su odio.

—Fortaleceremos el poblado para que pueda resistir el más terrible bombardeo. ¡No

será domado todavía el Tigre; rugirá fuerte y llevará el espanto a las filas enemigas!

—¿Y si caemos bajo el peso del número? Tú sabes que los ingleses están aliados con los holandeses para combatir la piratería. Podrían unirse las dos flotas y dar un golpe mortal a Mompracem.

—Si me veo vencido, pondré fuego a la pólvora y volaremos todos junto con nuestro poblado y nuestros paraos. ¡Antes que me arrebatan a Mariana prefiero mi muerte y la suya!

—Esperemos que eso no suceda, Sandokán.

El pirata inclinó la cabeza y permaneció unos instantes en silencio.

—¡Fatalidad! —murmuró de pronto—. ¡Por ella debo perderlo todo, incluso ese mar que llamaba mío y que consideraba como si fuera sangre de mis venas! ¿Crees que yo no sufro también?

Se llevó las manos a la frente, como si quisiera apartar los pensamientos que oprimían su cansado cerebro. Después de un rato se marchó lentamente a su camarote.

A la mañana siguiente, el parao se encontraba a unos cuarenta kilómetros de Mompracem.

Ya todos se consideraban seguros, cuando el portugués, que vigilaba con atención, descubrió una sutil columna de humo que se dirigía hacia el este.

—¡Otro crucero a la vista! —exclamó—. ¡Que yo sepa, en este trozo de mar no hay volcanes!

—¿Qué hay, Yáñez? —preguntó Sandokán.

Acabo de descubrir una cañonera, hermano. Menos mal que no es más que una cañonera. Ya sé que no encierra peligro porque lleva un solo cañón. Pero me preocupa el hecho de que ese barco viene del oeste, quizás de Mompracem.

—¿Temes que haya cañoneado tu isla, Sandokán? —preguntó Mariana, que acababa de subir a cubierta y se les acercaba.

—Sí, pero no ella sola.

Hacia el mediodía, un pirata que había trepado hasta el penol del trinquete para arreglar una cuerda, avistó Mompracem, la temida madriguera del Tigre de la Malasia.

Yáñez y Sandokán respiraron, pues se consideraron seguros, y seguidos de Mariana se dirigieron a la proa. Allá lejos se divisaba una larga línea de color incierto que poco a poco fue haciéndose verde.

—¡Más rápido, más rápido! —exclamó ansioso Sandokán.

—¿Qué temes? —preguntó Mariana.

—No lo sé, pero el corazón me dice que ha sucedido algo. ¿Nos sigue siempre la cañonera?

—Sí —contestó Yáñez.

—¡Mala señal!

—Así es, Sandokán, mala señal.

—¿Ves algo más?

Yáñez miró atentamente con un antejo y repuso: Veo los paraos anclados en la bahía.

Sandokán respiró con alivio, y un relámpago de alegría brilló en sus ojos.

Pronto estuvo el parao bastante cerca para distinguir las fortificaciones, los almacenes, las cabañas.

Sobre la gran roca ondeaba la bandera de la piratería, pero el poblado no estaba tan floreciente ni los paraos eran tantos como antes de que ellos salieran de Mompracem.

—¡Ah! —exclamó Sandokán, llevándose una mano al pecho—. ¡Lo que yo sospechaba ha sucedido: el enemigo ha atacado mi isla! ¡Mi isla, un día tan temida e inaccesible, ha sido violada y mi fama se ha oscurecido para siempre!

Cuando por fin desembarcaron Sandokán y sus hombres, los piratas de Mompracem, reducidos a la mitad, se precipitaron a su encuentro, saludándolo con grandes vivas y reclamando venganza contra los invasores.

Como temiera Sandokán, sabiendo los ingleses de su partida y seguros de que encontrarían una guarnición muy débil, se dirigieron a la isla, bombardearon las fortificaciones y echaron a pique varios barcos. Llevaron su audacia hasta desembarcar tropas, pero el valor de Giro Batol y de sus tigres concluyó por triunfar y el enemigo se vio obligado a retirarse. Había sido una victoria, es verdad, pero por poco cae la isla.

—¡Este es el fin! murmuró Yáñez con mortal tristeza.

Profundamente conmovido, Sandokán, acompañado por Mariana, subió lentamente los estrechos escalones que conducían a lo alto de la roca. Después de dejar a la joven instalada en una cabaña, bajó a la playa.

La cañonera, en tanto, seguía a la vista de la isla. Parecía que esperaba algo, probablemente algún otro crucero que viniera de Labuán.

Los piratas, previendo un ataque, trabajaban febrilmente bajo la dirección de Yáñez, reforzando bastiones, excavando fosos, levantando estacadas.

Sandokán se acercó a Yáñez.

—¿Ha aparecido algún nuevo barco? —le preguntó.

—No —contestó el portugués—. Pero la cañonera no se aleja de nuestras aguas y ésa es una muy mala señal.

—Es preciso tomar medidas para poner a salvo nuestras riquezas y, en caso de una derrota, prepararnos la retirada.

—¿Temes que no podamos hacer frente a los atacantes?

—¡Tengo malos presentimientos, Yáñez! Algo me dice que perderé esta isla.

Al caer la tarde, la roca presentaba un aspecto imponente; parecía inexpugnable. Los ciento cincuenta hombres que quedaban después del ataque de la escuadra y de la pérdida de las dos tripulaciones que siguieran a Sandokán a Labuán, habían trabajado como quinientos.

Llegada la noche, Sandokán hizo embarcar sus joyas y artículos de valor en un gran parao y, junto a otros dos, lo envió a las costas occidentales para que se remontara a alta mar por si era necesario huir.

A medianoche, Yáñez, los jefes y todas las bandas se reunían con Sandokán ante la gran cabaña. El Tigre estaba vestido en traje de gala, de raso rojo, con turbante verde adornado con un penacho cuajado de brillantes. A la cintura llevaba dos kriss, insignia de gran jefe, y una espléndida cimitarra con la vaina de plata y la empuñadura de oro. A su lado tenía a Mariana.

—¡Amigos, mis fieles tigres! —dijo—. Los he llamado para decidir la suerte de Mompracem. Comprendo que mi misión vengadora ha concluido, que ya no sabré rugir ni combatir como en otros días, que necesito reposo. Combatiré, sin embargo, una vez más al enemigo que quizás mañana venga a atacarnos, y después daré mi adiós a Mompracem y me iré lejos a vivir con esta mujer, a quien amo y que será mi esposa. ¿Quieren continuar las empresas del Tigre? Les dejo mis barcos y mis cañones. Pero si prefieren acompañarme a mi nueva patria, seguiré considerándolos como a mis hijos.

Los piratas no contestaron, pero muchos rostros, ennegrecidos por la pólvora de los cañones y los vientos del mar, se bañaban en lágrimas.

—¡Capitán, mi capitán! —exclamó Giro Batol, que lloraba como un niño—. ¡No abandone nuestra isla! ¡Nosotros la defenderemos!

—¡Milady —dijo Inioko—, quédese usted también con nosotros! Formaremos una muralla con nuestros cuerpos para protegerla de las balas de los enemigos.

La joven se adelantó hacia las bandas y luego miró al Tigre.
—Sandokán —dijo con voz firme—, si yo rompiera el débil vínculo que me liga a mis compatriotas y adoptara por patria esta isla, ¿te quedarías?
—Sí, y te juro que no volveré a tomar las armas sino en defensa de mi tierra.
—¡Entonces que Mompracem sea mi patria! ¡Aquí me quedo!
Cien armas se alzaron mientras los piratas gritaban a una voz:
—¡Viva la reina de Mompracem!

CAPÍTULO XXVI EL BOMBARDEO

A la mañana siguiente parecía que el delirio se había apoderado de los piratas de Mompracem. No eran hombres; eran titanes que trabajaban con energía sobrehumana en fortificar la isla, que ya no abandonarían gracias a que la Perla de Labuán había jurado permanecer en ella.

Y la reina de Mompracem estaba allí, animándolos con su voz y con sus sonrisas, mientras, a la cabeza de todos, Sandokán trabajaba con actividad febril ayudado por Yáñez, que no perdía su acostumbrada calma.

—Temo un ataque violento —dijo Sandokán a Yáñez—. Ya verás como los ingleses no vienen solos a atacarnos. Estoy seguro que se han coligado con los holandeses.

—¡Pues encontrarán la horma de su zapato! Nuestra isla es inexpugnable ahora.

—¡Ojalá, Yáñez, pero no nos fiemos! De todos modos, en caso de que nos derroten, los paraos están dispuestos para escapar.

Al amanecer se oyeron fuertes gritos: ¡El enemigo! ¡El enemigo!

Sandokán, Mariana y Yáñez se precipitaron hacia el borde de la gigantesca roca.

—¡Es una verdadera flota! —murmuró Yáñez—. ¿Dónde han reunido tantas fuerzas esos canallas ingleses?

—¡Mira —indicó Sandokán—, hay barcos ingleses, holandeses, españoles, hasta paraos de ese miserable sultán de Varauni!

La escuadra agresora se componía de tres cruceros ingleses, dos corbetas holandesas, cuatro cañoneras españolas y ocho paraos del sultán. Disponían entre todos de unos mil quinientos hombres.

—¡Mil rayos! ¡Son muchos! —exclamó Yáñez.

—Pero nosotros somos valientes y nuestra roca es fuerte.

—¿Vencerás, Sandokán? —preguntó Mariana con voz temblorosa.

—¡Eso espero, amor mío! contestó el pirata. Doscientos indígenas habían llegado del interior de la isla y ocupaban los puntos que les señalaran los piratas, quienes ya se encontraban en sus puestos detrás de los cañones.

—No está tan mal —dijo Yáñez—, seremos trescientos cincuenta para sostener el choque.

Sandokán confió a seis de los más valientes el cuidado de Mariana para que la internaran en los bosques a fin de no exponerla al peligro.

—Yo volveré a buscarte. No temas, querida mía, las balas seguirán respetando al Tigre de la Malasia.

La miró sonriendo, como si se despidiera, y en seguida echó a correr hacia los bastiones, gritando:

—¡Arriba, tigrecitos, el capitán está con ustedes!

—¡Viva Sandokán!, ¡viva nuestra reina!

—¡Recuerden que defienden a la Perla de Labuán y que esos hombres que nos atacan son los que asesinaron a nuestros compañeros!

—¡Venganza! —gritaron a coro los piratas.

Un cañonazo derribó en ese momento la bandera que ondeaba en el bastión central.

Sandokán se estremeció y un dolor intenso se reflejó en su rostro.

—¡Odiada flota enemiga, hoy me vencerás! —exclamó.

Miró un instante a su alrededor, con profunda tristeza.

¡Tigres, a limpiar el mar de enemigos! gritó. ¡Fuego!

A la orden del Tigre, todos dispararon a un tiempo, dejando oír una sola detonación. La escuadra, aunque muy maltratada por aquella primera y formidable descarga, no tardó en contestar.

No se perdía tiro de una parte ni de otra. La flota tenía la ventaja del número y la de poder moverse y dividir los fuegos del enemigo; pero a pesar de eso no adelantaba nada.

Sandokán no cesaba de gritar alentando a sus hombres. Un parao del sultán hizo explosión y una cañonera española quedó desarbolada.

—¡Vengan a medirse con los tigres de Mompracem! —gritaba Sandokán.

Estaba visto que, mientras no faltara la pólvora, ningún barco podría acercarse a las costas de la temida isla. Pero, por desgracia para los piratas, a eso de las seis de la tarde, cuando ya la flota iba a retirarse, llegó un inesperado socorro para los atacantes. Eran otros dos cruceros ingleses y una gran corbeta holandesa, seguidos a poca distancia por un bergantín de vela perfectamente artillado.

Sandokán y Yáñez palidecieron al ver aquellos nuevos enemigos. Comprendieron que la caída de la roca en sus manos era cuestión de horas. Pero no perdieron el ánimo y apuntaron sus cañones contra los nuevos agresores.

Las granadas caían por centenares en los bastiones y en las casas de la aldea y deshacían las obras de defensa. Al cabo de una hora la primera línea no era más que un montón de ruinas. Dieciséis cañones estaban inservibles y una docena de culebrinas yacían entre un centenar de cadáveres.

Sandokán intentó un último golpe. Dirigió el fuego de sus cañones sobre la nave almirante y una granada de veintidós kilos, lanzada por Giro Batol con un mortero, le abrió en la proa un enorme boquete. El buque se inclinó sobre un costado y se fue a pique rápidamente. La escuadra suspendió durante algunos minutos el fuego, pero en seguida lo reanudó con mayor furia y avanzó hasta colocarse a cuatrocientos metros de la isla.

Media hora después volaba un polvorín, que terminó de deshacer las ya caídas trincheras, enterrando entre sus escombros a doce piratas y veinte indígenas.

—¡Sandokán! —gritó Yáñez, corriendo hacia el pirata que estaba apuntando su cañón —. ¡Estamos perdidos!

—¡Es verdad! —contestó el Tigre con voz ahogada.

—¡Ordena la retirada antes que sea demasiado tarde!

Sandokán miró las ruinas que lo rodeaban, en medio de las cuales solamente tronaban ya dieciséis cañones y veinte culebrinas. Miró luego hacia la escuadra. Un parao anclaba ya al pie de la gran roca y su tripulación se disponía a desembarcar. La partida estaba perdida.

Reunió todas sus fuerzas para pronunciar una palabra que nunca había salido de sus labios, y ordenó la retirada.

En el momento en que los sesenta tigres sobrevivientes se convencían de la pérdida de Mompracem y, con lágrimas en los ojos y destrozado el corazón, se ponían a salvo en los bosques, el enemigo desembarcaba dirigiéndose con la bayoneta calada hacia las trincheras,

donde creía que iba a encontrar todavía a los piratas.

La estrella de Mompracem se había extinguido para siempre.

CAPÍTULO XXVII EN EL MAR

A pesar de haber perdido para siempre su poderío, su isla, su mar, todo, Sandokán conservaba en aquella retirada una calma verdaderamente admirable. Sin duda había previsto el próximo fin y se había habituado a la idea, con el consuelo de que después de tanto desastre le quedaría siempre su adorada Perla de Labuán. Sin embargo, en su rostro se veían huellas de una emoción muy grande, que en vano se esforzaba por ocultar.

Acompañado de sus piratas, llegó en breve al lugar donde se encontraba Mariana. La joven se arrojó en los brazos de Sandokán, que la estrechó con inmensa ternura contra su pecho.

—¡Vayámonos, Mariana, el enemigo no está lejos! Es probable que todavía tengamos que enfrentar una lucha sangrienta.

En lontananza se oían los gritos de los vencedores y se divisaba el resplandor de una luz intensa, señal clara de que la aldea había sido entregada a las llamas.

A las once de la noche llegaron al lugar donde estaban anclados los tres paraos.

—¡Pronto, embarquemos! —dijo Sandokán. ¡Los minutos son preciosos!

Los piratas se embarcaron con lágrimas en los ojos. Treinta tomaron ubicación en el parao más pequeño; los restantes, parte en el de Sandokán y parte en el de Yáñez, que conducía los inmensos tesoros del Tigre.

Al levar anclas, vieron a Sandokán llevarse las manos al corazón.

—¡Todo ha concluido para el Tigre de la Malasia! —murmuró.

Pero en seguida gritó con energía:

—¡A alta mar!

Llevaban ya recorridos cinco kilómetros, cuando un grito de rabia estalló a bordo de los paraos. En medio de las tinieblas habían aparecido las luces de dos cruceros.

—¡También en el mar me persiguen esos malditos! —exclamó Sandokán, estrechando las manos de Mariana. ¡Tigres, aquí están los leones que se nos echan encima! ¡Arriba todos con las armas en la mano!

No se necesitaba más para animar a los piratas, que ardían en deseos de venganza.

—Mariana —dijo Sandokán a la joven que miraba aterrada los dos puntos luminosos que brillaban en el mar—, vete a tu camarote y no tengas miedo.

—No tema, milady —dijo un viejo jefe malayo—. La noche es muy oscura y no llevamos faros encendidos. Es imposible que nos hayan visto. Sé prudente, Tigre, si podemos evitar un combate, ganaremos la batalla.

—¡Sea! —contestó Sandokán después de algunos instantes de reflexión—. Por el momento dominaré mi ira y trataré de huir, pero ¡ay de ellos si intentan seguirme!

A una orden de Sandokán el parao viró de bordo y se dirigió a las costas meridionales de la isla, donde había una bahía bastante profunda para alojar a la pequeña flotilla. Los otros dos paraos se apresuraron a seguir la maniobra, pues habían comprendido el plan de Sandokán. El viento era favorable, y había por tanto la posibilidad de que los barcos llegaran a la bahía antes de que despuntara el sol.

—¡Eh, hermano! dijo al poco rato una voz proveniente del segundo parao.

—¿Qué pasa, Yáñez? —preguntó Sandokán.

—Me parece que los cruceros se disponen a cortarnos el camino.

—Entonces han notado nuestra presencia.

—Eso temo, Sandokán. Te aconsejo que nos dirijamos mar adentro e intentemos el paso por entre el enemigo. Mira, se separan para dejarnos al medio. Quieren atacarnos en pleno mar.

—¡Quieren batalla! —dijo Sandokán—. ¡Pues bien, la tendrán!

Durante veinte minutos los tres veleros continuaron avanzando para huir de la encerrona. De pronto vieron que nuevamente viraban los cruceros.

—¡Nos alcanzan! —exclamó Yáñez—. Son una corbeta y una cañonera.

—¡Vete a tu camarote, Mariana! —dijo Sandokán—. Dentro de poco caerá una granizada de balas sobre el puente. En ese momento resonó un cañonazo y una bala horadó dos velas.

—¡A tu camarote! —gritó Sandokán y cogió entre sus vigorosos brazos a Mariana y la llevó abajo.

—¡No te alejes de mi lado! —suplicó la joven—. ¡Tengo miedo por ti, Sandokán!

—¡Voy a enfrentar mi última batalla, a guiar una vez más a la victoria a los tigres de Mompracem!

—¡Déjame estar junto a ti! ¡Yo te defenderé contra las armas de tus enemigos!

—¡Me basto yo para arrojarlos al mar!

El pirata se soltó de los brazos de Mariana y se precipitó por la escalera, gritando:

—¡Adelante, mis valientes! ¡El Tigre de la Malasia está aquí!

La batalla arreciaba por ambas partes. La cañonera había atacado al parao del portugués, pero llevaba la peor parte. La artillería de Yáñez la tenía muy a maltraer. Por ese lado la victoria no ofrecía dudas. Pero la poderosa corbeta se había echado encima de los paraos de Sandokán, haciendo estragos entre los piratas. La presencia del Tigre no pudo cambiar el resultado de la lucha.

Era imposible resistir tanta metralla. Unos minutos más y los dos pobres paraos quedarían reducidos a la nada.

Con una mirada, Sandokán comprendió la gravedad de la situación.

Desenvainando la cimitarra, gritó:

—¡Arriba, tigres, al abordaje!

La desesperación centuplicaba las fuerzas de los piratas. Descargaron de un solo golpe los dos cañones y las culebrinas para limpiar de fusileros las amuras, y en seguida lanzaron las grapas de abordaje.

A la cabeza de sus veinte seguidores, mientras Yáñez hacía saltar la cañonera de una granada en la santabárbara, Sandokán subió como un toro herido al abordaje sobre el puente del barco enemigo.

Chocó contra los marineros y los rechazó hasta la popa, pero por la proa irrumpió otra columna de hombres guiados por un oficial, a quien Sandokán reconoció de inmediato.

—¡Ah! ¿Eres tú, Rosenthal? —exclamó precipitándose sobre él.

—¿Dónde está Mariana? —preguntó el oficial.

—¡Tómala! —gritó Sandokán.

Con un golpe de cimitarra lo derribó y, arrojándose encima de él, le hundió el kriss en el corazón. Pero casi en el mismo momento recibió un golpe de mazo en la cabeza, haciéndolo caer.

CAPÍTULO XXVIII

LOS PRISIONEROS

ando volvió en sí, todavía medio atontado por el terrible golpe recibido, Sandokán se encontró encadenado en la bodega de la corbeta. Primero se creyó víctima de una pesadilla, pero el dolor que lo martirizaba, y sobre todo las cadenas que lo sujetaban, lo devolvieron a la realidad.

—¡Prisionero! —exclamó apretando los dientes e intentando romper los hierros. ¿Qué pasó? ¿Me vencieron otra vez los ingleses? ¡Condenación! ¿Qué será de Mariana? ¡Quizás esté muerta!

Un tremendo espasmo le oprimió el corazón.

—Mariana! —gritó desesperado—. ¡Yáñez, mi buen amigo! ¡Inioko! ¡Tigres! ¡Nadie contesta! ¿Han muerto todos? ¡No, es imposible! ¡Sueño, o estoy loco! Miró con espanto a su alrededor.

—¡Todos muertos! —exclamó con angustia—. ¡Solamente yo sobrevivo a tanto horror! ¡Mejor sería que hubiera caído yo bajo el plomo de esos asesinos y que me hubiera hundido con mi barco!

Con un nuevo ataque de locura y desesperación se arrojó del entrepuente, sacudiendo con fuerza las cadenas y gritando:

—¡Mátenme! ¡El Tigre de la Malasia ya no puede vivir!

De pronto se detuvo al oír una voz que decía:

—¡El Tigre de la Malasia! ¿Está vivo todavía el capitán?

Sandokán miró en derredor.

Una linterna, suspendida de un clavo, iluminaba escasamente el entrepuente, pero bastaba para distinguir a una persona. Descubrió una forma humana acurrucada cerca de la carlinga del palo mayor.

—¿Quién habla del Tigre? —preguntó la voz. Sandokán se estremeció y un relámpago de alegría brilló en sus ojos. Aquella voz no le era desconocida.

—¿Eres tú, Inioko? —balbuceó.

—¿Aquí me conocen? ¡Entonces no estoy muerto! El hombre se levantó y sacudió sus cadenas.

—¡Inioko! —exclamó Sandokán.

—¡El capitán! —exclamó el otro.

Cayó el pirata a los pies del Tigre, repitiendo:

—¡El capitán! ¡Mi capitán! ¡Lo lloré por muerto! Inioko era el comandante del tercer parao. Como todos los dayacos, llevaba los cabellos largos y los brazos y piernas adornados con gran número de brazaletes de cobre y bronce. Al ver a Sandokán, lloraba y reía a un tiempo.

—¡Vivo! ¡Qué felicidad que usted se libró de tanta matanza!

—¿Es que han muerto todos los valientes que arrastré conmigo al abordaje?

—¡Ay de mí, sí, todos!

—¿Y Mariana? ¿Murió al hundirse el parao? ¡Dímelo, Inioko!

—No, ella está viva.

—¡Vive! gritó Sandokán loco de alegría. ¿Estás seguro?

—Sí, mi capitán. Usted ya había caído, pero cuatro compañeros y yo resistíamos todavía, cuando vimos que los ingleses traían al puente de esta nave a lady Mariana. Lo llamaba a usted, mi capitán.

—¡Maldición! ¡Y yo sin poder correr en su ayuda! ¿Sigue a bordo?

—Sí, Tigre.

—¿No la han transbordado a la cañonera?

—La cañonera navega ahora bajo el agua.

—¿La echó a pique Yáñez?

—Sí, capitán.

—¿Entonces Yáñez vive también?

—Poco antes que me trajeran aquí vi a gran distancia su parao que huía a velas desplegadas.

—Y de los nuestros, ¿no huyó ninguno?

—Ninguno, capitán —contestó Inioko, suspirando.

—¡Muertos todos! —murmuró Sandokán—. ¿Viste caer a Singal, el más valiente y el más viejo de mis piratas, y a Sangau, el león de las Romades?

—Sí, capitán.

¡Qué carnicería! ¡Pobres compañeros!

Sandokán calló, y se sumergió en dolorosos recuerdos. Aun cuando se creía muy fuerte, se sentía aplastado por aquel desastre, que le costaba la pérdida de su isla, la muerte de todos los que hasta entonces lo siguieran en cien batallas, y la separación de la mujer amada.

Sin embargo, en un hombre de su temple, tal pesadumbre no podía durar mucho. Se puso de pie de un salto, con la mirada brillante.

¿Crees, Inioko, que Yáñez nos siga?

—Estoy convencido, mi capitán. El señor Yáñez no nos abandonará en la desgracia.

—¡Eso creo yo también! —exclamó Sandokán—. Otro en su lugar huiría con las inmensas riquezas que lleva en su parao, pero él no lo hará. Me quiere demasiado para traicionarme.

—¿Y qué sacamos con eso, capitán?

—¡Nos escaparemos, Inioko!

El dayaco lo miró preguntándose si no había perdido el juicio el Tigre.

—¡Escaparnos! —exclamó—. Ni siquiera tenemos un arma, y estamos encadenados.

—Tengo un medio. Cuando un hombre muere a bordo, ¿qué se hace con él?

—Se le mete en una hamaca con una bala de cañón y se le envía a hacer compañía a los peces.

—Lo mismo harán con nosotros.

—¿Quiere que nos suicidemos?

—Sí, pero volviendo a la vida.

—Tengo mis dudas, Tigre.

—Te digo que despertaremos vivos y libres en el mar.

—Si usted lo dice, tengo que creerlo.

—Todo depende de Yáñez. Si sigue a la corbeta, tarde o temprano nos recogerá. Y después volveremos a Mompracem o a Labuán para rescatar a Mariana.

—Pero dudo un poco, capitán. Piense que no tenemos ni un kriss.

Y además estamos encadenados.

—¡Encadenados! —gritó Sandokán—. ¡El Tigre de la Malasia puede hacer pedazos los hierros que lo tienen prisionero!

Retorcó con furia los eslabones, y dando un tirón irresistible los abrió y arrojó lejos la cadena.

—¡Ya está libre el Tigre! —dijo.

Casi al mismo tiempo se levantó la escotilla y crujió la escala bajo el peso de algunos hombres. Eran tres: uno era un teniente, probablemente el comandante de la nave; los otros

dos eran marineros.

A una señal de su jefe, los marineros armaron las bayonetas y apuntaron sus carabinas a los dos piratas. Le advierto, señor teniente dijo con desdén Sandokán, que no me hacen temblar sus fusiles.

—Es sólo una precaución.

—¿No ve que estoy desarmado?

—Pero no encadenado, por lo que veo.

—No soy hombre que pueda tener largo tiempo prisioneras las muñecas.

—Vengo a ver si necesita que lo curen.

—No estoy herido.

—Creo que recibió un mazazo en el cráneo.

—Pero el turbante amortiguó el golpe.

—¡Qué hombre! —exclamó el teniente con sincera admiración—. Me ha enviado una dama a saber de usted.

—¿Mariana? —gritó Sandokán.

—Sí, lady Guillonk. La salvé en el momento en que el parao iba a sumergirse. Permítame aconsejarle que la olvide. ¿Qué esperanza queda para usted?

—Es verdad. ¡Estoy condenado a muerte! ¿Adónde me conduce?

—A Labuán.

—¿Me ahorcarán?

El teniente permaneció en silencio.

—Puede usted decírmelo, no tengo miedo a la muerte.

—Lo sé. Es usted el hombre más valiente de Borneo.

—Entonces, dígamelo.

—Sí, lo ahorcarán.

—Hubiera preferido el fusilamiento.

—Yo no sólo hubiera respetado su vida, sino que le hubiera dado un mando en el ejército de la India —dijo el teniente—. Hombres tan audaces son muy raros hoy en día.

—Gracias por sus buenas intenciones. Cuando usted me atacó, teniente, yo estaba a punto de dejar mi vida de pirata. Deseaba tener una vida tranquila junto a la mujer que amo. El destino no lo ha querido. ¡Máteme, sabré morir como valiente! No soporto pensar en la muerte que me espera en Labuán.

—Lo comprendo, Tigre.

—Pero algo podría suceder antes de que llegemos a Labuán.

—¿Piensa en el suicidio? Créame que no se lo impediría. Sentiría mucho ver que lo ahorcaran. Pero no puedo ofrecerle los medios para matarse.

—Yo los tengo.

—¿Algún veneno?

—¡Fulminante! ¿Puedo pedirle un favor?

—A un hombre que va a morir no se le puede negar nada.

—Quisiera ver por última vez a Mariana.

Después de un largo silencio, el teniente dijo con voz grave:

—Tengo orden de no permitirles verse. Pero no le tengo rencor a usted, Tigre. Traeré aquí a lady Guillonk, con una condición: que no le diga nada de su suicidio. —No le diré una palabra. Sólo quiero decirle dónde oculto inmensos tesoros para que disponga de ellos como quiera. ¿Cuándo la veré?

—Antes de que anochezca.

—¡Gracias, teniente!

—¡Adiós, Tigre de la Malasia! —dijo el marino.

El teniente llamó a los soldados, que habían soltado de las cadenas a Inioko, y volvió a subir a cubierta. Sandokán permaneció de pie, con una extraña sonrisa en los labios.

—¿Buenas noticias? preguntó el dayaco.

—¡Esta noche estaremos en libertad! —contestó Sandokán—. ¡Mariana nos ayudará!

CAPÍTULO XXIX LA FUGA

Así que se marchó el teniente, Sandokán se sentó en el último peldaño de la escalera y se sumergió en profundos pensamientos.

Inioko se acurrucó a breve distancia y no se atrevía a interrogarlo acerca de sus proyectos.

De pronto, volvió a levantarse la escotilla. Entró Mariana, pálida y llorosa, acompañada del teniente.

Sandokán estrechó las manos de la joven.

—¡Amor mío! —exclamó, llevándola a la parte opuesta de la bodega, mientras el teniente se sentaba en medio de la escala—. ¡Por fin puedo verte!

—¡Sandokán —murmuró ella, estallando en sollozos—, creí que no volvería a verte!

—¡No llores, Mariana, te lo suplico!

—¡No quiero que mueras! ¡Yo te defenderé contra todos, yo te liberaré!

—¿No sabes que me llevan a Labuán para matarme? Pero tú puedes salvarme, si me ayudas.

—¿Podrás huir? —exclamó ella, delirante de alegría.

—¡Sí, si Dios me protege! Escúchame —dijo bajando la voz y llevándola lo más lejos posible—. Pienso fugarme, pero tú no puedes venir conmigo ahora. Es preciso que me ayudes a escapar, pero te juro que no estarás mucho tiempo entre tus compatriotas, aunque tenga que levantar un ejército y dirigirlo contra Labuán.

Sacó del pecho una minúscula cajita, la abrió y mostró a Mariana algunas píldoras que exhalaban un olor penetrante.

—Estas píldoras contienen un veneno poderoso —dijo—, pero no mortal.

Tienen la propiedad de suspender la vida durante seis horas. Es un sueño que se parece al de la muerte y que engaña al médico más experimentado.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Inioko y yo tomaremos una cada uno; nos creerán muertos y nos arrojarán al mar y quedaremos libres en pleno océano.

—¿No se ahogarán?

—No, gracias a ti. Son las seis ahora. Dentro de una hora tomaremos las píldoras y daremos un gran grito. Ve en tu reloj el minuto en que hayamos gritado y cuenta seis horas y dos segundos. Antes harás que nos echen al mar. Procura dejarme sin hamaca y sin bala en los pies y ve si puedes arrojar algún flotador al mar. Si no lo logras, ve la manera de esconder algún arma entre nuestras ropas. ¿Has comprendido bien?

—Sí, pero, después, ¿adónde irás?

—Tengo la certeza de que Yáñez nos sigue y que nos recogerá.

Besó con ternura a la joven, ahogando un gemido.

—¡Vete, Mariana dijo bruscamente, vete o terminaré por llorar como un niño!

—¡Sandokán, amor mío! —exclamó Mariana con acento desgarrador.

El teniente se la llevó.

—¡Todo ha concluido! —exclamó con voz triste el pirata—. ¡Ojalá algún día pueda ver feliz a la que tanto amo!

Se dejó caer a los pies de la escala y allí permaneció casi una hora. Luego se levantó. Sacó la cajita y tomó dos píldoras, pasando una al dayaco.

—Cuando te dé la señal, te la tragas.

—Sí, capitán.

Sacó el reloj y miró la hora.

—Son las siete menos dos minutos. Dentro de seis horas volveremos a la vida en pleno mar.

Cerró los ojos y se tragó la píldora; Inioko lo imitó. Se vio entonces a los dos hombres retorcerse en un violento espasmo y caer al suelo dando dos agudos alaridos.

A pesar del ruido de las máquinas, todos oyeron los gritos, más que nadie Mariana que los esperaba presa de gran ansiedad.

El teniente bajó precipitadamente a la bodega, seguido del médico del barco. Encontraron los dos cadáveres. El médico los examinó y certificó la muerte de los prisioneros.

Mientras los marineros los levantaban, el teniente volvió a cubierta y se acercó a Mariana.

—Milady —le dijo—, les ha sucedido una desgracia al Tigre y a su compañero.

—¡Lo adivino! ¡Han muerto!

—Es verdad.

—Vivos le pertenecían a usted, pero muertos me pertenecen a mí.

—La dejo en libertad para hacer con ellos lo que quiera, pero le doy este consejo: mande que los echen al mar antes de que llegemos a Labuán. Su tío podría hacer colgar a Sandokán aun estando muerto.

Acepto su consejo. Mande traer los cadáveres a popa y que me dejen sola con ellos.

Un momento después los piratas, colocados sobre dos tablas, quedaban dispuestos para ser arrojados al mar. Mariana se arrodilló al lado de Sandokán y contempló en silencio su rostro descompuesto por la poderosa acción del narcótico. Esperó que cayera la noche y entonces escondió entre sus ropas dos puñales.

—¡Por lo menos podrán defenderse! —murmuró. Se sentó a sus pies, contando hora por hora, minuto por minuto, segundo por segundo. A la una menos veinte se levantó, pálida pero resuelta. Se acercó a la amura, desató dos salvavidas, que arrojó al mar, y fue en busca del teniente.

—¡Señor, que se cumpla la última voluntad del Tigre de la Malasia! —dijo.

Cuatro marineros levantaron las dos tablas.

—¡Esperen! —dijo Mariana, rompiendo a llorar.

Se acercó a Sandokán y tocó su frente. Notó un ligero calor y una especie de temblor. Un momento de duda y todo se habría perdido. Retrocedió con rapidez y dijo con voz ahogada:

—¡Déjelos ir!

Los marineros levantaron las tablas y los dos piratas descendieron al mar, desapareciendo entre las aguas negras, en tanto que el barco se alejaba llevando a la afligida joven hacia las costas de Labuán.

Capítulo XXX
YÁÑEZ

Como dijo Sandokán, la suspensión de la vida duraba justo seis horas, porque apenas cayeron en los abismos del mar los dos piratas volvieron en sí, sin experimentar la menor alteración de sus fuerzas. Con un vigoroso golpe de talones, subieron a la superficie y miraron anhelantes a su alrededor.

Se dejaron mecer entre las olas, pero el Tigre tenía los ojos fijos en el barco que se alejaba llevándose a Mariana.

—¡Vayámonos, Inioko! —dijo con voz quebrada—. ¡Todo ha terminado!

—¡Ánimo, capitán, la salvaremos antes de lo que usted cree!

—¡Así ha de ser! Y ahora, busquemos a Yáñez. Ante ellos se extendía el ancho mar de Malasia, envuelto en las tinieblas de la noche; sin un islote donde descansar, ni una vela, ni una luz que señalara la presencia de algún barco. Sólo veían olas espumosas agitadas por el viento nocturno.

Habían recorrido ya un kilómetro, cuando Inioko chocó con un objeto duro.

—¡Un tiburón! —gritó horrorizado, alzando el puñal.

—¡Es un salvavidas de los que arrojó Mariana! —exclamó Sandokán.

Nadaron en derredor buscando el otro hasta que lograron encontrarlo.

—¡Esto sí que es una suerte que no esperaba! —dijo Inioko—. ¿Adónde vamos ahora?

—La corbeta venía del noroeste, así que creo que en esa dirección encontraremos a Yáñez.

—Pero será necesario estar varias horas en el agua, y el parao del señor Yáñez no debe caminar muy de prisa con este viento suave. Y no hay que olvidar a los tiburones, capitán.

—Hasta ahora no veo ninguna cola ni ningún hocico contestó Sandokán. Vamos hacia el noroeste; si no encontramos a Yáñez, pondremos pie en Mompracem.

Se acercaron uno al otro para protegerse, y nadaron con suavidad, para economizar fuerzas. Así continuaron su travesía durante una hora más.

—¿Oyes? —dijo de pronto Sandokán.

—Sí —contestó el dayaco—. Parece la sirena de un barco.

—¡No te muevas!

Se apoyó en la espalda de Inioko y sacó más de medio cuerpo fuera del agua.

—¡Del norte avanza un barco hacia nosotros! Es un crucero que debe andar tras la huella de Yáñez.

—¿Lo dejaremos pasar?

—No podemos hacer otra cosa. ¡Abandonemos los salvavidas y sumerjámonos!

Cuando salieron a la superficie para respirar, oyeron una voz que gritaba:

Juraría haber visto dos cabezas a babor. Si no fuera por el tiburón que nos sigue a popa, bajaría una chalupa para ir a ver.

El buque se alejó rápidamente y las olas producidas por las ruedas les zumbaban en los oídos y los levantaban y luego los precipitaban en las profundidades, hasta que se calmaron.

—¡Capitán, tenemos un tiburón en nuestras aguas! gritó Inioko.

—¡Ten preparado el puñal! —contestó Sandokán.

—¿Y los salvavidas?

—Están delante de nosotros, en dos brazadas los alcanzaremos.

—¡No me atrevo a moverme, capitán!

—¡No pierdas la cabeza, Inioko, si quieres salvar las piernas!

En medio de la blanca espuma surgió de improviso una cabeza formidable.

—¡En guardia! —dijo Sandokán—. Está a unos sesenta metros, y ha olido carne humana. Lo veremos dentro de un momento. ¡No te muevas y no sueltes el puñal!

A breve distancia apareció la cabeza del monstruo. Estuvo unos instantes inmóvil, dejándose mecer por las olas, y luego se precipitó hacia adelante, batiendo las aguas ruidosamente.

El Tigre de la Malasia, en vez de escapar, soltó de pronto el salvavidas, se puso el puñal entre los dientes y nadó con resolución hacia el enemigo.

—¡Vamos, ataca, tiburón de los demonios! —exclamó.

El monstruo dio un gigantesco salto que lo hizo salir casi por completo del agua, y se precipitó encima de Sandokán.

El pirata lo esperaba. Lo agarró por una de las aletas del dorso y le clavó el puñal en el vientre.

El enorme pez, herido de muerte, se apartó de su adversario y subió a la superficie. Se volvió furioso hacia el dayaco, pero Sandokán se sumergió nuevamente y lo hirió en medio del cráneo con tal fuerza que la hoja quedó clavada.

—¡Y toma éstas también! —gritó Inioko, lanzando puñaladas.

Esta vez el monstruo se sumergió para siempre, dejando en la superficie una gran mancha de sangre.

—Creo que no volverá. ¿Qué dices, Inioko?

El dayaco no contestó; apoyado en el salvavidas procuraba levantarse para mirar a lo lejos.

—¡Mire, hacia el noroeste! —gritó—. ¡Por Alá! ¡Veo un velero!

—¿Será Yáñez? —dijo Sandokán, emocionado—. Déjame que me suba en tus hombros para poder ver bien.

—¿Qué ve, capitán?

—Es un parao. Pero..., ¡maldición, son tres los barcos que vienen!

—¿Habrá encontrado socorro el señor Yáñez?

—¡Es imposible!

—Capitán, hace tres horas que estamos nadando, y le confieso que ya no me quedan fuerzas.

—¡Comprendo! Amigos o enemigos, hagamos que nos recojan.

Inioko, con voz tonante, gritó:

—¡Eh, del barco! ¡Socorro!

Un instante después se oyó un tiro de fusil y una voz que gritaba:

—¿Quién llama?

—¡Náufragos!

—¿Dónde están? —preguntó la misma voz.

—¡Acércate! —respondió Sandokán.

Hubo un breve silencio, y después otra voz exclamó:

—¡Por todos los truenos! ¡O mucho me engaño o es él!

—¡Yáñez, Yáñez! ¡Soy yo, el Tigre de la Malasia!

De los tres barcos partió un solo grito:

—¡El capitán! ¡Viva el Tigre!

Se acercó el primer parao. Los dos nadadores cogieron un cable que les lanzaron y se izaron sobre cubierta con la rapidez de dos verdaderos monos.

Un hombre se abalanzó sobre Sandokán y lo estrechó con fuerza en sus brazos.

—¡Hermano mío! —exclamó—. ¡Creí que ya no te vería más!

Sandokán abrazó a su vez al fiel portugués.

—Ven a mi camarote —dijo Yáñez—, tienes que contarme muchas cosas.

Bajaron al camarote mientras los tres barcos seguían su rumbo con las velas

desplegadas.

—¿Cómo es que te he recogido en el mar, cuando te creía muerto o prisionero a bordo del vapor que sigo hace veinte horas?

—¿Seguías al crucero? ¡Lo sospechaba!

—¿Cómo querías que no lo siguiera? ¡Dispongo de tres barcos y ciento veinte hombres!

—Pero, ¿dónde has recogido tantas fuerzas?

—¿Sabes quiénes mandan los dos barcos que me siguen?

—No, por cierto.

—Paranoa y Maratúa.

—¿No se fueron a pique durante la borrasca que nos sorprendió cerca de Labuán?

—Ya ves que no. Se refugiaron en las cercanías, repararon las averías, y bajaron a Labuán. Al no encontrarnos volvieron a Mompracem. Allí los encontré ayer por la noche.

—¿Han desembarcado en Mompracem? ¿Quién ocupa mi isla?

—Nadie, porque los ingleses la abandonaron después de incendiar la aldea y hacer estallar los últimos bastiones.

—¡Qué felicidad! —murmuró Sandokán—. ¿Y qué te sucedió a tí?

—Te vi abordar el vapor mientras yo reventaba la cañonera. Oí los gritos de victoria de los ingleses. Huí para salvar los tesoros que llevaba, y después seguí al crucero, con la esperanza de alcanzarlo y abordarlo. Y tú, ¿qué te pasó?

—Caí sobre cubierta, atontado por un golpe de mazo. Nos hicieron prisioneros a Inioko y a mí. Las píldoras que, como tú sabes, llevo siempre conmigo, nos salvaron.

—¡Comprendo! —dijo Yáñez, soltando la risa—. Los tiraron al mar, creyéndolos muertos. Pero, ¿qué ha sido de Mariana?

—¡Está prisionera en el crucero!

—¿Quién mandaba el barco?

—El baronet, pero lo maté.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—Seguir al vapor y abordarlo. Me parece que navegaba hacia las Tres islas cuando lo dejamos.

—¿Qué irá a hacer allá? ¡Aquí hay gato encerrado, hermano! ¿Qué delantera nos llevará?

—Unos cuarenta kilómetros.

—Entonces, si el viento se mantiene, podremos alcanzarlo.

En ese momento se sintieron gritos en cubierta. Subieron corriendo y vieron que del mar sacaban una caja de metal.

—¿Qué será? —dijo Yáñez, intrigado.

—¿Hemos seguido siempre la ruta del vapor, ¿verdad? —preguntó Sandokán, muy agitado.

—¡Siempre! —contestó el portugués.

Sandokán desenvainó el kriss y abrió la caja. Dentro había un papel. Yáñez lo cogió y leyó:

"Me llevan a las Tres islas donde se reunirá conmigo mi tío para conducirme a Sarawak. Mariana". Sandokán lanzó un grito de fiera herida. —¡Perdida! —exclamó—. ¡Siempre el lord!

—¡La salvaremos, te lo juro —exclamó el portugués—, aunque tengamos que asaltar Sarawak y matar a James Brooke!

Sandokán, un instante antes abatido por aquel terrible dolor, se puso de pie con los ojos

inyectados en sangre.

—¡Tigres de Mompracem! —gritó—. ¡Tenemos que exterminar a nuestros enemigos y salvar a nuestra reina! ¡Vamos a las Tres Islas!

—¡Venganza! —gritaron los piratas—. ¡Mueran los ingleses! ¡Viva nuestra reina!

Un segundo después, los tres paraos viraban a babor y navegaban hacia las Tres Islas.

CAPÍTULO XXXI LA ÚLTIMA BATALLA DEL TIGRE

Cambiada la ruta, los piratas trabajaron febrilmente para disponerse a la lucha, que sería tremenda y quizás la última que emprendieran contra el aborrecido enemigo. Cargaban cañones, montaban culebrinas, abrían barriles de pólvora, improvisaban barricadas y preparaban las grapas de abordaje.

Sandokán los animaba.

—¡Destruiré e incendiaré a ese maldito! —exclamaba—. ¡Dios quiera que llegue a tiempo para impedir que el lord se apodere de Mariana!

—Atacaremos también al lord, si es necesario —dijo Yáñez—. Lo que me inquieta es la manera de apoderarnos del crucero. ¿Te acuerdas de lo que intentó hacer lord James cuando lo atacamos en el sendero de Victoria?

—¿Crees que el comandante haya recibido orden de matarla? —preguntó

Sandokán, que sintió que se le erizaban los cabellos.

Yáñez guardó silencio largo rato. Después su rostro se iluminó y dijo:

—¡Ya sé! Para impedir que suceda una catástrofe, uno de nosotros debe estar al lado de Mariana en el momento del ataque. Entonces, yo me convierto en oficial del sultán aliado de los ingleses, enarbo lo la bandera de Varauni, y abordo el crucero fingiéndome enviado de lord James. Diré al comandante que debo entregar una carta a lady Mariana, y en cuanto esté en su camarote cierro la puerta y levanto una barricada. Al oír un silbido mío, ustedes saltan al barco y comienzan la lucha.

—¡Ah, Yáñez! —exclamó Sandokán, estrechando a su amigo contra su pecho—. ¡Te lo deberé todo si lo consigues!

—Lo conseguiré, Sandokán.

En ese instante se oyó gritar en el puente:

—¡Las Tres Islas!

Sandokán y Yáñez se apresuraron a subir a cubierta. Sus ojos buscaban ávidos al crucero.

—¡Allí está! —exclamó un dayaco—. ¡Ve o el humo!

—Procedamos con orden y preparémonos para el ataque —dijo Yáñez—. Paranoa, haz embarcar otros cuarenta hombres en nuestro parao.

El transbordo se realizó rápidamente y la tripulación se reunió en torno de Sandokán.

—¡Tigres de Mompracem! —les dijo con ese tono que los fascinaba e infundía en aquellos hombres un valor sobrehumano—. Esta es la última batalla que darán bajo el mando del Tigre de la Malasia, y será también la última vez que se encontrarán frente a los que destruyeron nuestro poderío y violaron nuestra isla, nuestra patria. ¡Cuando yo dé la señal, salten sobre el puente del barco enemigo y acaben con ellos!

—¡Los exterminaremos a todos! —gritaron los piratas, agitando frenéticos sus armas.

—¡Allí, en aquel barco maldito, está la reina de Mompracem! —dijo Sandokán—. ¡Quiero que vuelva a mí!

—¡La salvaremos o moriremos todos!

—¡Gracias, amigos! Y ahora desplieguen la bandera del sultán. Dentro de una hora estaremos en la bahía. Los paraos avanzaron con las velas medio recogidas y con la gran bandera del sultán en la punta del palo mayor. Los piratas tenían las armas en la mano para lanzarse al abordaje.

Era mediodía cuando los paraos embocaron la ensenada. El crucero estaba anclado; sobre cubierta paseaban algunos hombres armados.

Yáñez estaba ya disfrazado de oficial del sultán de Varauni, con una casaca verde, amplios pantalones y un enorme turbante en la cabeza. En la mano llevaba una carta.

—No se la entregues a nadie más que a ella —dijo Sandokán—. ¿Qué harás si el comandante te acompaña a ver a Mariana?

—Si el asunto se embrolla, lo mato —contestó Yáñez con frialdad.

Estrechó la mano de Sandokán y gritó:

—¡A la bahía!

El parao penetró en la pequeña ensenada y se acercó al crucero, seguido por los otros dos barcos. Se puso borda contra borda y allí se quedó.

—¿Dónde está el comandante? —preguntó Yáñez a dos centinelas que se acercaron.

—Separe su barco —dijo uno de ellos.

—¡Al diablo los reglamentos! —contestó Yáñez—. ¿Tienen miedo que los eche a pique? ¡Llamen al comandante, porque tengo órdenes que comunicarle!

En ese momento el comandante salía a cubierta con sus oficiales. Al ver a Yáñez que le mostraba una carta, mandó bajar la escala. El portugués se encontró en un segundo en la cubierta del vapor.

—Capitán —dijo—, tengo que entregar una carta a lady Mariana.

—¿De dónde viene usted?

—De Labuán. El lord está armando un barco para venir a reunirse con usted.

—¿No le dio carta para mí?

—No, señor.

—¡Qué extraño! Déme la carta; yo se la entregaré a lady Mariana.

Perdóneme, comandante, pero tengo que entregársela personalmente.

—Entonces venga.

Yáñez sintió que se le helaba la sangre en el cuerpo.

—¡Si Mariana hace un gesto, estoy perdido! —murmuró.

Bajaron juntos al camarote.

—Un mensajero de su tío lord Guillonk —dijo al entrar el comandante.

Mariana al ver a Yáñez no pudo evitar un estremecimiento, pero no dijo nada. Había comprendido todo de una sola mirada.

Cogió la carta, la abrió y la leyó con una calma admirable.

De pronto Yáñez se acercó a la ventanilla, lanzó un silbido, y exclamó:

—Comandante, allí veo un vapor que se dirige hacia acá.

El comandante se precipitó hacia la ventanilla. Rápido como un relámpago, el portugués se arrojó sobre él y le dio un fuerte golpe en la cabeza con la empuñadura del kriss.

Mariana no pudo contener un grito de horror. Silencio dijo Yáñez mientras ataba y amordazaba al comandante.

—¿Dónde está Sandokán?

—Pronto a comenzar la lucha. Ayúdeme a poner aquí una barricada.

Cogió un pesado armario y lo empujó hacia la puerta junto a unas sillas.

En aquel momento estallaron sobre cubierta gritos feroces.

—¡Venganza! ¡Viva el Tigre de la Malasia! Resonaron tiros de fusil y pistola, seguidos de maldiciones, gemidos, lamentos, un chocar de hierros, carreras y rumores sordos de cuerpos que caían en la cruenta lucha.

—¡Yáñez! —clamó Mariana, pálida como una muerta.

—¡Ánimo! ¡Por el gran rayo! —gritó el portugués—. ¡Viva el Tigre!

Se oyeron pasos precipitados que bajaban la escalera.

—¡Por mil escotillas! ¡Abra la puerta, comandante! —gritó una voz.

—¡Viva el Tigre de la Malasia! —respondió Yáñez. Se sintió un golpe violento contra la puerta y gritos desesperados:

—¡Traición! ¡Traición!

La lucha continuaba en el puente del barco, y los gritos resonaban más fuertes que nunca.

Mariana había caído de rodillas, y Yáñez se ocupaba de retirar el armario.

De súbito se oyó gritar algunas voces:

—¡Fuego! ¡Sálvese quien pueda!

El portugués palideció.

—¡Trueno de Dios! —exclamó.

Haciendo un esfuerzo desesperado derribó la barricada, cortó con la cimitarra las ligaduras que sujetaban al comandante, cogió a Mariana en sus brazos, salió corriendo y subió a cubierta con la cimitarra entre los dientes.

La batalla estaba por concluir. El Tigre atacaba con furia el castillo de proa, en el cual se habían atrincherado unos cuarenta ingleses.

—¡Fuego! —gritó Yáñez.

Al oír este grito los ingleses, que ya se veían perdidos, saltaron en revuelto montón al mar. Sandokán se volvió hacia Yáñez, derribando con ímpetu a los hombres que lo rodeaban.

—¡Mariana! —exclamó, tomando en sus brazos a la joven—. ¡Mía, por fin!

—¡Sí, por fin, y esta vez para siempre!

En ese momento se oyó un cañonazo en alta mar. Sandokán lanzó un rugido.

—¡El lord! ¡Todo el mundo a bordo de los paraos! Sandokán, Mariana, Yáñez y los piratas abandonaron el buque y se embarcaron en los paraos, llevándose a los heridos.

En un abrir y cerrar de ojos se desplegaron las velas y los tres paraos salieron de la bahía dirigiéndose hacia alta mar.

Sandokán llevó a Mariana a proa, y con la punta de la cimitarra le mostró un pequeño bergantín que navegaba a una distancia de setecientos pasos en dirección de la bahía.

Apoyado en el bauprés, se distinguía la figura de un hombre.

—¿Lo ves, Mariana? —preguntó Sandokán.

—¡Mi tío! balbució ella.

—¡Míralo por última vez!

—¡Ah, Sandokán!

—¡Trueno de Dios! ¡Él! —exclamó Yáñez.

Cogió la carabina de un malayo y apuntó al lord. Pero Sandokán le desvió el arma.

—¡Para mí es sagrado! —dijo en tono sombrío.

El bergantín avanzaba con rapidez, pero ya era tarde; el viento empujaba velozmente a los paraos hacia el Este. ¡Fuego sobre esos miserables! se oyó gritar al lord.

Sonó un cañonazo y la bala derribó la bandera de la piratería, que Yáñez acababa de desplegar.

El rostro de Sandokán se oscureció.

—¡Adiós, piratería! ¡Adiós, Tigre de la Malasia! —exclamó.

De pronto se separó de Mariana y se inclinó sobre el cañón de proa. El bergantín disparaba furiosamente verdaderas nubes de metralla. Sandokán no se movía. Súbitamente se levantó y aplicó la mecha. El cañón se inflamó y un instante después el palo trinquete del bergantín, agujereado en su base, caía al mar, aplastando la amura.

—¡Sígueme ahora! —gritó Sandokán.

El bergantín se detuvo, pero seguía disparando. Sandokán tomó a Mariana, la llevó a popa, y mostrándosela al lord, gritó:

—¡Mira a mi mujer!

Luego retrocedió, con los ojos torvos, los labios apretados y los puños cerrados.

—¡Yáñez, pon la proa a Java! —murmuró.

Y aquel hombre que no había llorado en su vida, prorrumpió en sollozos, diciendo:

—¡El Tigre ha muerto!